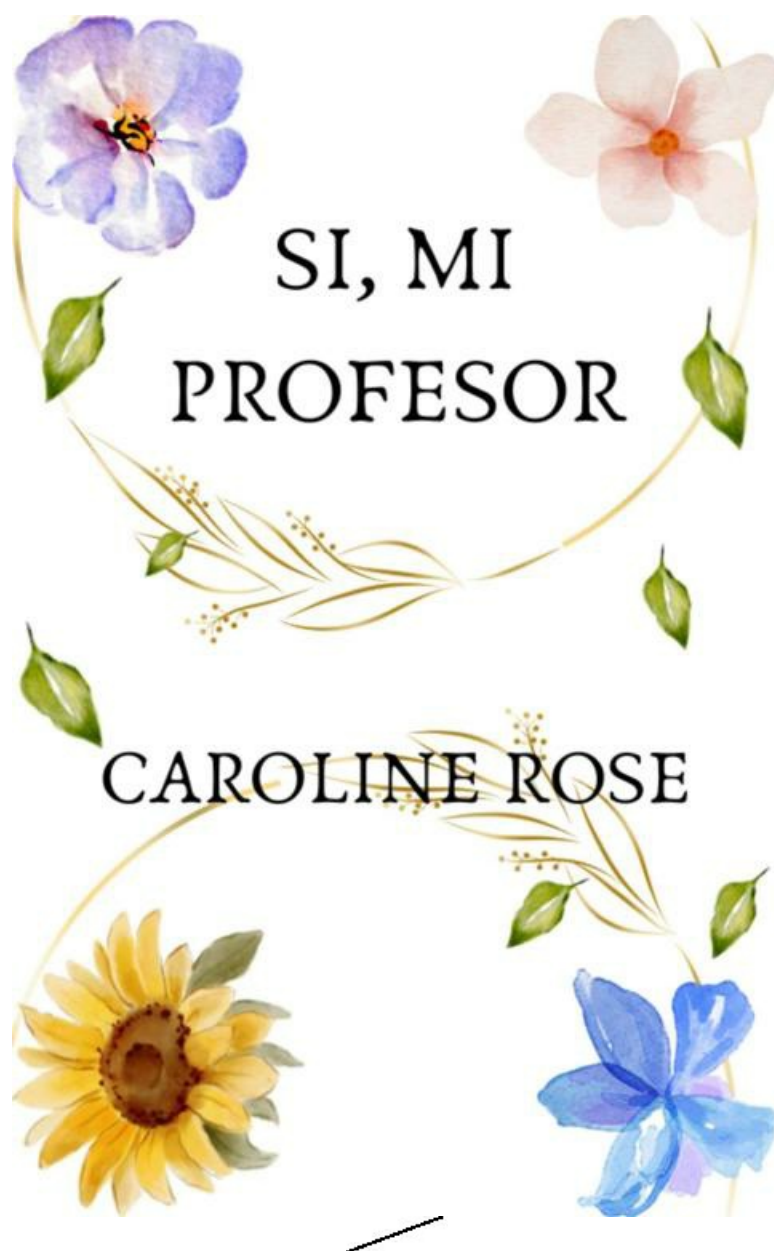


CAROLINE ROSE

Si, mi Profesor

Aprender nunca fue tan placentero





Copyright © 2024 Caroline Rose
Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798321313275



*A mi familia, que me apoyó con entusiasmo.
A mí, que logré cumplir mi sueño.
Y para todas aquellas Phoebes que se enamoraron
perdidamente de su lindo profesor.*

DEDICATORIA

a



*Usted y yo, coincidimos en esta vida, sin
expectativas, sin miramientos, sin aviso. Lo
que hemos vivido, no se olvida tan fácilmente.
Te voy a amar, aunque no tenga permiso,
aunque no tenga derecho.
Porque nuestra historia jamás se borrará.*

Caroline Rose





AGRADECIMIENTOS



*Agradezco a todas esas
personitas que me apoyaron
y que tuvieron toda la
paciencia del mundo para
escucharme hablar por horas
de **Mi Profesor**.*

*Y también, a todas aquellas
a quienes leyeron el
borrador y amaron de
primera cuenta. A esas
personitas, las amo mucho
más.*



CAPÍTULO 1

EL ARTE DE LA MIERDA

VERANO, PROVENZA, 1997

Estoy aburrida, no tengo sueño, pero estoy demasiado aburrida.

Siete horas y media de vuelo no hacen justicia a una chica inquieta, que dejan sola a su suerte.

Nací en París, Francia y estuve allí hasta mis cinco años; estuve viajando y residiendo en varios lugares, como Provenza donde residí un año. Después a Montreal, Canadá hasta mis diez años. Mi familia y yo vivimos en Berlín, Alemania, donde estuvimos cuatro años.

De nuevo volamos, esta vez a América, pasé un año en Chicago y recientemente dos años en Nueva York, los mejores de mi vida.

Ahora tengo diecisiete, he viajado por el mundo, nunca me he quedado en un solo lugar y ya estoy aburrida.

Mi familia tiene empresas, no estoy muy familiarizada con eso, y nunca me ha interesado, para eso existen mis hermanos mayores.

Los viajes no eran tan aburridos antes, cuando mis hermanos me acompañaban, ahora, desde que iniciaron en la universidad, los veo casi una semana al año.

Los dejé de ver desde que nos mudamos a Berlín, se han preparado bastante para suceder a mi padre. Pero me envían regalos en mi cumpleaños, el día del niño (como broma personal), y cuando se acuerdan de mí, que posiblemente es cada mes.

Esta vez me ha extrañado bastante que no hubiesen venido mis padres, no es que siempre estén al pendiente de mí, aunque viajar sola era igual que viajar con ellos. Quizá pensaron que ya era hora de valerme por mí misma, un poco, claro.

Aunque era un sueño que quería cumplir, estaba lejos de hacerlo, sé que mi destino es Provenza, el lugar en donde nací.

A pesar de tener empresas de lo que sea que fuese, también tenían una exportadora de lavanda en Provenza, me gustaba el lugar para pasar el verano, porque ahora era verano, me hacía bien un poco de campo durante las vacaciones.

Por la ventanilla del avión, reconocí al instante la gran torre Eiffel, el Louvre, Notre Dame, hasta dirigirnos al aeropuerto de Marsella-Provenza.

La casa de Provenza era un amplio lugar con grandes tierras, campos de lavanda y unos cuantos animales.

Bajé del hangar, las azafatas y el piloto me despidieron con enormes sonrisas hipócritas o tal vez compasivas, me daba igual saber cuál era cuál; el aire fresco del aeropuerto me pegó en todo el cuerpo, casi sentí el estómago pegado a la espina y aunque me temblaban las piernas me temblaban un poco, quizá eran los nervios o la emoción, llegaría al lugar al que nací y en donde estaría esperándome, mi nana.

Me subí los lentes ovalados rojos al puente de la nariz, bajé con cuidado las escaleras, donde Charly (el chofer familiar) ya me esperaba junto a un escolta.

—Un gusto volver a verte, señorita Chevallier—saludó abriendo la puerta; hacía tres años que no lo veía.

—Siempre es bueno volver a verte, grandulón —le palmeé el brazo y le extendí mi pequeña

valija.

—Señorita —saludó el serio escolta junto a él.

Entre Charly y el nuevo escolta no había diferencia, salvo por el sombrero de chofer y el chicharo que colgaba de la oreja del escolta, el cual, no mencionó su nombre.

—Hola— apenas dije, pero él solo asintió.

Ah, iba a ser duro charlar con él.

La segunda ciudad más grande de París nos recibió con lo hermoso de sus calles, la espléndida arquitectura, alejada de los grandes edificios de Nueva York, las viejas calles de Marsella tenían su gran encanto, había una linda canción de jazz que Charly había puesto, sonaba delicada; bajé la ventanilla y me recargué mientras observaba el paisaje parisino. Ah, había olvidado los mercadillos, incluso cruzamos por el barrio Le Panier, donde la música y el arte... bueno, algún arte no era para todos, brindaba sus pintorescos frutos, animando las calles.

Era en punto de la tarde que no reconocía; bicicletas y gente paseando, cafeterías por doquier, personas luciendo la alta moda con sus cigarrillos encendidos. Solo quiero ser adulta para probar todas esas cosas, mujeres con cantidades enormes de bolsos. Ah, compras ...

—Grandulón.

—Sí, señorita.

—Quiero un disco de esa mujer.

—Enseguida, señoritas.

Deambulamos un par de calles más hasta que dio con una tienda de discos.

—Ella Fitzgerald —indicó Charly cuando el escolta me abrió la puerta.

Entré a la tienda, filas y filas de discos me sorprendieron, tenían grandes semejanzas con las tiendas de NY; audífonos colgados en un estante, grandes pósteres autografiados de artistas, en una vitrina había discos autografiados mostrados como orgullosos trofeos. Había un par de chicos en el fondo y un grupo de chicas al otro extremo, aquí en Francia no tengo amigos, así que sentí un poco de envidia al ver a ese grupo de chicos divirtiéndose, se hacían bromas entre ellos.

El escolta entró tras de mí, pero no le presté mucha atención y él también guardaba su distancia. El encargado se mantenía con la vista en el periódico, echó un vistazo hacia mí y después volvió a su lectura.

El ambiente, olía a limpiador de pisos y cigarrillos, se escuchaba en el fondo Baby One More Time de Britney Spears, mientras el grupo de chicas coreaban la canción entre risillas.

Agusé mi vista model, las hubiese dejado en paz de no ser por el chillón color que usaban, estaba bien, era la moda selecta que la campaña de Nike presentó este verano, pero, era demasiado, arrugué la nariz hacia ellas. Prefería Gucci, Dior o Chanel en lugar de los deportivos.

Casi toda mi vida recibí instrucción en casa, decenas de profesores habían desfilado, ninguno tan relevante, podía decir que, hacía todo su trabajo, lo único que ellos hacían era pasarme los exámenes, y los libros.

Hasta hace dos años, mis padres decidieron, por alguna razón, matricularme en un colegio privado en NY, era la primera vez que estaba en un entorno completamente nuevo e inexplorado, chicas y chicos ¡al fin!, entonces me desenvolví tanto y estaba tan cómoda, tenía dos grandes amigas, Cloe y Aby, con ellas conocí el hermoso arte de la mierda.

Sí, la mierda.

Mierda esto, mierda aquello.

Todo era una gran mierda, y podía llamarlo con total libertad.

No tardé mucho en saber algunas cosas del mundo social, como los “estatus” aquellas extrañas

clasificaciones a las cuales todos estaban tan obsesionados, populares y no populares.

En fin, pura mierda.

Supe entonces que ese grupo de chicas podrían pertenecer al grupo de “populares”

No quise deambular como una tonta, me dirigí directamente hacia el encargado.

—Ella Fitzgerald—dije, perturbando su gran lectura —, quiero discos de Ella Fitzgerald.

El tipo gruñó por lo bajo.

—Oye niña ton... —el hombre levantó los ojos y miró a mis espaldas, bien, el escolta estaba haciendo su trabajo —no ... No tengo discos de Ella Fitzgerald, señorita —tartamudeo, su frente comenzó a sudar, se pasó el brazo para retirar el sudor —, solo tengo —tragó en seco —, solo tengo vinilos.

Oh, dios ¿Por qué se ponían tan nervioso al ver a un hombre imponente?

—Los quiero.

—¿Qué?

Suspiré.

—¿A caso es sordo? —refunfuñé —, quiero los vinilos, todos los que tenga.

—Pero son...

—Ya escuchó a la señorita —intervino el escolta.

—Sí, sí...

Minutos después, salí de la tienda con mi escolta portando los vinilos, en Provenza tenía un antiguo tocadiscos del abuelo, así que sería sencillo manipularlo.

—¿Cómo te llamaré, escolta? —pregunté mientras me abría la puerta.

—Soy Tate—sonrió atento —, discúlpeme.

—Bien Tate —le sonreí —, espero que te acostumbres a esto—señalé hacia la tienda, refiriéndome al numerito.

Entre al auto.

—Grandulón —le dije a Charly —, quiero ir de compras antes de encerrarme en el campo.

Charly y el escolta Tate, me condujeron hasta la zona de tiendas, una a una entré y compré algunas cosas necesarias para sobrevivir, como guardarropas adecuados y muchos accesorios, productos para el cabello y deliciosos perfumes de Chanel y VS, lindos trajes de baño, bloqueador, libros y revistas. Zapatillas, tantas como podría ponerme una diaria.

Entramos a una dulcería y tomé muchas cosas deliciosas, porque así estaba dispuesta, no me vencerá el aburrimiento.

Y poco antes de irnos, hice que Charly y Tate me acompañaran a comer en La Colombe, un delicioso restaurante mediterráneo en Vieux Port, con el lindo paisaje costero del que hace mucho tiempo los griegos se enamoraron, donde servían las mejores Boeuf Bourguignon de todo París.

.
. .

Casi tres horas después y un largo sueño, llegamos a la finca de Provenza.

Cruzamos los campos de lavanda hasta llegar a la casa solariega de los Chevallier. Blanche, mi nana, a quien dejé de ver estos dos últimos años, estaba ansiosa esperándome en la entrada.

Sali corriendo apenas se detuvo el auto, ambas nos lanzamos en un caluroso abrazo.

—Mi niña —me besó en la coronilla —, te extrañé muchísimo.

—También yo, nana —le regresé el abrazo.

—Pero estás muy delgada, ¿Quién te ha alimentado?

—¿Quieres saberlo? —me burlé.

La vida de campo era extrañamente agradable, pasaba mis días en el lago, exploraciones a la cascada con Blanche (que pertenecía a las tierras de mi familia) y un día de campo perfecto. Podía pasar un rato a caballo con Roy, el caballo de Fabrice, mi hermano mayor.

Me enfoqué en un par de partidas de tenis con Blanche y una chica de servicio; solía pasar una o dos horas en la terraza practicando un poco de mi gimnasia, intentando no olvidar algunos movimientos para no esguinzarme nada. Cuando estaba en Nueva Yor, me pareció tan increíble el poder conocer a más personas que estuve metida en diferentes clases, así como gimnasia.

Cuando estuve viviendo en Montreal, aprendí a montar junto con mis hermanos.

Por las noches Blanche y yo veíamos una película con palomitas de maíz o viendo una serie con helado de fresa y chispas de chocolate.

Así pasé mis primeras dos semanas, rápidamente me adapté a la tranquilidad del campo.

Hoy me encontré cepillando a Percy otro de nuestros caballos, después de haber terminado con Roy, mientras algunos trabajadores entraban y salían como de costumbre, hasta que las pisadas precipitadas de una Blanche afligida me sacaron de mi tarea autoimpuesta.

—Phoebe—me llamó sofocada.

La miré de soslayo con burla, retiré mi paleta de la boca.

—Nana, te dará un infarto, relájate.

—Tus padres están aquí —jadeó.

—Hay, mierda.

El cepillo casi resbala de mis dedos, la miré perpleja, desde que llegué a Provenza no había recibido ninguna llamada de ellos y ahora, estaban aquí.

Solté un largo suspiro, habrá que ver que es lo que quieren, dejé el cepillo y me sacudí de la ropa el pelo que se les había caído a ambos caballos.

—¿Me puedes decir de donde sacas esos dulces? —me reprendió.

Le respondí con una risilla.

Ciertamente, no era tan relevante el caso de mis padres, estaban aquí para pasar el verano y supervisar la exportadora.

Mis padres parecían... visitantes, siempre estaban viajando, había veces en las que no podían llevarnos con ellos, actualmente, no me llevaban, así que me dejaban bajo ciertas personas, otras nada, pero ninguna se igualaba a mi nana Blanche.

No creí que se quedaran por mucho tiempo hasta que una tarde, después de una semana conviviendo con ellos como “una gran familia feliz” a excepción de algunos arranques entre mi madre y yo. Mi padre llamó mi atención en una cena.

Se aclaró la garganta, como si estuviese incómodo.

—Phoebe —me miró.

—¿Hum? —pinché las papas con mi tenedor.

—¿Qué te parece Provenza?

Su pregunta me tomó por sorpresa.

—Es... cómoda —contesté, me había relajado bastante estas semanas, ya había terminado de escuchar mis vinilos.

—Me alegra que te guste —pareció feliz.

Mi madre carraspeó.

—Bien, te hemos visto y me ha parecido que lo mejor es que te quedes aquí.

—¿En serio? —¿Lo dije o lo pensé?, después lo pensé mejor.

—Hemos decidido, que, por tu bien, recibir instrucción aquí —esta vez mi padre me miró y

enarqué una ceja —. Nosotros tendremos que viajar mucho a partir de ahora...

Solté una risa, aunque pareció más un sofoco.

—Así que les estorbo...

—Phoebe, tú nunca nos has...

—Pero tal parece que sí —tomé mi servilleta y la tiré en el plato comenzando a retirarme.

—Tienes que entender que es por tu bien —esta vez hablo la mujer que tenía por madre.

—¿El mío o el de ustedes? ¿Por qué no simplemente me regresan a Nueva York, como antes? Estuve perfectamente bien, ahí sin ustedes.

—Phoebe —ahora habló fuerte mi padre —, Nueva York puede ser una ciudad atrayente, pero es muy peligrosa para ti.

—¿En serio? —dije sarcástica —, ya verás si me quedo.

—Te vas a quedar en Provenza, es una orden.

—No lo haré —gruñí.

—Recibirás instrucción aquí.

—Odio a esos estúpidos profesores holgazanes e ineptos.

—¡Irás al Colegio Católico! —estalló ahora mi madre.

—No —lo que faltaba, una estúpida escuela católica —, ¿quieren volverme monja?

—Queremos la mejor instrucción para ti —esta vez la voz de mi padre sonaba bastante acalorada, pero aun sin gritar—, solo lo mejor, estarás con jóvenes de tu edad como en Nueva York —salvo el hecho de que es una puta escuela católica, pensé.

Tragué en seco, completamente molesta.

—Con una mierda, no iré a ese estúpido lugar de mierda.

—¡Irás, es una orden!

Por primera vez en mi vida, vi otra faceta de mi padre, no era el calmado de siempre, ahora estaba completamente furioso.

Gran mierda.

Antes de que comenzara a gritar, salí corriendo del comedor, para encerrarme en mi habitación con el seguro puesto.

CAPÍTULO 2

EL INVASOR DESCORTÉS

Mis padres se fueron dos días después de la discusión, no hubo disculpas por ningunas partes, me encerré en mi habitación cuando se fueron. Antes de irse dieron órdenes de llevarme a rastras a ese lugar de tortura.

Ayer Charly trajo mis uniformes, hastiada los vi, y me planté la idea de que quizá los cortara en trocitos antes de ir.

Era, tan soso; para los días importantes, como los lunes o cualquiera presentación importante, era un vestido gris de falda A, que me llegaba hasta las rodillas, camisa blanca de manga corta y un saco a juego con el vestido, gris con líneas en los puños, parecía ajustado. La camisa debía estar abotonada hasta el cuello, sentía que me asfixiaba con solo verlo, encima del saco una capa azul marino con hombreras blancas.

El uniforme diario consistía en algo no tan simple, una falda tableada en cuadros azules y grises, camisa blanca de manga larga, corbata igual que la falda, un saco gris con botones dorados en las solapas y en los puños, era... interesante.

Reparé entonces en el conjunto deportivo que, me sorprendió, el uniforme anterior era bastante cubierto, mientras que el deportivo era un pequeño short azul y una remera gris claro con el nombre de la escuela en la espalda y en las mangas unas líneas blancas.

Con curiosidad tomé aquel conjunto, me quité mi ropa y me lo probé, era la talla ideal y el short me llegaba por arriba del muslo.

Salí descalza de mi habitación en busca de Blanche, me burlaría de esto, quedaba perfecto con el peinado de coletas que me había hecho hace unas horas.

Escuché un poco de ruido en la sala

— Blanche, puedes creer que...

Por supuesto, Blanche no estaba allí, me llevé una grata sorpresa ver a mi abuelo conversando animadamente con alguien.

— Ma petite princesse — (Mi pequeña princesa)

— ¡Grand-père! — (Abuelo)

Me eché a correr hasta sus brazos; mi abuelo Claude era uno de los miembros de la familia que no se mantenía alejado de mí.

— Veo que te estás familiarizando con el uniforme

Di un resoplido.

— No quiero ir a esa estúpida escuela.

Frunció los labios.

— Ya veo, pero, me enteré de que tienen un buen programa de gimnasia, podría gustarte

— ¿También tú? ¿Por qué debo ir a esa escuela de monjas?

— Pero mi niña, solo será un año, ya verás que lo disfrutarás.

— ¿Lo disfrutaré? ¿Tendré también profesores religiosos? Esto es peor que los ineptos profesores que tenía.

— Ma petite, te puedo asegurar que disfrutaras tu estancia en Santa Catalina.

— ¿Lo disfrutaré más que los profesores ineptos? ¡Esta vez habrá profesores ineptos pero religiosos!

— ¿Así que le parece que somos ineptos, señorita? — alguien a mi espalda se aclaró la

garganta.

Me giré sorprendida.

Tras de mí, en el otro sofá, estaba un hombre recargado, me miraba escrutándome tras sus lentes. A simple vista me dio la impresión que era un tipo de los que castigaba severamente.

—¿Co... cómo dice?

—Oh, querida —comenzó a decir mi abuelo con una gran sonrisa—, te presento a profesor Aidoneo Rossetti, es uno de nuestros mejores profesores.

El hombre no se levantó, solo hizo un asentimiento hacia mí, pero estaba irritada como para tolerar su descortesía. ¿Qué solo por creer que soy joven no puede saludar bien?

—¿Me... mejores? Dijiste... ¿Nuestros mejores? —miré a mi abuelo en busca de respuestas.

¿Qué demonios hacía aquí ese tipo?

—Bueno, al parecer no dejaste que tus padres te aclararan las cosas —sonrió, con su aire de viejito bonachón. Le dio una calada a su enorme puro—, toma asiento — me indicó junto a él, enredé mis piernas a la altura de mi barbilla y las abracé —. La Institución Santa Catalina de Siena estaba teniendo dificultades financieras y al ser una escuela en nuestras regiones, la abuela y yo decidimos ser los nuevos acreedores.

Fruncí el ceño.

—¿Por... por eso tanta insistencia?

Mi abuelo asintió.

—Ya habíamos invertido antes en algunas otras escuelas, como en Berlín y en Suiza, pero nos pareció apropiado salvar Santa Catalina y bueno, pensamos en ti, para convertirla en el prestigio de Francia.

Me sorprendí.

—¿En mí?

—Así es, como sabes, te has desempeñado muy bien en actividades extra educativas, como los deportes, tenis, equitación, natación, gimnasia, abrimos un equipo de Rugby con los chicos y las chicas se han inscrito para ser porristas.

—¿Chicos? —Oh, dios mio, entonces no era una escuela de monjas— ¿Quieres decir que hay chicos?

El “Profesor” soltó una risa como bufido.

—Claude, dijiste que tu nieta era excepcional, no una chiquilla hormonal —acusó cruzando la pierna y pareciendo bastante desagradable.

¿Me llamó chiquilla hormonal? ¿Qué estaba mal? ¿Solo pregunté si había chicos?

Este cerdo insolente, ¿Qué se creía con llamarme a mí así?

—¿Disculpé? —solté y antes de continuar con la sarta de cosas a decirle, mi abuelo me palmeó la cabeza, deteniéndome y salvándolo.

—Solo está bromeando, Ma petite—se apresuró a decir mi abuelo.

—No lo parece —gruñí, mirando al insolente con odio —, a todo esto ¿Qué hace él aquí?

—El profesor Rossetti ha trabajado en la institución desde hace un año con nosotros y el departamento donde se quedaba ha tenido ciertas dificultades—que mi abuelo me diese todas esas explicaciones para suavizarme con él, no hacia ni una pisca de misericordia—, por lo tanto, lo traje aquí para darle asilo.

¡Se va a quedar aquí! ¿a caso mi abuelo es un salvador de perritos callejeros?

—¿Qué... qué hay de la casa en Arles? No hay nadie allí y...

—Renté la casa en Arles, además, me pareció buena idea que..., ya que asistirás a Santa Catalina, he prescindido de los servicios del profesor, para que revise tu nivel académico y se

vuelva tu tutor.

Y una mierda, ¿Por qué todo mundo se empeñaba con estar en mi contra?

Le di una mirada a aquel ser insufrible, sentado con arrogancia, tenía una ligera sonrisa de burla hacia mí. Insolente, me veía con ese aire de superioridad, como la mayoría de los profesores que había tenido, su mirada me revolvió el estómago y fruncí el ceño con demasiado desagrado hacia él. Bien, se quería quedar, pues haría lo mismo que hice con los otros, correrlo.

Por ahora, planearía el como hacerlo.

Una chica de servicio se aproximó hasta nosotros.

—Señor Chevallier, tiene una llamada.

—Está bien, gracias, ahora vuelvo —se levantó y se fue esparciendo el humo de su puro.

La chica y mi abuelo desaparecieron, mientras miraba retadoramente a aquel hombre insufrible que no retiraba la vista de mí.

—¿Has terminado con tu berrinche, niña?

Su voz era aterciopelada, pero me irritaba, no contesté, me dediqué a mirarlo. Soltó un bufido y abrió el libro que tenía en el regazo, así que quería calma... pues le duraría poco.

Saqué del elástico de mi short, una goma de mascar que había reservado para Cecil (la chica de servicio con la que jugaba al tenis) lo metí a mi boca y comencé a masticarlo rápidamente hasta que la consistencia fue la correcta.

Me acomodé en el sillón con la cabeza a los pies y mis piernas estiradas en el respaldo. Comencé a hacer las bombas y exploté la primera; silenció, comencé a inflar otra, probando, ya para mí, lo grande que podía ser. Entre más grande, más sonido hacía, me reí internamente cuando cruzó sus piernas al contrario y a mover su pie, comenzando a molestarle, muy bien invasor.

Comencé a hacer explosiones repetidas, mientras, desde aquí, lo observaba. Leía un viejo libro de pasta verde y hojas amarillentas, enfoqué la mirada hacia el título del libro y fruncí el ceño, exploté otra bomba.

—¿Quieres callarte? —soltó irritado, pero sin dejar de mirar su libro.

—Es estúpido —dije, guardando el chicle en mi boca y masticando.

—¿Dices que soy estúpido? —mantenía la vista en el libro, su ceño fruncido profundamente.

—Tu lectura es estúpida—corregí.

Esta vez levantó los ojos, apenas una incrédula mirada. Me analizó y enarcó una ceja.

—Explica —exigió.

—No quiero —resoplé. Me senté bien en el sillón, sentí la sangre regresar a su fluidez correcta, era una sensación graciosa.

Me recargué en el sillón, esta vez recostándome y estirando las piernas.

—¿Por qué es estúpido? —insistió.

Comencé a estirar mi goma con los dedos y regresándola a mi boca.

—¿Por qué quiere leer la historia de un perverso? Al final ambos perversos mueren ¿Qué clase de buena lectura es esa? PRO-FE-SOR.

—¿Acabas de decirme el final? —escupió estupefacto.

Lo miré raro.

—¿Acaso no lo ha leído?

—Es la primera vez que lo leo.

Me regocijé, ha, entonces él también será fácil de deshacer.

—No me lo agradezca —me encogí de hombros.

—¿Cómo es que has leído *Lolita*?

Esta vez hice una bomba, la más grande que pude y explotó lentamente.

—Eso no le importa.

La puerta de la sala se abrió y mi abuelo entró con una gran sonrisa.

—Tengo buenas noticias para ti, Mon petit ange —(Mi pequeño ángel) —comenzarás los cursos de verano la semana entrante.

—¿Qué?!

CAPÍTULO 3

CAMISETAS MOJADAS

—Iré a ver a Roy —avisé.

Sin esperar la respuesta de mi abuelo, lo único que quería era huir de ahí.

Salí corriendo de la sala y subí a mi habitación para quitarme el uniforme.

Me enfundé en un short de mezclilla y una camiseta negra, me embroqué las botas de montar y salí de casa antes de que Blanche me pillara.

A lo lejos percibí que la lluvia estaba cerca.

En mi camino al establo encontré a Oscar, uno de los tantos trabajadores que se encargaban de los establos.

—Señorita ¿saldrá?

—Solo quiero correr unos minutos antes de la lluvia.

—No olvide ajustar las riendas.

Oscar me ayudó a ensillar a Roy, para después, subirme a él y comenzar a cabalgar hacia las colinas cercanas al arroyo.

—Roy, vamos a correr hacia los cultivos.

Dirigí a Roy tirando de las riendas, me acerqué más a su cuerpo, para evitar caídas, su pelo negro chocaba en mis brazos y el viento húmedo me hacía sentir calma.

Me dediqué a apreciar aquella maravilla, unos rayos de sol naranjas se filtraron entre las nubes proyectando colores en la verde pradera. Roy relinchó gustoso mientras cabalgamos colina abajo, las nubes grises cada vez se avecinaban hacia nosotros y nosotros a su encuentro. En el cielo se escuchó el retumbar y después a la lejanía el caer del aguacero en la tierra que no tardó mucho en llegar a nosotros.

La lluvia comenzó a empaparnos, cabalgamos entre ella un poco más, Roy jugó chapoteando entre los charcos de lodo, bailoteamos un poco entre la lluvia y después cabalgamos de regreso a la casa, ya estaba oscureciendo.

Al acercarme a casa, en el porche vi a una Blanche molesta junto con el condenado invasor grosero.

—¡Por dios Phoebe, te vas a enfermar! ¡Baja de ese caballo ahora!

Tiré de Roy para que se alzara sobre sus patas traseras y le sonreí a mi nana.

—No me pasará nada, nana—Roy relinchó.

—¡Oh, por dios, niña, mira cómo estás!

Me recargué en Roy mientras daba de vueltas alrededor del porche.

—¡Phoebe Belle! ¡Baja de ahí ahora! —chilló mi nana molesta.

Solté un bufido.

—Está bien, NA-NA.

Oscar apareció corriendo, bajé de Roy a regaña dientes, estaba toda empapada, pero aun así no tenía frío, me sentía bastante bien. Le tendí las riendas a Oscar y este se echó a correr para guardar al caballo.

Blanche me esperaba furiosa con una manta.

—¿En qué estabas pensando al salir así? —me reprendió cuando estuve lo suficiente cerca.

Estiré los brazos hacia arriba y le sonreí.

—Solo quería salir, nana.

El invasor estaba en el umbral de la puerta, me escrutaba con la mirada, en realidad no sabía qué pensar de él, sus facciones eran bastante neutrales.

Blanche hecho encima la manta que traía y me envolvió.

—Toma una ducha enseguida y bajas a cenar.

—No tengo hambre.

—A mí no me discutas, niña —reprendió, me dejó en la entrada y se fue a la cocina enfurruñada.

Solté una risita por lo bajo, en realidad esa lluvia me hizo sentir en calma.

—¿Te gusta retar a todo mundo? ¿O es solo pobreza mental? —por fin habló el invasor.

Ventilé su ofensa, ya que me sentía bastante bien. Antes de entrar me quité las botas y las dejé en la entrada

—No reto a nadie —me quité la manta y la dejé a un lado —, y si tuviese un deje de pobreza mental, como dijo, me dedicaría a ser profesor.

Pasé a su lado, agitando mi cabello mojado para que lo salpicara.

Lo escuché contener una risita.

—Te olvidaste del sostén —dijo en cuanto pasé a su lado.

Me detuve en seco, el vello de mi nuca se erizó y sentí que mis brazos hicieron lo mismo, me giré hacia él con una mueca de espanto, me encaró.

A decir verdad, era muy alto, tuve que estirar el cuello para poder mirarlo a los ojos, él bajó la vista hasta mi pecho.

—Puedo ver tus pezones.

Abrí la boca con sorpresa, entonces, mis mejillas picaron con el atisbo de sonrojo y mis pezones reaccionaron erectos, me crucé de brazos enseguida.

—Un... usted... es... es un...

Cerré la boca molesta, me di la vuelta y eché a correr hacia mi habitación.

¿Qué le sucedía? ¿Cómo podía ser tan descarado?

Asustada, sorprendida y... oh, no, no sabría como describir lo que sentí.

Estaba hecha un lío.

No salí de la bañera hasta tarde.

.
. .

Anoche no bajé a cenar, Blanche pensó que había sido porque salí a la lluvia, así que me trajo un poco de leche tibia con canela y emparedados.

No quería toparme con aquel tipo descarado, no pude dormir anoche por lo que había dicho, así que me levanté temprano.

Mi plan era el siguiente: insistirle a Blanche para ir a un día de campo en el arroyo.

Había salido el sol perfecto, después de una noche de tormenta, así que me coloqué un bikini amarillo, de tiras delgadas, una remera blanca con el logo de Bon Jovi y un short de mezclilla y unos *converse*. Me até el cabello en un par de trenzas.

Bajé a saltos las escaleras para escurrirme al comedor, asomé la cabeza y aún no había nadie, así que me metí a la cocina, donde Blanche y Cecil ya estaban apuradas con el desayuno.

—Veo que estás mejor —dijo Blanche percatándose de mi ánimo, se acercó a mí para tocarme la frente.

—Estoy bien, nana, ¿Por qué no lo estaría?

Ella sonrió.

—Nana... ¿Qué te parece si después del almuerzo nos vamos de día de campo al arroyo?
Expresó sorpresa y emoción.

—Claro que sí, ¿me ayudarás con la canasta?

Cecil me sirvió el desayuno, mi deliciosa avena con leche, miel y trozos de fresas, un vaso de zumo.

Mi abuelo apareció entonces.

—¿Te divertiste anoche? — Le sonreí con las mejillas llenas y asentí —, ya escuché lo que hiciste, ángel travieso.

—¿Nuca saliste a correr bajo la lluvia?

Mi abuelo se rio, tomando su periódico.

—Oh, *petit*, yo no, pero tu abuela lo hizo muchas veces—mi abuela había fallecido hace dos años, por una lucha contra el cáncer. Mi abuelo ha estado concentrado en sus centros benéficos, quizá así siente que está presente aún su esencia—. Oh, señor Rossetti, por favor pasé a desayunar.

El hombre apareció tras mi abuelo, portaba un suéter blanco y pantalones de chándal, fruncí el ceño en cuanto lo vi.

Ciertamente, ayer se veía mayor, con aquel traje oscuro, ahora, parecía un joven universitario, apenas un poco mayor que yo, quizá como mi hermano Fabrice, recién levantado y sin lentes.

Levantó los ojos, pillándome al verlo, esbozó una pequeña sonrisa burlona, entonces me percaté de sus ojos, verdes como esmeraldas.

Vaya, el invasor tenía bonitos ojos.

Tragué mi avena, Blanche entró al comedor con la bandeja de comida.

—Buenos días, señor Chevallier, señor Rossetti.

Deposito las tazas de café frente a los hombres y sus platillos de huevos con tocineta.

—Gracias Blanche, pero llámame Dony—le sonrió amable el invasor.

¿Dony? ¿Se quería hacer el gracioso?

Me enfurruñé, el invasor estaba frente a mí, mientras mi abuelo encabezaba la mesa, leyendo su periódico, le hice una hojeada a la parte trancera.

—¿Qué tal durmió, Rossetti? —mi abuelo pegó los ojos al periódico.

—Bastante cómodo —contestó dándole un sorbo a su café —, anoche fue... bastante húmeda.

Detuve mi bocado y levanté los ojos, mis mejillas se sonrojaron, me estaba viendo fijamente.

Fruncí los labios ¿Qué le sucedía?

Ambos, se enzarzaron en una conversación en la cual no preste atención, Muriel entró poco después para llevarse mis platos, tomé un panecillo de la mesa y me levanté.

—Me voy, abuelo —le di un beso en la mejilla y me llevé un trozo de pan a la boca.

—Phoebe, recuerda que me ayudarás con la canasta.

—Si nana...

—¿Qué canasta? —preguntó mi abuelo.

—Phoebe quiere hacer un día de campo —dijo Blanche sonriente —¿No quieren acompañarnos?

—Sí, abuelo, te vendrá bien la intemperie.

—Oh, me temo que yo no podría —contestó mi abuelo —, pero estoy seguro de que Rossetti podrá ir en mi lugar, le hará bien conocer los alrededores—mi abuelo lo miró como un hijo más, que me dio náuseas—. Además, es un profesor de literatura, seguramente le inspirará el paisaje.

Mierda, mierda, mierda.

El invasor me miró con una chispa maléfica.

—Estaría encantado.

.
. .
.

Blanche me había dejado arreglando la canasta, mientras ella iba a su habitación a cambiarse cómodamente, al igual que el invasor. Me tentó la idea en ponerle veneno para ratas a la comida del invasor.

—¿Quieres que te ayude? —me sorprendió Cecil ante mi tentativa de homicidio. Cerré la gaveta de limpieza.

—Eh... estaba buscando los panes.

—Oh, pero no están ahí, hay que tener mucho cuidado porque esos son materiales de limpieza. Los panes están de este lado.

Cecil acaba de salvarme de cometer una imprudencia.

Cuando tuve la canasta lista, esperé afuera, en las escaleras de la entrada; eran las once del día, el sol apenas en su punto, las aves cantando, el cielo despejado, las nubes como pinceladas de un cuadro Janiaczyk.

—¿Pensando a quién molestar hoy? —esa fue la voz del invasor.

Me recargué en mis brazos, colocándolos hacia atrás en el suelo, meciendo mi cabello.

—Es difícil saber lo que en realidad pienso—contesté sin mirarlo, achiqué los ojos cuando miré el cielo.

—No creo que sea tan difícil.

—No se meta conmigo—gruñí—, déjeme en paz.

Para nuestra salvación, Blanche llegó a nosotros. El invasor me quitó la canasta.

—Así que todo esto es de los Chevallier—dijo el invasor, asombrado por el paisaje de la pradera que se extendía ante nosotros.

—Sí —contestó Blanche contenta —, es la mejor de las tierras, demasiado bella.

—Lo es —contestó y hecho una mirada hacia mí.

Ush, odioso.

Me adelanté trotando, después eché a correr colina abajo y me tiré al pasto rodando cuesta abajo.

—Ven nana —grité.

Blanche y yo hacíamos lo mismo todas las veces que podíamos, aunque terminábamos un poco sucias.

Pero nana estaba enzarzada en la conversación con el invasor, ahora estaba invadiendo a mis personas. Maldito.

Corrí hasta las orillas de arroyo y antes de que aparecieran en mi campo de visión, me quité la ropa para quedar en el bikini, rodeé para comenzar a escalar la pequeña cascada.

—¡Ten cuidado! —gritó Blanche, eché la mirada hacia atrás.

Ya estaba poniendo el largo mantel, mientras que el invasor se quedaba petrificado, viéndome, perverso.

—Tendré cuidado —me erguí por completo y calculé preciso para caer justo en medio del agua.

Tomé impulso y salté como una bomba. El agua estaba helada, pero refrescante, salí rápidamente para tomar aire. Definitivamente era el mejor lugar de todos a los que había conocido. El caer de la cascada incluso era tranquilizador.

—Nana ¿vendrás?

—No, mi niña, tomaré una siesta, pero el profesor te vigilará ¿no querrá refrescarse un momento?

Ignoré a aquel tipo, ahora quería quitarme a mi nana.

Nadé un poco, bucéé para tomar un par de rocas del fondo, como reto personal, busqué los pececillos cerca de la cascada, intenté tomar uno, pero eran muy escurridizos.

Después de mucho tiempo sentí las palmas muy arrugadas como pasas y nadé hasta la orilla para salir.

Pude ver como el invasor no dejaba de mirarme, Blanche estaba vuelta hacia la orilla acurrucada, roncaba un poco.

Salí por completo, el agua me escurría por todos lados, tomé mi cabello y lo estrujé para quitar un poco de agua, el sol me pegaba en la cara.

Aun así, el invasor no dejaba de mirarme.

—¿Qué? —le gruñí al invasor.

—Veo que te faltó un poco de jabón

—¿Disculpe? —¿Siempre era tan grosero? — ¿Qué insinúa?

Me agaché para tomar una toalla.

—Eres una niña —dijo, aunque pensé que había sido más para él que para mí.

—¿Sigue leyendo ese estúpido libro? —señalé con la barbilla el libro que tenía en su regazo.

—Claro que no, es un...

—No me interesa —me quité la toalla y busqué mi remera, me la coloqué.

—Eres insolente.

—¿Lo ofendí? —pregunté sarcástica.

—Sigues siendo una niña insolente—achicó los ojos hacia mí, molesto.

—Y usted un tonto—devolví.

Su rostro se tornó rojo, molesto.

—Estoy harto de eso —me tomó por la muñeca y tiró de mí a su regazo con rapidez, me tumbó boca abajo —, vas a recibir el castigo que mereces.

—¿Qué hace? —forcejee para levantarme, pero me aferró.

Entonces, sentí, su palma chocar contra mis nalgas, di un respingo, intentando con todas mis fuerzas zafarme de sus brazos, sentí otra palmada.

—Suéltame, idiota.

—No hasta que entiendas los buenos modales.

—Ya déjeme — gimoteé, otra palmada.

—Debes contestar, sí, mi profesor —palmeó ahora, más fuerte.

Apreté los labios, no sedería ante eso, palmeó de nuevo, qué hijo de perra. Removí mis piernas.

—Te escucho.

—Nunca—chillé.

Palmada, una.

—Dilo—dos.

—Jamás—lloriqueé,

Soltó la tercera dándola más fuerte.

Apreté los puños y los dientes.

—No escucho.

—Piérdase.

—Te deben gustar mucho las palmaditas ¿no?

Me dio una más fuerte.

—Dilo.

Patalee más fuerte.

—Sí, profesor.

CAPÍTULO 4

ALGO QUE NO DEBÍA

Lo odio, lo odio al infeliz.

Tengo que pasar cinco horas encerrada en la biblioteca, afortunadamente mi abuelo está presente, no he podido tener a gusto mi explosión y arranques para gritarle, la sarta de cosas que necesito gritarle. Estúpido profesor de pacotilla

— Identifica la métrica del siguiente poema “Al que trato de amor, hallo diamante y soy diamante, al que de amor me trata, triunfante quiero ver, al que me mata y mato, al que me quiera ver triunfante”

— Endecasílabo—gruñí, jugueteando con mi lápiz.

— Según la poética de Aristóteles:

— Lo épico es objetivo, describe historias fantásticas o reales de dioses y hombres. Lo lírico es subjetivo, expresa emociones y sentimiento y o dramático se puede representar —recité.

— ¿A qué figura retórica pertenece el siguiente enunciado? “la lluvia como finísimas flechas afinadas caía rompiendo la vidriera”.

— Símil.

— El siguiente fragmento del escritor Rubén Darío: “Este era un rey que tenía un palacio de diamantes, una tienda hecha del día y un rebaño de elefantes, un kiosco de malaquita, un gran manto de tisú, y una gentil princesita, tan bonita, Margarita, tan bonita, como tú” Es de una obra que pertenece al:

— Modernismo.

—Eres bastante impresionante, *ma petite*.

—Gracias, pero ya lo se.

—Impresionante —dijo el bastardo, cerró la carpeta y se recargó en el escritorio. No hice contacto visual—. Tus profesores anteriores debieron ser bastante buenos.

—Ninguno que mereciera la pena, eran unos holgazanes—refunfuñé.

—Phoebe siempre ha cambiado de profesores, los recuerdo incluso vagamente; la señora Study, miss Jefferson, el señor Leroy, el señor Guerin, la señora Mercier, la inglesa Thomson, el alemán Schneider... —enumeró—. Nunca ha tenido uno que llenara sus expectativas.

Todos esos habían estado enfocados en el dinero de mi familia que, en mi educación, aunque aún faltaban muchos más, de los cuales mi abuelo no tenía presentes.

—¿Y cuáles son sus expectativas, señorita?

—Ninguna que usted cumpla.

—Cómo ve —dijo mi abuelo riéndose, se levantó del sillón y doblando el periódico a la mitad —, mi nieta es un hueso duro de roer.

—Ya veo —murmuró el bastardo —, trabajaré duro para cumplir las expectativas de la señorita.

—*Fastoche*—(fantoche) mascullé.

—Le recomiendo mucha paciencia —mi abuelo colocó una mano en mi cabeza —, tiene el mismo carácter de su abuela y créame, es un milagro que no haya recurrido a los ansiolíticos.

—Muchas gracias, abuelo.

Él soltó una risa y sacudió mi cabello.

—Bien *petite*, tendré que salir por un par de días, te veré el lunes en el colegio a primera hora.

—¿Te vas? — pregunté impactada.

—Tranquila, iré a Suiza para unos asuntos, prometo traerte muchos regalos.

—Pe... pero quiero ir a la ciudad—protesté —, quiero ir a París.

—Vendremos cuando regrese, debo atender estos asuntos, prometo no tardarme mucho.

Fruncí los labios, maldición.

Mi abuelo salió de la biblioteca y cruce mis brazos en el pecho.

—Bien, ahora pasemos a algo ligero, ¿conoces el cálculo diferencial?

—No soy imbécil.

—¿Cómo dije que tenías que contestar? — Me quedé callada, odiándolo cada vez más—, no escucho—mantenía un tono de voz aterciopelada y eso me hizo erizar.

—Conozco el Cálculo diferencial —gruñí.

Se removió de su lugar y se acercó más a mí.

—Si vuelve a golpearme, gritaré.

—No hay necesidad —volvió a hablar en ese tono —, no lo haré, si sé que aprendiste la lección.

—Usted y sus putas lecciones, dedíquese a lo que tenga que hacer y déjeme en paz.

—Ese no es el vocabulario de una señorita—replicó molesto.

—A la mierda eso —me levanté de mi silla —, si usted vuelve a ponerme una mano encima, le juro que se arrepentirá para toda su vida—lo reté con la mirada, mientras él solo me escrutaba—. Será muy apreciado por mi abuelo, pero usted pierde en todo esto, así que le sugiero que se dedique a lo que tenga que hacer y después desaparezca de mi vista.

Lo reté con la mirada, no dijo nada, simplemente me miró con su eterno semblante neutral, se retiró las gafas.

—Espero total y completa obediencia como respuesta—comenzó en tono aburrido—, disciplina y educación de etiqueta. Si usted, no cumple con esos términos, bueno, tendré que hablar con ciertas personas, para —cabeceó y sonrió un poco, eso me hizo tragar en seco —, bueno, escuché que le gustaría tomar los votos religiosos.

Me eché hacia atrás.

—Yo nunca...

—Pero puedo ser bastante convincente —sonrió un poco más.

Abrí la boca ¿Qué mierda?

—Piénselo, Phoebe—mi nombre en su voz parecía ácido.

—Quiero estrangularlo—mascullé.

—Y yo de vuelta —rodeo los hombros.

Lo miré fijamente, me había acorralado, bastardo, maldito, estaba siendo bastante firme. Me senté de nuevo en la silla del escritorio.

Soltó una risa ligera, *ganaste esta vez, infeliz.*

—Ahora, repetiré la pregunta ¿Conoce el cálculo diferencial? —Me mordí el labio inferior y apreté los puños—. Pienso que la orden de las Carmelitas descalzas le quedaría perfecto...

—Sí, profesor.

—¿Cómo dijo?

Bastardo, eso dije.

—Sí, mi profesor.

—Bien, eso creí.

Después de dos horas de contestar ejercicios sin pausa, hice a un lado las hojas de los ejercicios y me recargué en el escritorio esperando que el bastardo los revisara.

Para ser un bastardo hijo de perra, era un hombre atractivo, parecía que rebosaba calma, astucia e inteligencia, pero también ejercía una energía bastante imponente. Su piel dorada, cabello castaño y ligeramente rizado, lo tenía corto y peinado hacia atrás dándole ese aire fresco y varonil, unos lindos pómulos altos, un mentón fuerte, tenía hoyuelos, lo cual no había visto cuando sonrió estúpidamente.

Por un momento se quitó los lentes para limpiarnos.

Lo vi... de una manera diferente, sus movimientos se hicieron lentos ante mi visión. Sus pestañas largas y oscuras hacían resaltar sus ojos verdes... claros.

Tenía unas manos delgadas de largos dedos, como manos de músico, se llevó una de ellas al mentón, el movimiento de encoger su brazo hizo que resaltase un poco más sus bíceps bajo la camisa blanca.

Era un bastardo bastante atractivo.

Pensé en chicos desde mis doce años, los veía de revistas o en la televisión, incluso en NY, cuando asistí al colegio, me había vuelto loca por Josh Min, el chico más guapo y popular, pero, no estuve el tiempo suficiente para poder acercarme a él.

Me consideraba bastante bonita, llamé la atención de muchos chicos, pero ninguno interesante.

Solo esperaba que, en este colegio, encontrara a algún chico interesante, quizá alguien tan guapo como este bastardo, pero sin ser lo irritante. Este bastardo era joven, pero aún no sabía cuántos años tenía, sabía que no pasaba de los treinta, quizá ¿25? No, se veía más joven, quizá como mi hermano Eugene.

Aun así, alguien como él no estaría mal, alto y de ojos esmeraldas, incluso sus labios eran interesantes, muy seductores, ahora mantenía los labios entre abiertos y eso lo hacía verse bastante atractivo, ¿Cómo podía ser mi primer beso?

Nunca había besado, pero... besar a alguien como él... besarlo, ¿cómo sería besarlo?

Entonces... sucedió, todo fue bastante borroso y no entendí nada.

De pronto, pensé en sus labios y ya estaba sobre su regazo, como si algo en mí estuviese hipnotizado, pasé mis brazos alrededor de su cuello y entonces acerque mi boca a la suya, era suave, caliente y húmeda.

Sentí entonces sus fuertes manos a mi alrededor, apretujándome a él haciendo que su colonia me inundara los sentidos, sentí un escozor en mis mejillas y un calor en mi cuerpo. Había un instinto en mí que no sabía que tenía, moví mis labios y él los suyos, me sentí extraña, no era una sensación desagradable, era, era algo... ¿Caliente y lindo?

Sus manos pegaron mi cintura hacia él, su pecho en mi pecho y...

Lo alejé de golpe, lo miré a los ojos completamente sorprendida y fuera de trance. Estaba sofocada.

—Pho...

Salté de su regazo y corrí lejos de la biblioteca hasta mi habitación encerrándome. ¿Qué carajos hice?

Puse uno de mis vinilos y cerré con pestillo.

CAPÍTULO 5

CONDICIÓN DE EXÁMENES

He pensado que lo sucedido fue un sueño, un sueño aterrador, extraño y fuera de mi realidad.

Nadie dijo nada al día siguiente, todo fue completamente normal, así que he pensado que tengo razón y me convencí de que así fue, un sueño.

Aunque he estado atenta y sigilosa a sus movimientos, parece que en realidad tengo razón y ha sido todo un producto de mi mente. vaya que me estoy volviendo loca, ¿a caso será la segunda oleada de la pubertad?

Al verlo he comenzado a avergonzarme de mí, ¿o la pubertad toco a mi puerta muy tarde? No entiendo la horda de hormonas que me han llegado, tengo mucho calor cuando estoy cerca de él, el pecho me palpita cuando me observa.

Tal vez sea la presión de todo esto, por tal motivo no tengo energía para pelear con alguien, sí, debe ser eso.

“Phoebe, estás cansada, tal vez esa alucinación es el primer paso al psiquiátrico”

el fin de semana como el sábado por la mañana solo estuvimos en clase hasta el mediodía y me dejo en paz el resto del fin, solo lo vi entre las comidas.

Me escondí de él todo el tiempo, jugué un poco con Percy, Roy y Chantal, una pequeña yegua blanca con manchas café. Después fui con Oscar y Cecil al campo de lavanda, aprendí a cortar las flores y el proceso de guardado, por tal motivo demoramos el resto del sábado.

Para el domingo salí desde temprano de la casa y me escabullí a la piscina con mi bonito bikini verde, un colchón de aire rosa transparente, un par de revistas y mis hermosos lentes de corazón rosados. Me preparé con paletas, gomas de mascar, macarrones de fresa, chocolate blanco y oscuro.

Me tumbé en el colchón flotando sobre el agua, salir a esta hora de la mañana era refrescante, no me daba sueño

—Así que no puedo decir nada sobre tus revistas, pero si puedes decir que mi libro es estúpido.

Hay no, mi mañana era demasiado relajante.

—¿Qué tiene, ocho años? Supérela — cambié de página.

—Veintidós.

—¿Hum?

—Tengo veintidós

—Que bien —seguí con mi lectura, esperando que se marchara.

Entonces escuché el agua y mi colchón se agitó hasta la orilla.

—¡Hey!

Ignoré por completo al tipo, cambié de página a mi revista, eran los nuevos artículos de moda, me gustaban algunos, como unos lentes en forma de nube que les colgaban pendientes de lluvia, también unos lentes negros en forma de óvalo, muy 70 s

Anotado en mi lista de compras, cambié de página y había lindos zapados escolares, amé unos Sadie Oxford, oh sí, le pediría a Charly que los comprara enseguida.

Si iba a ir a esa estúpida escuela, sería con mis normas.

—Demasiado materialista —dijo el bastardo apareciendo a un lado de mí tomado de mi colchón.

—¡Ah!

Mi corazón quería salirse de mi pecho, este bastardo me había pegado un tremendo susto.

—¿Qué diablos le sucede? —chillé.

Él soltó una risilla.

—Eres demasiado materialista.

—Eso no le incumbe en lo absoluto —gotas de agua chorreaban por su cabello, ahora más oscuro de lo habitual.

Sin su traje relamido, su peinado tenso y sin sus lentes mortales... definitivamente era otra persona, se veía tan... estiré mi mano... Tomé un macarrón de chocolate y me lo llevé a la boca. “Estás loca Phoebe”

—Y glotona.

—Basta, déjeme en paz.

—Ya son tres a la lista.

—¿De qué carajos habla?

—Pecados —se encogió de hombros intentando esconder una risita —pereza, gula y avaricia, aunque podría sumarle soberbia

—Vaya —rodee los ojos —, es bastante impresionante lo pendiente que está de mí—se le borró la sonrisa—, podría ayudarle con su tarea de atribuirme pecados, tengo bastante ira hacia usted y envidia por las personas que se mantienen lejos de usted.

Tragó en seco, titubeando por un momento, movió mi colchón, alejándolo y hacercándolo hacia él.

—¿Qué hay de la lujuria? —inquirió.

—Tendría esa excepción —abrí mi revista hasta la página que había perdido —, aún no hay alguien que me tiene lo suficiente como para pensarlo.

—¿Eso es cierto? —ahora su voz de nuevo sonaba aterciopelada.

—Demasiado cierto, podría ser uno de los Backstreet Boys, o de otra boy band, aunque me siga inclinando por Bon Jovi, es muy sexy.

—No —dijo firme —, estoy seguro de que no te gusta ninguno de ellos.

—No sabe nada de mí.

—Sé lo suficiente.

—De acuerdo, según su tonto juicio, ¿Quién sería lo suficientemente sexy para tentarme?

Sonrió... había algo juguetón en él, y eso era contagioso, sus hoyuelos aparecieron.

—¿Qué hay de mí?

—¿Qué?

—¿Qué hay de mí?

Mis mejillas se tiñeron de rojo, las sentí picar.

—¿De... de qué habla?

Se recargó en mi colchón, muy cerca de mi rostro.

—Me besaste, ¿lo recuerdas?

Entonces, aquella pesadilla que había reprimido todo este tiempo, él lo trajo sin remordimiento. Pero intenté con todas mis fuerzas no sucumbir a su juego macabro.

—¿A caso alucina? Creo que le está afectando demasiado el campo, profesor.

—Así que es eso, entonces —habló aterciopelado —, eres un juego.

No caigas, Phoebe, no caigas.

—No lo diría así.

—¿Entonces?

¡No lo hagas!

—Un mal chiste, del que debe olvidarse.

—Ya veo —sopesó un momento —, un chiste.

—Un mal chiste —recalqué, pasé de página.

—Yo no diría mal chiste, fue bastante delicioso.

¿Qué mierda?

Lo reté con la mirada, una sínica mirada de sus ojos esmeralda, quería ahogarlo aquí mismo.

—Que disfruté su fin de semana —cerré mi revista y me bajé de mi colchón.

Con un extraño movimiento caí al agua y mi pierna comenzó a doler, mierda, un calambre, me estaba dando un puto calambre ahora.

Comencé a descender, me estaba quedando sin aire y mi pierna me impedía moverme, no veía nada, todo estaba borroso.

Entonces sentí unas manos a mi alrededor y comencé a surgir al exterior, tomé una bocada de aire cuando pude.

—¡Ah! —jadeé —¡Mi pierna, mi pierna! —chisté.

El bastardo me llevó a la orilla y me depositó con cuidado, salió del agua con rapidez.

—¿Dónde?

—Aquí —chillé.

Me dolía, señalé donde mi pantorrilla y él comenzó a sobarme, el dolor poco a poco fue disminuyendo

—¿Estás bien?

—Sí —aunque el dolor había desaparecido, sentía un extraño cosquilleo y entumecimiento.

Intenté levantarme, pero no podía del todo.

—Te llevaré dentro.

Me tomó en brazos de nuevo, me percaté que, no llevaba puesto ninguna remera o camiseta, solo un diminuto traje azul, me recargó en su pecho húmedo, vi sus definidos músculos y no pude evitar sonrojarme de nuevo; entonces como un adolescente precoz mi cuerpo volvió a reaccionar ante él, un calor me abrazó por completo.

Me llevó hasta la sala y me depositó con cuidado en el sillón.

—¿Aún te duele?

—Un poco —hice un mohín.

—Llamaré a Blanche.

—Blanche no está —intenté acomodarme —, salió con Cecil a Aix, salieron desde temprano.

—¿Al mercado de Aix?

—Sí —tiré de la almohada —, salen todos los domingos para surtir la despensa.

—¿Entonces no hay nadie?

Suspiré.

—No que yo sepa —estiré un poco las piernas, pero mi pantorrilla izquierda aún dolía, así que la encogí, estiré mis manos por sobre mi cabeza —. Creo que me quedará un buen rato así.

—Me parece... bien —lo vi moverse hacia mis pies —¿Por qué no me dejas masajear un poco más?

—Es una tregua —dije, levantando mis piernas para que se sentara en el sillón, en cuanto lo hizo, las bajé a su regazo.

Comenzó a masajear la zona, hice un par de muecas, si profundizaba me dolía más, apreté los dientes.

—¿Duele?

—Si

—¿Mucho? —sus dedos volvieron a profundizar y di un respingo, tanto que me incorporé.

—Sí, duele.

—Tienes un nudo, debo deshacerlo.

—Pero duele —protesté.

—No dolerá después —prometió.

Volvió a masajear y esta vez fue más cuidadoso, al punto que dejó de doler.

—Ya no duele.

—Te lo dije —sonrió un poco.

Con ese aspecto, una sonrisa sincera de hoyuelo y unos ojos risueños, su cabello húmedo y desordenado, era tremendamente sexy.

No pude dejar de mirarlo y él a mí; despacio, nos inclinamos, mis ojos ahora bajaron hasta su boca entre abierta, podía sentir su mirada fija en mí.

Me incliné un poco más hasta que sus labios rozaron de nuevo los míos, cerré los ojos dejándome llevar por esa sensación tan nueva, tan ardiente, había algo en el ambiente que me ponía nerviosa.

Entonces sus manos tomaron mi cintura desnuda, escalé hasta su regazo, sentándome en él a horcajadas, mientras ese inocente beso comenzaba a ponerse frenético, el aire me faltaba, pero su aliento sabía delicioso, era una mezcla de café y menta. La cabeza comenzaba a darme vueltas, mis manos subieron hasta sus hombros y de ahí hasta su nuca, mis dedos buscaron su cabello húmedo enterrándose en él, no podía dejar de besarlo, aunque me obligara, mis mejillas picaban, incluso las puntas de mis dedos picaban.

Él se separó de mí.

—No —dijo sofocado y aproveché a tomar bocadas de aire —, eres una niña.

—No lo soy —contesté, solo era un beso.

—Lo eres para mí —cerró los ojos con fuerza.

—¿Qué pasa?

—No podemos volver a hacer esto.

—No es para tanto —conteste rodeando los ojos —, solo es un beso.

—Precisamente por eso, solo es un beso—soltó el aire—, y eres la nieta de mi director.

—No estoy entendiendo.

—Porque eres una niña—insistió.

—Que no lo soy —protesté.

—Lo entenderás cuando seas toda una mujer.

—Soy una mujer —hice un puchero.

—Aún no.

—¿De qué hablas? Claro que lo soy

—Tienes muchas cosas que aprender para serlo por completo.

—¿Cómo cuáles? —picó mi curiosidad ¿Qué es lo que me faltaba para ser una mujer como él decía?

—Muchas cosas

Lo miré entre cerrando los ojos.

—Eres mi profesor, enséñame.

No podría preguntarle a Blanché o a Cecil, ellas sospecharían que he besado a mi profesor.

—Lo aprenderás a su tiempo...

—Quiero saberlo —insistí.

—No.

—Enséñame —reboté en sus piernas —, enséñame, enséñame, enséñame.

—Basta, basta —tiró de mis muñecas para detenerme.

—Enséñame —le hice los ojos de cachorro, los mismos de súplica —¿sí?

Tragó en seco.

—Con una condición —lo miré interrogante —, debes aprobar todos los exámenes del curso.

CAPÍTULO 6

DUELOS

Estoy enfurruñada en el asiento trasero del auto, de alguna manera el clima combina con mi estado de ánimo, hay lluvia intensa, ¿qué clase de loco tirano hace que asistas a clases a las siete de la mañana a medio verano?

El transcurso de la casa al colegio es muy corto, solo han pasado diez minutos y Charly se detiene en una amplia rejilla que va hacia un sendero de gravilla.

—¿Nerviosa? —preguntó el bastardo junto a mí, debíamos venir juntos a la escuela, lo tenía pegado como una garrapata desde que tomamos el almuerzo.

—Diría que ansiosa.

—¿Ansiosa?

—Quiero irme de aquí.

En cuanto pronuncié aquellas palabras, una edificación antigua de piedra apareció en mi visión, un escalofrío me recorrió la espalda. Era como un viejo castillo, quizá de la época del barroco.

—Te ves linda—dijo con la mirada clavada en un libro en su regazo.

Solté un bufido, me veía ridícula, como un tonto pingüino gris, como una nube gris, como un estúpido rinoceronte religioso.

—¿Te pagaron para decir eso?

Me observó suspicaz, con una repentina mirada oscura, despacio, deslizó una de sus manos por la línea de mi media.

—Hubiese traído un lujoso auto y no venido contigo.

—Idiota.

Erick me abrió la puerta, tenía extendido una sombrilla en una mano y mi mochila en la otra. Estábamos justo frente a la puerta de aquella tortura.

—Estaré esperándola aquí a la hora de la salida, señorita.

Observé a los chicos que entraban y comenzaban a aglomerarse en la entrada, hice un mohín, muchos curiosos, me pregunto ¿qué clase de chismes rondarán sobre mí? Aunque estaba segura de que pronto lo descubriría.

—¿Podrías traer un poco de cianuro?

Erik soltó una risita por lo bajo.

—Estaré aquí.

Tomé mi mochila, Charly subió conmigo las escaleras mientras algunos chicos corrían hacia dentro cubriéndose de la lluvia, varios de ellos pasaron cerca de nosotros, lanzándose miradas.

—Mejor una lanza llamas.

—Todos adentro —dijo el bastardo con voz autoritaria—, usted también, ¿quiere llegar tarde a su primer día de clases?

Fruncí el ceño.

—Ni siquiera pienso entrar.

—¡Ah! Estás aquí —exclamó una voz femenina demasiado chillona.

Una mujer elegante bajaba de las enormes escaleras antiguas, la identifiqué.

—¡Tía Sophi! —grité, mientras corría hasta ella.

Hacía años que no veía a la tía Sophi, era la hermana menor de mi padre, compartía de ella el

mismo espíritu rebelde, la última vez que la vi tenía diez años y fue en una de las fiestas de mis abuelos en París, ella había tenido una acalorada discusión con la abuela y huyó de casa, al parecer con el tiempo se han reconciliado.

—Qué gusto volver a verte, no sabes cuánto te extrañé.

—Pe... Pero, ¿qué haces aquí?

La tía miró sobre mi hombro.

—La joven Chevallier llegará tarde a su clase —interrumpió el bastardo con voz irritante.

—Señor Rossetti, siempre es un gusto verlo de nuevo —la voz de la tía Sophi se volvió diferente, insinuante —, la clase deberá esperar, tiene un recorrido que hacer.

La tía Sophi se volvió melosa, casi como una tonta adolescente, de eso lo vi mucho en Nueva York.

—Que tenga un buen día, directora Chevallier.

El bastardo no se inmutó con las atenciones de mi tía, subió las escaleras y se perdió entre los pasillos.

—¿Directora?

—Ven, discutiremos esto en mi oficina, alguien quiere verte.

En el camino hacia la oficina, mi tía parloté sobre lo impresionante que era el profesor Rossetti, no quise interrumpir, era extraño escuchar lo maravilloso que era en boca de mi tía, quizá ella estaría ¿enamorada de él?, digo muchas de esas cosas las veía en Nueva York, por el actuar de mi tía, eso me parecía.

Algo en mi estómago no sentó bien, de alguna manera me sentí molesta, incluso abrumada por eso.

Después de despotricar las maravillas del profesor, mi tía me contó la historia de cómo llegó hasta ahí. Ella había estudiado algo sobre dirección educativa, al parecer eso le gustaba, en cuanto escucho que mis abuelos ayudarían a Santa Catalina, no dudo en venir y cambiar radicalmente todo.

El día de hoy comenzó con buenas sorpresas, el abuelo estaba en la oficina, tal como lo había prometido, ambos me dieron un recorrido por toda la escuela, mostrándome todas las áreas a las que querían que participará, aunque la mayoría de los alumnos no se me acercaban porque estaba acompañada por dos personas importantes, hubo algunos que sí se acercaron solo para fisgonear.

El primer encuentro fue en la piscina, la tía Sophi me presentó con la instructora, quien me pidió una demostración, no tuve más remedio que hacerlo. Entré a vestidores y me puse la pieza de traje con sumo cuidado, guardé mi cabello en un gorrito, por supuesto era una pequeña presentación de nado y era llegar a los diez metros.

Después de eso y de pasar el estúpido proceso de vestimenta, me llevaron a gimnasia, de nuevo me cambié para una demostración, continuamos con actividades dentro de la escuela, ya que seguía lloviendo.

Hubo una chica en gimnasia que se acercó valientemente.

—Eres uno de los Chevallier—no fue una pregunta.

Era una chica menuda y pelirroja, con grandes ojos azules y unas divertidas pecas en la nariz y pómulos.

—¿Es muy obvio?

Hizo flexiones.

—Sí—estiró los brazos —, es poco común que haya personas con los ojos color ámbar y de pronto están tres en el colegio—se encogió de hombros —, puedo advertir que tienen el mismo carácter.

—Eres muy observadora.

—Kimmy Trovy, solo dime Kim—sonrió ampliamente.

Kim demostró ser muy buena en gimnasia y sus movimientos con el aro eran increíbles.

Después de recorrer otras áreas, ajedrez, incluso pasamos a la sala de esgrima, donde identifiqué a la menuda Kim, quien se acercó a mí con pasos saltarines.

—Creo que es nuestro destino coincidir.

—Ya lo creo que sí.

—¿Por qué no vas a cambiarte, *cher*? —(querida) Sugirió mi tía Sophi.

Resoplando, ya estaba resignada, me fui a cambiar para ponerme el traje blanco ajustado, salí con la careta entre las manos.

Pude observar que el bastardo se había reunido con mi abuelo y mi tía, quien no dejaba de tirar la baba.

—Te queda muy bien el traje—apuntó Kim cuando me reuní con ella.

—Gracias, soy Phoebe, por cierto.

El choque de las espadas me hizo prestar atención en el duelo que se estaba llevando a cabo, eran dos hombres, se veía por la evidente altura. Tenían destreza al chocar las espadas, hasta que uno le apuntó al pecho del otro y el instructor terminó el duelo. Los chicos retiraron sus caretas.

El vencedor se regodeó en su triunfo, se dio la vuelta para quedar frente a nosotras, sus ojos sostuvieron los míos.

Escuché el profundo suspiro de Kim.

—¿No es espectacular?

—¿Quién es?

—Se llama Gabriel Faurier y es súper guapo.

Tenía razón, un chico rubio de ojos castaños, parecía recién salido de una de las revistas a las que solía leer, como un chico surfista. Sonrisa torcida, y los cabellos en punta, su mirada era somnolienta y encantadora.

El chico Gabriel se percató de que lo observábamos y sonrió hacia nuestra dirección, contuve el aliento, ¡Hay que guapo!

—Clase—anunció el instructor—, tenemos una cara nueva, por favor denle la bienvenida a la señorita...

—Phoebe Chevallier—contesté a regañadientes.

Era la primera persona que me hacía presentarme ante todos, uno más para odiar a la lista.

—¿Tiene experiencia en la esgrima?

—Sí—me tendió una careta.

—¿Estaría lista para un duelo? —preguntó de manera retadora.

¿Puedes o no puedes?, eso fue lo que entendí.

Suspiré.

—Ya que.

—Bien—se giró para con las chicas, sopesado—, eh, señorita Langlois, venga por favor.

Una chica rubia y extravagante se adelantó para con el profesor, con ese aire de arrogancia e intento de complacer a sus superiores.

—¿Sí?

—Tendrá un duelo de prueba con la señorita Chevallier—me señaló—venga por aquí, por favor.

La chica Langlois, se amarró el cabello, por mi parte ya tenía hecho un moño.

—No seré nada suave—dijo ella, con esa risilla burlona.

Tomo de un estante un florete y lo miró, sonrió con malicia, al fin alguien con quien desquitarse. Esta chica estaba pidiendo que le pateara el trasero.

Tomé también un florete.

—No pedí que lo hicieras.

Le devolví la sonrisa.

El instructor nos condujo en medio, nos colocamos las caretas y él mismo se encargó de ajustarlas, al igual que los guantes.

Hizo comienzo del duelo, ella arremetió salvajemente una estocada hacia la careta, que desvíe con destreza, practiqué mucho tiempo con mis hermanos que jugaban sucio, que creía que no sabría sus intenciones, dejé que mostrará sus trucos. Los chicos comenzaban a animarla vitoriano su nombre, como si fuese una guerrera superior y así se sentía, gruñía abalanzándose hacia mí con demasiada fuerza innecesaria, quizá aún no le hallaba el sentido a este maravilloso deporte.

Esperé un poco más hasta que decidí que era demasiado, le arremetí dos estocadas que la hicieron echar hacia atrás, atacué sus flancos y la hice tropezar.

—Touché.

Escuché los cambios de vítores hacia mí.

Ella gruñó y se quitó la careta, se levantó y se fue

—Muy bien, señorita Chevallier, ¿estará en el equipo?

Me quité la careta y la sostuve.

—No lo creo

—Pero es bastante buena, le vendría bien al equipo.

—Yo soy la campeona—protestó la chica Langlois.

—Siempre le vendrá bien, alguien nuevo al equipo.

—Ciertamente, no tengo interés en participar—le sonreí cordial—, gracias por tal... práctica.

Di media vuelta para dirigirme a los vestidores.

—Me inclino por la soberbia—el bastardo apareció en mi visión, justo antes de entrar al pasillo de los vestidores.

—Qué hilarante, ¿dejó de ser un idiota?

Frunció el ceño y antes de contestar escuché unos pasos trotando.

El chico Gabriel apareció ante nosotros.

—Profesor Rossetti —dijo él, tenía una voz cantarí.

El profesor lo miró enarcando una ceja.

—¿Qué hace aquí?

—Solo quería felicitar a Phoebe—se dirigió hacia mí con esa ancha sonrisa, era más guapo y simpático de cerca—. Estuviste impresionante, lo hiciste increíble.

—Gracias—contesté devolviendo la sonrisa,

—Por cierto, soy Gabriel.

—Ya conoces mi nombre—sonreí anchamente, a parte de guapo era lindo, que cosa.

Jugué un poco con mi cabello.

—¿Te quedarás en esgrima?

Lo pensé un poco, pero, no quiero que esa chica pierda la poca estima que se tiene, además, busco algo más interesante.

—No lo creo.

—Oh, pero, contigo, el equipo sería el primero en participar este año.

—Tienen clases—gruñó el bastardo—, muévanse.

Gabriel rodeó los ojos.

—Te veré en clases después—Gabriel extendió una mano para acariciarme la mejilla—, Phoebe.

Sonrió y me guiñó el ojo.

—Te veré después—le devolví la sonrisa embobada, él se perdió por el pasillo.

Primer día, primer chico, qué genial. Hice ademán de entrar al vestidor.

—¿De nuevo estás jugando? —reprendió el bastardo.

Lo miré extrañada.

—No sé de qué habla.

Él apretó la mandíbula.

—Deja al pobre chico.

Lo escruté con la mirada.

—Me gusta.

Chasqueó la lengua.

—No puede gustarte.

Enarqué la ceja.

—Yo decido quién puede gustarme—repliqué—, no necesito la aprobación de nadie.

Se acercó un paso hacia mí.

—¿También vas a besarlo?

Me eché hacia atrás.

—¿Qué?

—Lo que dije.

No, no debes dejarte intimidar por él. Me encogí de hombros.

—Tal vez, es guapo.

Me lanzo una mirada asesina.

—No puedes hacerlo.

—¿Me está retando?

Funció el ceño y su rostro adquirió un color escarlata, no dijo nada más, se fue.

CAPÍTULO 7

ALGO

El día terminó con mi nula participación en el club de debate, podía retar a las personas que yo quisiera, pero entrar al club de debate era sumamente desgastante.

Para la hora de salida, Charly nos esperaba, tanto a mi abuelo y a mí, como a la tía Sophi y el insufrible bastardo; para entonces había dejado de llover, así que podía llevar la ventanilla baja y mirar el paisaje, el olor que dejaba la lluvia sobre la tierra era único.

—¿Qué te pareció el primer día de clases? —preguntó Sophi entusiasmada, se había sentado frente a nosotros, junto al bastardo.

—Solo quiero participar en gimnasia y equitación.

—Excelentes disciplinas—aprobó mi abuelo—, aunque fue una decepción no probar la equitación.

—Siempre puedo practicar con Roy o Percy.

Mi abuelo pasó un brazo por sobre mis hombros y me atrajo hacia él.

—Estás cansada.

—Sí—cerré los ojos y me acurruqué en su pecho con olor a humo.

Mi tía llenó el silencio con un parloteo con el bastardo, a quien escuché poco y con voz abrumada.

Me concentré en la pesada respiración de mi abuelo y su amargo olor a tabaco, no quise prestar atención a la conversación de ellos, realmente no me interesaba.

Erick se detuvo frente a la casa.

—Creo que dejaré de llover—me dijo mientras me ayudaba a salir.

—Una lástima.

Caminé hacia la casa, donde Blanche ya me esperaba.

—¿Cómo fue tu día, *petite*? —me dio un abrazo e hizo ademán para darle mi capa

—Abrumador, tormentoso y un martirio—contesté, me quité la boina—tomaré una siesta.

—Descansa, *petite*—dijo mi abuelo reuniéndose—hoy no tendrás clase con el profesor—el bastardo entró junto con mi tía—. Además, hay que dejar que los tortolitos se conozcan más.

—¿Tortolitos? —pregunté atónita con el corazón saltándome fuertemente.

El bastardo miró a mi abuelo asustado.

—Es una broma—soltó mi abuelo risotadas.

—Papá, no digas eso—dijo Sophi avergonzada.

—Con permiso—dijo el bastardo carraspeando, pasó entre nosotros y subió las escaleras al otro piso.

—¿Por qué no subes a tomar una siesta? —me animó Blanche.

—Si lo haré—arrastré mis pies a las escaleras.

—Te veremos en la cena, cariño—cantó mi tía.

Subí a pequeños saltos a mi habitación, comencé a desabotonar el chaleco, tiré de mi camisa y también comencé a desabotonarla, tiré del nudo de mi corbata ya al final de las escaleras, como un zombi arrastré mis pies a mi habitación.

—Te queda el rosa.

Me sobresalté, no sabía de donde había salido, simplemente estaba recargado en el pasillo que daba hacia mi habitación.

—Humjum.

Pase de largo.

—Yo—comenzó a decir—no tengo nada con Sophi.

—Ese no es mi asunto—dije restando importancia, no quería meterme en esa conversación, estaba cansada.

—Quiero que lo sepas.

Resoplé.

—No me interesa.

—Ella no me gusta—replicó.

Me giré para encararlo y alcé los brazos, frustrada.

—¿Qué es esto? —pregunte molesta.

—Unos bonitos senos.

Resoplé.

—Sabe que, me voy —di media vuelta y me deslicé hasta mi habitación, donde la cerré con pestillo.

Tiré de mi chaleco y la camisa con la corbata en el suelo, me quité a punta pies los zapatos y me tiré a mi redonda cama.

.
. .

Unos suaves golpecitos me despertaron.

—Estoy despierta—protesté, despertándome de sopetón, medio incorporándome. Los golpes no cesaban—. Nana, sabes que siempre pongo...—abrí la puerta, no era mi nana, ni Cecil.

Tragué en seco.

—Así luce mejor tu falda—susurró con voz aterciopelada.

Por instinto miré hacia abajo, estaba en sostén y falda, no sabía cómo había dormido, pero ya no tenía una media.

—Oh—exclamé, sentí la boca reseca.

Bueno, me ha visto en bikini.

—¿Te he dicho lo bien que te ves con uniforme? —dio un paso hacia dentro de mi habitación y enganchó sus dedos en el elástico de mi media, delineó con su pulgar el borde entre mi pierna y la media.

Mi corazón retumbaba con fuerza, sentí que mi cuerpo temblaba.

—No creo que debas entrar—me obligué a decir, sintiendo mi cuerpo arder.

—Nos esperan para cenar—susurró, sin dejar de mirarme a los ojos, era una mirada tan profunda. Se acercó un poco, inclinándose... ¿Qué puedo pensar?, no hay nada en este momento en lo que pensar, cuando tengo la garganta seca y mis ojos van de sus ojos a sus labios. De pronto, ya no sentí su aliento enredarse con el mío, se alejó de mí—. Baja ahora.

Se fue, así, tan repentinamente como llegó.

Me recagué en mi puerta en cuanto se fue.

¿Qué estoy haciendo?, estoy volviéndome loca, dejando que mi profesor me toque de esa manera, me hace sentir... bien.

Me di una ducha rápida, hacía un poco de frío, me coloqué un suéter negro holgado, ya que no me había puesto sostén, me enfundé en un pans gris y unas medias naranjas.

Bajé hasta el comedor, mi abuelo, Sophi y el bastardo ya estaban comiendo.

—No te esperamos—dijo mi abuelo cuando me vio entrar—¿descansaste?

—Sí, bastante—le sonreí, fresca.

Cecil entró al comedor con mi plato.

—Gracias.

—Esta semana será para que te adaptes al colegio—anunció Sophi sonriente—, y a los clubs, el profesor Rossetti se encargará de ponerte al corriente con los temas...

—No será mucho problema—contestó el bastardo—, la señorita es muy adelantada, inteligente y sagaz, nunca he conocido a un alumno con tal capacidad de discernir como ella.

Mi abuelo carraspeó, con ese toque ironico.

—Habla como todo un devoto, Rossetti—soltó mi abuelo unas carcajadas—, mi nieta lo ha embelesado.

Me sonrojé por completo.

—Tal parece que sí—contestó el profesor, con un tono no tan indulgente.

No quise mirarlos, pegué la mirada en la canasta de pan frente a mí.

La tía Sophi se aclaró la garganta incómoda, cambiando de tema.

—Entonces, ¿de qué región de Italia es usted?

Continuaron comiendo y lo agradecí en silencio.

—Nápoles.

—Oh, me encanta Nápoles, la costa amalfitana es una maravilla.

De nuevo comenzó un parloteo incesante, terminé mi sopa en silencio, Cecil me retiró el plato y trajo un plato de pasta con camarones.

—Ah... ¿Cecil? —la detuve antes de que se fuera.

—¿Qué pasa?

—No puedo comer esto—le tendí el plato—, soy alérgica a los mariscos.

—Oh—Cecil abrió los ojos con sorpresa y miró a mi abuelo preocupada—, discúlpeme, por favor.

—Deben tener más cuidado ¿A caso no lo sabían? —chistó mi abuelo molesto.

—Tranquilo abuelo, ella no lo sabía.

—Le traeré su comida enseguida.

—Esto es el colmo, ¿quieren envenenar a mi nieta?

Solté un suspiro.

—Ellos no lo sabían.

—Pobre Belle—dijo tía Sophi—, quizá ese era mi plato, ¿Cómo podrían confundirnos así? —no me gustó el tono sarcástico que usó—, ¿pasas por esto muy seguido?

¿A qué se refería?, era casi como un tono burlón ¿Qué le sucedía?

Me levanté del comedor.

—Ya no tengo hambre.

—Phoebe, siéntate—ordenó mi abuelo.

—No quiero, he terminado—repliqué, vi a Cecil entrar—. Ya no es necesario, Cecil.

Salí del comedor, sabía que me estaba siendo demasiado sensible, y ahora, de alguna manera retorcida, la tía Sophi se sentía amenazada por mí.

Aunque tenía una batalla perdida... ¡No pienses en ello Phoebe!

Estaba cansada de permanecer todo el tiempo a la defensiva, incluso ahora con mi propia familia.

Merodeé hasta llegar a la biblioteca, tomé al azar un libro, fui hasta el gabinete de la lavandería y tomé una colchoneta, la arrastré conmigo hasta la parte trasera de la casa, a orillas de la piscina, me tumbé allí. Me hice un ovillo y abrí el libro, para variar era Romeo y Julieta de

Shakespeare.

Hice lo que siempre hacía, arrojé hasta el fondo de mi mente aquellos pensamientos tristes y descompuestos.

Dejé el libro sobre mi pecho y me tumbé boca arriba, mirando a los costados, fuera aun estaba húmedo, el cielo de la tarde era gris y no podía distinguir la hora. Cierre los ojos, escuchando a mi alrededor, a la lejanía podía escuchar el relinchar de los caballos, el trinar de algunos pajarillos regodeándose con los restos de lluvia, las cigarras y grillos, el chocar del agua en las paredes de la piscina, el viento enredándose en la hierba y en la copa de los árboles, simulando un sonido como el de las olas.

Contaba los meses para cumplir mi mayoría de edad y escapar de todo esto, vivir sola, tal vez así podía encontrar mis metas a futuro, mi sentido de la vida. Huir de aquí era lo mejor que podía hacer. Podría encontrar el lugar al que pertenezco.

Dejé de lado los pensamientos y terminé por leer a Shakespeare, concentrándome solo en mi lectura, en el de viento tranquilo y el arrullo del agua de la piscina.

Me di cuenta de que ya había oscurecido cuando me estiré y el suéter dejó al descubierto mi abdomen, no hice afán por ello, me recosté boca abajo, enterrándome en la colchoneta y continúe para terminar el capítulo, ya con la ayuda de las lamparas, pronto debía ir de nuevo a mi habitación.

—Así que aquí estás—de nuevo me dio un susto tremendo.

Hundí mi cabeza en la colchoneta y gruñí.

—¿A caso no tiene cosas que hacer?

—En realidad no —lo escuché moverse cerca —, tu abuelo y Sophi se han ido, al final discutieron.

—Siempre lo hacen —me incorporé y lo miré.

Estaba vestido con un suéter y pantalones formales, un poco al estilo de un universitario de Harvard u Oxford. Le daba ese aire intelectual.

Señaló a un lado, pidiendo una silenciosa invitación a sentarse a mi lado, asentí. Se sentó a mi lado.

—¿Por qué te fuiste antes? —preguntó suavemente.

¿Ahora venía con lastima hacia mí?, no, no debo ser tan grosera, se nota que trae la bandera blanca.

—No es nada —aparté la mirada.

—Si necesitas... hablar con alguien yo...

—Gracias—lo corté, luego me di cuenta de que fue muy tajante—, lo tomaré en cuenta —le sonreí, miré hacia el frente—¿Dónde está Blanche?

—Salió con Cecil a llevar comida a los trabajadores.

—Hum —asentí.

Por un momento el viento se filtró entre nosotros, me estremecí.

—¿Tienes frío?

Negué con la cabeza, me abracé, apreté los labios. ¿Y si entonces venía a consolarme?

—Bésame —ordené.

Me miró atónito.

—¿Qué?

—Bésame.

Tragó en seco, posó su mirada sobre mis labios y se inclinó lentamente, con delicadeza tomó mi rostro entre sus manos, me dirigió a su boca, el sabor me inundó, fresca y un toque de

manzana.

—Sabes bien —susurré.

—Tú sabes mejor —jadeó.

Me besó la comisura de la boca, después el mentón, me ladeo un poco y besó bajo mi mandíbula, trazó un círculo con su lengua en mi cuello, sentí un tirón bajo mi estómago. Subí mis manos por sus brazos, sintiendo sus músculos contrayéndose con mis toques. Poco a poco me recostó en la colchoneta.

—No me gusta Sophi —musitó aún con el rostro en mi cuello, con su nariz trazó una línea hacia arriba de mi cuello, regresando a mi mandíbula —me gustan las castañas claras —susurró entre mi oído y el hueco de mi mandíbula —rebeldes y odiosas.

—Hum—me reí—, no le creo, profesor.

—Es cierto—me besó el cabello—, me gustan de grandes ojos oliva—sus dientes tiraron del lóbulo de mi oreja, arquee la espalda y él me retuvo contra su pecho —, lindas... lindas pecas — un tirón —, con un hipnotizante espíritu libre —coló una de sus manos por debajo de mi suéter, acariciando mi cintura con la yema de los dedos, recorriendo con las uñas mis costillas, sus labios se acercaron de nuevo a los míos—. Me gustas, niña—susurró en mis labios, besándome de nuevo, su mano subió hasta mi pecho, donde toda mi piel se erizaba, subió hasta mi seno, donde se detuvo y la retiró.

—¿Qué pasa? —pregunté entre su boca.

—No tienes.

—¿Qué?

—¿Estás solo con esta ropa? —parecía un pez, abriendo la boca repetidas veces.

—Sí —contesté un poco mareada.

Me bajó el suéter.

—¿Qué pasa? —pregunté preocupada.

—¿Cuándo cumples años?

Lo miré confundida.

—Enero —contesté —¿Qué sucede?

—Debemos esperar.

—¿Esperar qué?

Me miró intensamente y cerró los ojos después.

—¿Qué pretendes? —se incorporó y yo con él.

Estaba confundida, no entendía su reacción.

—¿De qué...?

—Phoebe, sabes perfectamente de qué hablo —abrió los ojos y los fijó en mí.

El peso de la realidad en esto cayó sobre mí, ¿Qué pretendía que pasara? ¿Solo besarlo?

—No lo sé —contesté —no sé qué... —inspiré—, solo quiero besarte —confesé —, pero aún no te conozco lo suficiente para... algo—solté el aire y hablé bajito —, no quiero dejar de hacerlo... y quiero saber ¿Qué pasa después?

Apretó los labios.

CAPÍTULO 8

CHIUILLA

Otro día de colegio, estoy parada frente a la puerta de la clase de Aritmética ¿Quién inicia con esas clases tan temprano?

Es un fastidio.

Hoy hace un poco de calor, afortunadamente no tengo que traer el uniforme de la capa.

El saco se ve lindo, pero la camisa me asfixia un poco, inhalé fuerte y abrí la puerta. La clase estaba callada, veinte pares de ojos se giraron hacia mí, acribillándome ¿a caso son esclavos?

Una mujer entrada en los cincuenta, movió los dedos para que entrara, mirándome como si odiase a todo mundo.

—Pasé, pasé señorita...

—Chevallier—dije y entregué los papeles, mirándola detenidamente.

—¿Phoebe o Belle? —gruñó.

—Ambos.

—Es un nombre muy largo, escoja uno.

Que mujer.

—Phoebe.

—Bien, Phoebe este es tu libro, toma asiento.

Justo en medio de aquella clase, había una silla vacía, me di cuenta de que, detrás de mí, estaba Gabriel, quien sonrió anchamente al verme.

—Hola, Belle.

Lo saludé con la mano. Tomé asiento, la clase ya no me pareció tan aburrida

Después de clase, Gabriel se coló a mi lado.

—¿Cuál es tu clase? —curioso.

Consulté mi horario

—Geometría analítica.

—¿Y después?

—Literatura inglesa.

—¡Ah! —exclamó —, tenemos clase con la tortura andante—Solté una risilla—¿Tus clases son tan avanzadas?

Hice un gesto agitando el horario.

—¿Crees eso?

Él me lo arrebató para leerlo.

—Por supuesto, ¿eres un cerebritito?

—Yo no diría que lo soy.

—Entiendo —se pasó una mano por los cabellos —¿te gustaría salir conmigo el sábado?

Levanté las cejas.

—Apenas te conozco.

—¿Es acaso un impedimento? —sonrió coqueto—. Nos veremos todos los días.

—Podría arrepentirme.

Sonrió de lado.

—No lo harás—estaba completamente convencido.

Me acompañó al salón de Geometría y se fue a su siguiente clase.

Gabriel era simpático, no me hacía sentir nerviosa, daba respuestas ingeniosas a mi sarcasmo aburrido.

Geometría fue igual que Aritmética, aburrida, sin chiste y muy atrasada para mí.

En el pasillo de camino a Literatura me encontré al pequeño duende pelirrojo.

—¡Belle! —soltó chillona, se lanzó hacia mí y me abrazó, sus espumosos risos rojos me arremetieron en la cara.

—¿Este es tu cabello?

—Lo sé, es muy rebelde—inclinó la cabeza para que tocara su esfera espumosa.

—Me gusta.

—¿Vas a literatura? —preguntó la pecosa.

—Sí.

—Vamos juntas —dio saltitos.

Antes de entrar, un grupo de chicos hacía escándalo frente a nosotras.

—Es el grupito de Gabriel—informó Kim—, el castaño moreno se llama Clement, el castaño caucásico es Hugo, los tres están en el equipo de Rugby, Gabriel es el líder del equipo, por supuesto—entonces un grupo de chicas también apareció ante nosotras.

—¿Quiénes son esas? —señalé con la barbilla, recordando a la chica que derroté en esgrima.

Kim rodeó los ojos.

—La rubia de extensiones baratas es Babette, la morena es Colette, Ivonne alta como poste y Dennise la de ojos de pescado.

—Las tienes bien ubicadas.

—Solo no soporto su existencia, tenemos que tolerarlas un año más, se creen las dueñas de la escuela.

—Odioso.

—Son las porristas, ya sabes, la relación jugadores porristas igual a populares.

—¿También existe esa clasificación aquí?

—Hey, es una verdad mundialmente reconocida.

—Excelente forma de citar a Austen —el profesor apareció tras nosotras, nos hizo dar un brinco—. Señorita Giordano, espero que su cita sea igual de entusiasta en el ensayo.

—Sí, señor Rossetti—Kim tragó en seco.

—Adelante —indicó con un ademán.

Le extendí la hoja para que la firmara.

—Hola de nuevo —dijo Gabriel, inclinándose rápidamente a mi oído, pasando a mi lado.

Claramente eso podía malinterpretarse.

—Hola.

—¿Tomamos el almuerzo juntos?

El bastardo carraspeó.

—Señor Faurier, está irrumpiendo el paso.

—El almuerzo está bien —contesté sonriéndole anchamente.

Gabriel me guiñó un ojo.

—Señorita Chevallier, venga conmigo, le daré sus libros —dijo el bastardo irritado.

Me condujo hasta el otro extremo del aula.

—No puedes estar con él—masculló, mirando por sobre su hombro para que no nos escuchasen.

¿Había algo más interesante que molestar a mi profesor?

—¿Por qué? —me acerqué un poquito a él.

—Porque no—se tensó.

—Almorzaré con él—afirmé.

—Phoebe, no juegues.

—Lo haré de todos modos —me encogí de hombros —, no me diga que está ¿celoso?

Su mandíbula crujió cuando la apretó.

—Tome sus notas, esta es la lista de los libros que debe leer, ahora, tome asiento ya —gruño.

Cuando me giré hacia las sillas, Kim extendió la mano en un saludo para llamar mi atención, estaba guardándome un lugar. Me senté junto a ella.

—Silencio, clase —dijo, y parecía muy irritado —, la tarea fue sobre Emily Dickinson, espero que sus tareas estén a la altura de la excelencia como bien saben y espero que, ahora que se nos ha unido la señorita Chevallier, todos la hagan entender que toda tarea o trabajo a entregar debe superar las expectativas de la excelencia—me miró—¿Tiene algo que decir, señorita Chevallier?

Fruncí los labios, sopesando, quería guerra, pues, lastima que sea un cabo.

—Sí —contesté, demasiado confiada —, creo que la excelencia está sobrevalorada, ¿desde qué punto de vista está viendo la excelencia? ¿Su expectativa? ¿La nuestra? ¿La de la escuela? ¿O lo mundialmente reconocido?

No se inmutó ante mi comentario, más bien, suavizó un poco su irritabilidad.

—Excelente observación, quisiera que sus futuros proyectos estuviesen basados a su expectativa.

—De acuerdo.

—Así podría ver cuales son sus propias expectativas.

—Lourd—(Molesto)

Estaba irritado, durante el resto de la clase, acribilló a todo mundo con preguntas, tal como lo hacía conmigo en nuestras clases, nunca había creído que todo el mundo en Santa Catalina estuviese tan bien instruido, las chicas que parecían sosas respondían a las crueles preguntas del bastardo, ahora apodado tirano. Vi la inclinación de preguntas seguidas hacia Gabriel, quien, entre presionado y queriendo lucir cool, contestó todo lo que le preguntaba.

—Señorita Chevallier—oh, aquí vamos —¿conoce usted a Emily Dickinson?

—Ya he tenido el gusto de escuchar a mis compañeros.

—¿La conocía antes?

—Poco.

—Señor Rossetti, está claro que la nueva jamás ha leído un libro —habló Babette, meneando su falso cabello y mirando al tirano con ojos inocentes.

Oh, chica, eso no funciona con él, aunque el tirano silenció a Babette, estaba claro que no me defendería.

Tomé aire

— “Si hubiera sabido que el primero era el último, lo habría conservado más tiempo. Si hubiera sabido que el último era el primero, habría bebido más. Copa, fue tu culpa, no eran los labios los mentirosos. No, labios, fue vuestra culpa, y la dicha más culpable” poema 1720—recité, si bien, podía callarle la boca a la tal Babette, pero también podría quedarle al tirano.

—Gracias por su demostración, señorita Chevallier—dijo el profesor con la voz más tenue.

Varios chicos me lanzaron miraditas aprobatorias, incluso Kim estaba entusiasmada. A excepción de Babette, quien fruncía los labios llenos de gloss, debía admitir que era un bonito tono.

La campana sonó y recogí mis cosas, debía llevarlas al casillero si no quería tropezar con todo ello.

—Te ayudo —se ofreció Kim.

—Ah, ah, pequeña pelirroja, yo lo haré —Gabriel se adelantó para con nosotras —, se pueden romper las muñecas.

—Ja, ja.

—No tienes por qué hacerlo —le dije a Gabriel, intentando quitarle mis cosas.

—Oh, pero quiero—me pasó el brazo tras la cintura—, recuerda, almorzaremos juntos —echó una mirada hacia Kim—, claro, la pelirroja viene con nosotros.

—Vaya, gracias y soy Kim, no pelirroja.

—Como digas, pelirroja.

Soltó un bufido y yo me reí.

—Señorita Chevallier—me llamó el tirano, rodee los ojos.

—Te esperamos afuera —dijo Gabriel llevándose a Kim.

Me adelanté para con el tirano.

—Te he dicho que...

—No tengo por qué hacerle caso—le dije cortante.

—Phoebe...

Lo miré entre cerrando los ojos.

—¿A caso está celoso?

—¿Celoso? —escupió— ¿De una chiquilla como tú? Estás diciendo tonterías.

Ah, dios mio, lo está, molestarlo será divertido.

—Yo creo que sí lo está —canturreé dando saltitos —¡estás celoso, estás celoso, estás celoso!

—Te he dicho que no —explotó —, no puedo estar celoso de una chiquilla tonta y tan insignificante como tú.

Detuve mis saltos y lo miré sorprendida, ¿insignificante? Él pareció darse cuenta de lo que dijo.

—Phoebe no es... —le solté una bofetada, callándolo.

Le arrebaté los papeles de las firmas.

—Puede que sea una “chiquilla tonta” —mi respiración estaba alterada —, pero está muy equivocado si piensa que soy insignificante.

CAPÍTULO 9

NO ES RECONFORTANTE

El comedor estaba rebosante, aunque me imaginaba los platillos diferentes, estos eran dignos de un gourmet. Pinché unos cuantos guisantes de manera distraída, Kim y Gabriel charlaban animadamente.

—¿Belle? —llamó Kim.

—¿Hum?

—Preguntaba ¿de dónde vienes?

—Creo que le parece aburrido—bromeó Gabriel masticando su carne.

Solté una risita, disimulando.

—Nací en París, pero los últimos dos años viví en Nueva York.

—¿En serio? —saltó Kim desde su silla —nunca he ido ¿Cómo es?

—Increíble —quería relajarme, de verdad lo deseaba, desvié mis pensamientos de lo ocurrido con el bastardo y me centré en la conversación, estaba tratando de hacer amigos —. Nunca he conocido una ciudad con tanto acceso a una buena cantidad de dulces.

Ambos soltaron risillas, después de eso entendí que debía dejar de lado las preocupaciones, me encogí mentalmente de hombros. Aidoneo Rossetti había terminado sucumbiendo al mismo lastre que mi familia.

—¡Mira! Es la señorita Perrieta, debo ir a preguntar algo, ahora vuelvo — apenas reaccionamos, como un duende apresurado, Kim saltó de su asiento para ir en busca de la señorita Perrieta.

—Entonces —dijo en el aire Gabriel, con esa mirada perspicaz.

—Entonces.

—¿Saldrás conmigo el sábado?

Sopesé un poco.

—Bueno, tengo una agenda apretada ¿sabes?

—¿En serio? —jugó —¿Qué harás?

—Hum, un poco de esto y un poco de aquello.

—Interesante —soltó una carcajada, su mirada siempre estuvo sobre la mia, si me movía, sus ojos estaban ahí.

—Pero trataré de hacerte una cita — combiné con su risa.

—A las doce.

—A las doce —asentí.

—Es una cita.

—¿Lo es? —inquirí, enarcando una ceja.

—Lo es, llevaré la bicicleta.

—¿Tomaremos un paseo?

—Te lo diré el sábado.

—¿Qué pasa si no se andar en bici?

—¿Crees que dejaré que caigas sola? —me acomodó el cabello tras la oreja.

El timbre sonó para terminar el almuerzo, Gabriel me acompañó hasta mi siguiente clase, haciéndonos preguntas tribales.

El resto de las clases solo coincidimos un par de veces más, mientras que el duende travieso permaneció a mi lado.

—Veo que estás contenta con Gabriel—apuntó ella.

Me encogí de hombros.

—Es un chico gracioso.

—Lo es —asintió —, oh vaya...

El duende travieso se detuvo y por un poco, la sentí deslizarse tras de mí.

—¿Qué pasa? —miré la dirección donde ella.

—Es esa chica...

—¿Quién?

Pude ver a varias chicas, pero, sobre todo, había una que sobresalía un poco más, una morena de cabello largo ondulado, medía casi uno setenta, era más alta que nosotras, tenía una mirada intimidante, un par de argollitas estaban enredadas en su cabello, estaba guardando sus cosas en un casillero, ajena a nosotras.

—¿Qué sucede con ella? ¿Te hizo algo?

Kim negó rápidamente.

—Es que... es que creo que me odia —lloriqueó.

—¿Cómo lo sabes?

Tragó en seco.

—Verás, el otro día la ayudé con unas cosas—explicó rápidamente—, se le habían caído y cuando le di sus cosas solo me miró muy feo.

Solté una carcajada.

—Eso es totalmente absurdo...

—Oye tú —chistó una voz tras nosotras, Kim dio un respingo y se pegó a mi espalda.

Alcé la vista, era la chica que observábamos.

—¿Qué le sucede? —me preguntó la morena.

—¿Su periodo?

—¿Qué?

—Como sea toma... —estiró un libro hacia ella —, ayer dejaste tu libro de Biología en el salón.

Kim salió de mi espalda con una enorme sonrisa y ojos iluminados.

Ah, la pecosa bipolar.

—¿Lo recogiste por mí?

—Sí...

—Muchas gracias.

—¿De nada?

—Creí que me odiabas

La chica rodeó los ojos.

—Apenas y te conozco.

—Kimmy Trovi —se presentó —, y ella es Phoebe Chevallier.

La morena estaba impactada por la vivaracha pelirroja.

—Everly Montalvo,

—¿Cuál es tu próxima clase? —preguntó enseguida el duende.

—Historia.

—La nuestra también, ¿vamos juntas?

Y de alguna manera nos convertimos en tres, Everly resultó ser un intercambio de México,

aún le costaba adaptarse al idioma, eso explicaba por qué no le había dicho nada a Kim cuando la ayudó, ¡Porque no le entendía nada!

Everly permaneció con nosotras hasta la última clase, también era su primera semana, así que Kim ideó un plan con ayuda de la influencia de sus padres, para convencer a mi tía Sophi de mantenernos juntas en todas las clases, aunque recién las conocía, me pareció una buena idea, pero Everly debía decidir en qué club estaría, así que dijo que lo pensaría y mañana teníamos su respuesta.

—Ustedes son muy—comenzó a decir Eve— ¿Cómo se dice cuando alguien te agradaba?

—¿Amical? ¿Bon? —(Agradable, amistoso)

—Eso que dices—apuntó.

—Bueno, Eve, nosotras seremos tus tutoras—alardeé—, así que pasaras mucho tiempo con nosotras.

—¡Si, al fin tendré amigas! —soltó el duende pelirrojo—. Hay que ir a Masella un día.

Eso me dio en pensar al fin, en una salida de chicas.

—¿Qué les parece si despues de mi cita con Gabriel?

El duende pelirrojo revoloteó a mi alrededor.

—¿A qué de verdad saldrás con él?

Sonreí anchamente.

—No pienso perderme esta oportunidad.

—¿Es ese *Beau gosse*? —(Hombre guapo)

—Si, ese, el rubiales, el líder del equipo de Rugby—exageró Kim.

—Ah, si, tenía que se ese—se burló Eve.

La ironía de Eve me hizo gracia.

—¿Por qué lo dices?

—No me malinterpretes, es que es demasiado obvio ¿no?, la bonita con el chico popular.

Ah, claro, quizá ella pensaba igual que yo.

—Ah, pero yo no soy popula—aunque tenía un par de planes—... aun.

—¿Qué piensas serlo? —el duende se asomó entre mis brazos, llevé mis libros hacia un solo brazo, mientras ella me abrazaba—, si es así, yo tambien quiero, por lo menos así disfrutaré bien el ultimo año—¿Qué dices Eve?

—Tampoco es como si tuviese algo mejor que hacer.

—¡Hecho! —Kim tiró de Eve para que las tres estuviésemos juntitas en un abrazo—. Nuestro propósito de este año será quitarle el lugar a la Lourd de Babete—(molesta).

—Ya, ya, duende, o vas a explotar de ira.

—¿Cómo una persona tan pequeña puede contener tanta ira? —Eve le acarició los rizos.

—No la contengo, ¿Por qué crees que llevo un buen puntaje en gimnasia? —luego nos separamos un poquito— ¿Y si entras conmigo y Phoebe a gimnasia?

—Lo pensaré, no soy buena siendo flexible... siento que ya estoy grande para eso.

El duende resoplo.

—Por favor, no es tan difícil, yo te enseñaré.

—Kim, no la fuerces.

—Está bien, está bien, la independencia tambien es buena.

Con risas nos fuimos a la ultima clase.

Teología.

Creí que estudiaríamos, no se la historia de la biblia o algunos pasajes, no que terminaría en la capilla tomando una misa.

El duente estaba contando todas las veladoras encendidas para no dormirse, Eve había adoptado una posición de plegaria, pero en realidad estaba durmiendo, como muchos de otros grupos. Las madrecitas estaban en primera fila, guiando los rezos, mientras que los demás permanecían callados o siguiendo los rezos.

La capilla era pequeña, por que me parecía ver una cueva, había cuadros de santos y replicas esculpidas sobre la misma piedra de la capilla. De hecho, toda la capilla estaba adornada con miles de detalles, ya sea esculpidos en dorado, pinturas de santos, los arcos y las ventanas, todo aquí desprendía ese detalle de la arquitectura barroca.

Mientras estaba distraída mirando los detalles, me percaté de que, a mi lado, la banca crujió.

Una sonrisa ancha me resivió, era Gabriel.

—¿Pidiéndole a dios?

—No—susurré—, solo admiro su casa.

—Es linda, si—se acercó un poco más—, pero no se compara con la belleza que ahora apresian mis ojos.

Oh, mon dieu, me has mandado a un chico tan galante.

—Definitivamente, me emocionó.

Se rio bajito.

—No puedo evitarlo, me haces pensar en ti todo el día.

—Coquette—(Coqueto)

—Arrête de me rendre fou—(Deja de enloquecerme)

Sentí la cercanía de su calida mano, apenas rozando mis dedos.

—Señor Faurier—ambos pegamos un brinco en nuestro asiento y giramos hacia atrás, la voz del profesor tirano nos había espantado—. Deberá quedarse más tiempo en la capilla y hablará con la madre superiora.

—¡Pero! —Gabriel no dijo más, apretó los labios.

—Tranquilo, dije, iremos los dos.

—No dije que usted, señorita Chevallier.

—Pues tengo igual culpa.

—Belle, no es necesario, yo lo hare solo.

—No puedo dejarte solo.

Gabriel sonrió bobo.

—No lo harás, estas aqui—señaló su cabeza—, y aqui—señaló su corazón.

—Así de apasionado defendiera su ensayo de Dickinson, señor Faurier, ahora, separence.

Pese a que nos separamos, lo que el tirano no podía separar era nuestras miradistas furtivas. Me recorría una emoción diferente a la que el profesor causaba en mi.

¡No! no debo seguir pensando en el profesor, de ahora en adelante no volveré a dejar que haga algo como lo de antes, tambien... no volveré a besarlo. Ahora tengo a Gabriel.

Gabriel, como buen chico responsable fue a hablar con la madre superiora y li vi perderse en el trasepto, pobrecillo.

Las chicas y yo fuimos a dejar nuestras cosas a los casilleros y nos despedimos en la salida.

Charly ya estaba esperandome, en el auto, mi abuelo y el bastardo ya estaban.

—¡Abuelo!

—*Petite* ¿Qué tal la escuela?

El bastardo me lanzó una miradita preocupada.

—Bastante bien, hice un par de amigas.

—¿En serio? —preguntó interesado mi abuelo —, debes contármelo.

—Se llaman Kimmy Trovi y Everly Montalvo ...

—Trovi y Montalvo, conozco a sus padres, unas familias bastante buenas, excelente elección de amistad.

—Si bueno—es hora de hacerle ojitos de borrego a mi abuelo—, es solo que nos vemos un poco y...

No necesité terminar el resto, mi abuelo, soltó una risilla bonachona.

—Tranquila, arreglaré eso, haré que tomen clase juntas, no veo algún problema.

—¿En serio? —salté del asiento aplaudiendo.

—Sí.

—Oh, gracias —lo abracé.

Mi abuelo me devolvió el abrazo.

—Todo lo que quiera mi hermosa nieta.

Obvio que va a consentirme, me parezco al amor de su vida.

—De hecho, hay algo más...

Titubee.

—¿Qué será?

—¿Podremos ir a la ciudad?

—Ah, es cierto, que quieres ir a París, ¿Para qué quieres ir a la ciudad?

—De compras y esta vez tiene que ser con carácter de urgente —sonríe anchamente —, el sábado tengo una cita.

—¿Cita? —me acarició la cabeza—. Vaya, te sentó bastante bien el cambio en el colegio, pero entiendo, iremos mañana después de clase —palmé mis manos, entusiasmada —, pero deberás decirme con quién.

Me acomodé en el asiento y eché mi cabello hacia atrás, como quien está a punto de soltar el más grande chisme.

—Se llama Gabriel Faurier.

—¡Claro! —estalló mi abuelo chasqueando sus dedos— ¿Por qué no lo noté antes? Bien, iremos juntos a París mañana.

Nada iba a cambiar mi entusiasmo, ni siquiera la oscura bruma que envolvía al bastardo. Bajé del auto en cuanto llegamos a casa y a saltitos recorrí el camino.

—Estás feliz —dijo Blanche saliendo a mi encuentro.

—Mucho, sí.

—Me alegra —me abrazó con un brazo, con el otro lo extendió para tomar mi bolso —, sé que has estado con un poco de desánimo, así que te hice un poco de eclairs

—¿De chocolate?

—Sí, de chocolate.

La abracé de nuevo, ¿puedo ser más concentrada este día?, después de tal comentario.

—Gracias, nana, aunque hoy es un buen día—la besé en la mejilla—, iré a cambiarme y bajaré.

El bastardo carraspeó.

—No olvides que hoy tendremos clase.

—Sí, profesor—canturre bailoteando en las escaleras.

Subí a tomar una ducha tibia y a cambiarme.

Me embroqué un bóxer y una camiseta, mientras buscaba unos pants cortos, le quedaba bien con mis sandalias azules, ¿Cómo peinarme?

Unos toquidos irrumpieron mi calma.

—Pasa, nana —dije, mientras me agachaba en los cajones de mi closet —nana, no encuentro mis pantalones grises, esque esos le convinan a mis sandalias.

—Yo digo que estás muy bien así.

Me erguí de inmediato.

—¿Qué demonios hace aquí? —tomé la primera prenda y la envolví en mis caderas.

Él entró a mi habitación, un estremecimiento me recorrió.

—Solo quiero disculparme por...

—Ya está—solté rápidamente, aproximándome a él, dispuesta a hecharlo—, lo dijo, ahora fuera de aquí.

—Escúchame por favor.

—No tengo por qué —me aproxime dispuesta a usar la fuerza si era posible —, quiero que se vaya.

Parecia indefenso y cabisbajo, lo cual hizo irritarme más.

—No quise decir lo de antes.

Resoplé.

—¿Está contento? Lo dijo ¿Qué más quiere?

—Quiero que me perdones.

—¿Perdón? —uno de mis pies se enganchó en mi mochila, maldición.

Tropecé, me sostuvo antes de caer al suelo.

—¿Estás bien? —me tomó entre sus brazos, entonces, todo lo que había retenido el resto del día, simplemente rompió la tensión.

—Soy una tonta e insignificante —dije, sintiendo el calor en mis mejillas y unas lágrimas traicioneras.

—No, no lo eres, por supuesto que no —se apresuró a decir, tomó mi rostro entre sus manos —, yo solo estaba molesto por la situación, lo que dije fue una estupidez.

—Pero eso es lo que piensan de mí —más lágrimas cayeron —, todos piensan eso.

—No, claro que no, solo un idiota como yo podría decir eso.

—Vete —sollocé —, quiero que te vayas de mi habitación.

Me sostuvo más fuerte.

—No me voy a ir y dejarte así.

Lo empujé.

—No te importa, a nadie le importa eso, vete.

—Me importas—soltó, lo miré incredula.

—¿Por qué?

Entonces presionó sus labios en mi boca, sus labios se movieron en los míos, mientras sus brazos aún me sostenían, me dejé llevar por un momento, sus manos se deslizaron hasta mis caderas y me pegó a él, su lengua se abrió paso en mi boca, era una sensación extraña. Entonces de nuevo me sentí abrumada, no pude evitar seguir sollozando, él quería reconfortarme, pero aún no estaba lista para perdonarlo.

—No —lo rechacé —, no quiero esto... solo vete.

Sin mirarlo, lo empujé a la salida, no opuso resistencia, le cerré la puerta en las narices.

CAPÍTULO 10

FLORECER

Esta mañana solo fui a clases un par de horas, las suficientes para aburrirme. Resultó que Kimi no había podido ir por que tuvo un resfriado y Eve se la pasó investigando sobre cuál sería la clase extra que tomaría.

Hoy era el último día de la recolección de firmas de los profesores de mi horario, así que tenía que llevar mi hojita a la tía Sophi.

Cuando llegué a la oficina de dirección escuché voces dentro.

—...Oh, si profesor—esa era la voz de la tía Sophi—, solo un poco más—¿Por qué su voz era diferente? ¿estaban haciendo algo? —Profesor Ross...

Me erguí enseguida ¿Profesor Ross? ¿se refería a el profesor Rossetti?

Él estaba... con ella.

Tragué en seco y di media vuelta alejándome de ahí. Debía reconocer que el pecho me dolió un poco.

.
. .

De la mano de mi abuelo, fue genial haber recorrido todas y cada una de las tiendas, bueno, él me acompañó en la mayoría, pero se cansó la mitad del tiempo

Me concentré en un buen trato en el salón de belleza y cambiarme el horrible uniforme por unas lindas botas gogo blancas, una minifalda negra hasta el muslo y un top blanco de manga larga. Mi alma descansó cuando mi cabello recibió el tratamiento adecuado, ahora se veía brillante, con vida, incluso había descubierto el nombre del tono de mi cabello “Bronde” e hicieron maravillas con él, su movimiento, lento, liso, suave, terminaron por adornarlo con un peinado a una coleta media y algo abultada y un moño blanco, era una buena idea para mi cita de mañana.

Después de la ardua insistencia de Nicky (el dueño del salón) por probar un poco de maquillaje, protesté para que no fuera ridículo, algo sencillo, me fascinó el resultado, nada cargado, y muy natural, lo único que hicieron fue darle ese delineado perfecto y rizar mis pestañas y probar un gloss durazno.

No pude evitar hacer muchas compras, demasiado estrés acumulado lo ameritaba, así que ahora mi uniforme tal vez está en una de las tantas bolsas, entre Dior, Ellese, Kappa, CH, no puedo estar segura.

El abuelo se quedó en París, dijo que tenía que hacer un par de cosas y que luego regresaría conmigo. Yo sé que tiene su vida en París y tiene que estar viajando a Provenza para supervisar la escuela y a mí.

Dormí un poco hasta que la canción *Baby I love your Way* me despertó, me estiré en el sillón del auto y miré hacia la ventana, hacia algo de sol, con un atardecer muy lindo.

Ahora recargada en la ventana, me sentía bastante feliz, sabía que no resolvía mis problemas, pero si me habían hecho sentir mejor, nada impediría este pedazo de felicidad.

Los campos de lavanda surgieron de pronto, así que ya estábamos muy cerca. Minutos después Charly y la escolta, aparcaron frente a la casa, Tate se aproximó para abrirme la puerta.

—Gracias RoboCop—le sonreí al bajar.

—Vaya, gracias, he recibido un apodo.

—Claro, ¿Por qué no?

—¿Escuchaste eso, grandulón? Ya no eres el único—se burló para con Charly, los tres soltamos carcajadas.

Tate y Charly me ayudaron a bajar todas mis bolsas.

Me aproximé a la entrada, donde, sentado en el banquillo del porche, estaba el bastardo con su eterno libro, quien no retiraba su mirada de mí. Ciertamente, no tenía ganas de discutir, ni de molestarme con cosas tan tribales, así que pase de largo hacia dentro.

Cecil corrió hacia la puerta para abrirla.

—Muchas gracias, Cecil, ¿Podrías indicarnos donde llevarlas cosas?

—Claro, señorita, enseguida.

Cecil guio a Charly y a Tate hacia mi habitación para dejar la enorme montaña de bolsas.

—Veo que trajiste toda la tienda—Blanche apareció ataviada con un trapo de cocina.

Me encogí de hombros.

—Solo lo necesario—jadee cansada.

—¿Tienes hambre? Ya está la comida.

Si, una linda comida fuera.

—¿Podemos comer en el jardín?

—Claro

—Te ayudaré a poner la mesa.

Después de protestas por parte de Blanche para que no lo hiciera, al fin cedió, tomé del gabinete un bonito mantel turquesa y la vajilla de “sueño verde”, tenía lindas rosas pintadas a mano y toques dorados.

Mientras Blanche acomodaba los platillos, corté un poco de rosas color rosa y amarillas y las llevé a la cocina para tomar un jarrón.

El gabinete estaba muy alto, incluso con mis botas no podía alcanzarlo, busqué algo para alcanzarlo.

—¿Necesitas ayuda?

Pegué un brinco por el susto, maldición, ¿acaso era su costumbre?

—No—contesté con el corazón acelerado, exhalé para relajarme, coloqué las manos en la encimera y subí una rodilla, después la otra, luego me incorporé tratando de mantener el equilibrio.

Abrí las puertas del gabinete y busqué el jarrón que necesitaba, un jarrón pequeño de porcelana rusa que combinaba perfectamente con la vajilla.

—Aquí estás—murmuré.

Con el jarrón en mano intenté cerrar el gabinete, pero el borde de la encimera me lo impidió y resbalé.

Solo cerré los ojos esperando el gran golpe.

—Te tengo.

Quizá había estado lo suficientemente cerca de mí, no lo sabía, pero ahora me sostenía en sus brazos. Su fuerte colonia hizo que mi boca se sintiera reseca, y el extraño, pero ahora ya familiar calor me inundó.

—Bájame—exigí con voz ronca.

Me sostuvo por un par de segundos más y después me sentó en la encimera, antes de que diera el saltó colocó ambas manos a mis costados, acorralandome.

—No te dejaré ir hasta que me escuches—exigió.

Solté un suspiro, lo había estado evitando estos dos días.

—No tengo nada que escuchar—contesté neutral—, ya has pedido disculpas.

—Estás enojada conmigo, y lo entiendo, pero por favor...

—¿Quieres que te perdone? —terminé por él, lo miré fijamente, mientras en su mirada veía como un cachorro avergonzado, tragué en seco—. Está bien, te perdono—asentí—, es hora de comer.

Se colocó más cerca de mí.

—Por favor, no quiero que seas indiferente conmigo.

—¿Indiferente?, esta debería ser nuestra relación como alumna-profesor, debió ser así desde el principio—tomé un poco de aire—. Solo le estoy dando el trato que se merece, profesor —recalqué la palabra.

Deslicé sus brazos hacia un lado, él lo permitió, esta vez no me detuvo, sino, me dejó bajar, de un salto de la encimera, llené un poco el jarrón con agua y coloqué las rosas.

—Entonces, no hay nada que pueda hacer—susurro abatido, no contesté—. Será solo una relación alumna-profesor.

—Así es—contesté acomodando las rosas—, nada más—me encogí de hombros—, incluso fue buscar a la tía Sophi.

—No estoy interesado en las mujeres mayores—se recargó en la encimera—. Sé que pronto cambiarás de parecer.

Recordé lo que escuché esta mañana.

—Lo dudo.

Unos pasos lo hicieron erguirse, Blanche entró a la cocina despreocupada.

—¡Oh, aquí están! La cena está servida.

A pesar de todo, se llevó a cabo una cena pacífica, entre conversaciones y preguntas emocionantes de Cecil por saber cómo era París. Me sorprendí bastante que teniéndolo tan cerca, ella no lo había conocido, consideré regalarle un par de cosas después, no sabía la edad de Cecil, quizá rosaba los veinte y pocos, sabía que vivía en Provenza, pero su historia me era incierta.

Cecil le hacía ojitos aborregados al profesor. Oh vaya, ¿así me veía? No quería saberlo. Cecil miraba a hurtadillas al profesor, con esa mirada brillante y soñadora. Nunca me he puesto a pensar en él de esa manera.

Además de descubrir que Cecil también le era interesante el bastardo, ah, tenía tal magnetismo, supongo que fue una reacción normal por parte mía. Cualquier chica caería por un chico guapo.

Ni siquiera había fantaseado con algo parecido, a excepción de Bon Jovi, pero aun así ¿Qué me había llevado a pensar siquiera en besarlo? Sabía que era bastante atractivo, pero ¿qué más?

—¿Phoebe? —nana me sacó de mis pensamientos.

—¿Sí, nana?

—Pregunté sobre tu cita de mañana.

—Oh—sonreí un poco.

—Has estado bastante distraída desde que dijiste que tendrías esa cita—inquirió con cierta burlilla.

Bueno, no he pensado en Gabriel, para variar, pero estaba bien que ella lo creyese así.

—No había pensado en eso, nana.

—¿Cómo es el chico? —pregunto Cecil entusiasmada.

Me regodeé en mi asiento.

—Bueno... es alto—sonreí tomando mi taza—, es rubio y guapo, tiene una sonrisa que... no sé. Y sus ojos son tan brillantes cada vez que sonríe... es muy tierno y lindo.

—Phoebe está enamorada—canturreó Cecil—, yo también quisiera estarlo—y miró furtiva a Aidoneo.

—No sé si estoy enamorada, Cecil, solo, saldré con él mañana—admití—, entonces lo descubriré.

Muriel me tomó de la mano.

—Es normal que pienses eso, eres bastante joven, está bien que salgas con chicos.

Solté una risa.

—¿Insinúas que está bien salir con varios chicos?

Mi comentario fue sumamente gracioso, pero para Aidoneo no le causó gracia.

.

.

.

—Es algo confuso.

—Así son estos exámenes, ¿no los conocías?

Ya era sábado y desde temprano, el tirano profesor se había empeñado a que tomara clases. El ambiente estaba algo turbio, pero preferí ignorarlo, aún me sentía feliz.

—No—suspiré y vi de nuevo la pregunta—, mis exámenes eran convencionales, estos son muy confusos.

—Ese es el chiste.

Comencé a contestar el examen, intentando concentrarme en terminarlo a tiempo, diez minutos después terminé y se lo tendí.

—¿Ya?

—Si

—¿No lo quieres revisar?

—No, si no lo supe a la primera, solo me confundiré más.

—Está bien.

Tomó el papel entre sus manos y se sentó frente a mí, revisándolo, tomé mi lápiz y comencé a dibujar espirales en el borde del libro.

Unos toquidos irrumpieron en la biblioteca.

—Adelante—dijo el tirano.

Cecil asomó las narices.

—Phoebe, son las once y treinta.

Me levanté como un resorte.

—Aún no puede marcharse, señorita. —me miró con sus lentes en el puente de su nariz, era una mirada inquisidora.

—Pero...

—La clase termina a las doce.

—Pero debo vestirme, debo estar preparada.

—Como usted lo ha dicho, debe estar preparada, la cuestión aquí es ¿Qué importa más? ¿Una salida con un imberbe o su futuro educativo?

Así que habíamos regresado a lo mismo, bien, mi idea seguía firme, no pelear, un poco enfurruñada me senté de nuevo en la silla.

—Buena elección.

Demoró más de lo usual en calificar el examen, después decidió que hiciera un ensayo de la historia de Napoleón en quince minutos, había olvidado odiarlo por completo, el nivel de odio subió.

Intenté redactar todo lo que pude, incluso, me estremecí y estresé cuando el timbre sonó, quizá Cecil ya lo estaría atendiendo.

Se había sentado en el escritorio cerca de mí, infligiendo más presión.

Un par de minutos más terminé.

—Listo—empujé el papel hacia él—, ya terminé, me voy.

Me levanté de un salto, pero capturó mi mano y me asió hacia él.

—Aún no he dicho que puedes irte.

Me tomó por la cintura y me elevó hacia el escritorio, mi corazón martilleó en mi pecho.

—¿Qué le pasa?

—No puedo dejarte ir así con ese tonto, no me agrada.

—No me importa si es o no de su agrado, lo es para mí.

—¿Estás segura?

Abrió mis piernas, metiéndose entre ellas, para estar más cerca de mí, se inclinó feroz hacia mí, deteniéndose a centímetros de mi boca.

—Dime ¿de verdad te importa tanto ese chico?

Me sentía sofocada y mareada por su cercanía.

—Él... él me gusta...

Se inclinó hacia mi oído, eché la cabeza hacia un lado cerrando los ojos.

—¿Estás segura?

—Hum.

Tenía su aroma justo en mi nariz, me hacía sentir alucinada, sus manos se deslizaron por las solapas de mi vestido campestre, por instinto levanté mis brazos enredándolos en sus hombros.

—¿De verdad te gusta? —jadeo en mi cuello.

—S... Si—la voz me tembló.

Sus manos calientes subieron por mis muslos desnudos, casi con la punta de los dedos.

—Haré que cambies de parecer—lambió mi cuello y di un respingo.

¿A qué se refería?

Besó lentamente mi cuello, justo en un punto que me hizo estremecer y sentir cosas ahí debajo, ¿Por qué lo sentí asó?. Mi respiración temblaba, mantuve los ojos cerrados, una de mis manos se enredó en su cabello sedoso.

Sus manos subieron un poco más, donde, el elástico de mi braga estaba, me estremecí, él chupó el lóbulo de mi oreja, mientras sus dedos demasiado cerca de mí... Me acarició sobre la tela.

Di otro respingo y solté un jadeo, apreté los ojos.

¿Es acaso esto real?

¿A esto se refería con cambiar mi parecer? ¿Íbamos a hacerlo aquí?

Ese lado oculto de mis pensamientos floreció de pronto, ese calor repentino por su cercanía, mi corazón palpitando y mi decisión tomada, estaba descubriendo este mundo tan oculto.

Me dio un mordisco en mi mandíbula y subió lento a mis labios.

—*Sei così allettante, mia cara*—(Eres tan tentadora, querida)

Su voz sonaba tan profunda, ronca, timbrante hacia mi cuerpo, era una sensación que brotaba con calor de mi cuerpo tembloroso, ¿esto era la excitación?

Chupó mi labio inferior, entonces, una de su mano se adentró al elástico de mi braga, tocándome ¡estaba tocándome!, me tocó donde nadie nunca lo había hecho, lo abracé con fuerza y apreté las piernas.

—¡Oh!

Me acarició sobre mis labios vaginales, casi sin rozar sus dedos, un contacto electrizante. Me besó despacio, me hizo probar en ese beso la urgencia de él y descubrir que una llama en mí se había encendido desde el primer momento.

Luego, abrupto, se retiró de mí.

Aturdida, intenté controlar mi respiración, mientras mis brazos quedaron como fideos a mis costados, él me miró fijamente, casi divertido.

—Ya puedes irte—se llevó la mano a la boca, aquella que me había tocado—, così allettante —(tan tentadora)

Extrañada, intenté recoger mi cuerpo gelatinoso y tembloroso, lo miré por última vez antes de cerrar la puerta de la biblioteca, él, en medio de esta, con una mano en el bolsillo y esa sonrisa burlona.

Corrí a mi habitación, intentando comprender lo que había pasado, y me di cuenta de lo mojada que estaban mis bragas.

CAPÍTULO 11

CITAS

—Creí que nunca saldrías.

—También lo pensé—contesté con un hilo de voz.

Me había cambiado tan rápidamente, desesperada por salir de ese lugar y que el torrente de mis pensamientos se detuviera.

Opté por un flojo vestido celeste y deportivas blancas, hice un intento mediocre por copiar el peinado de ayer, aunque no quedó como esperaba, fue soportable.

Cuando pude, arrastré a Gabriel lejos de la casa, ahora recorriamos el largo campo de lavandas.

—En realidad no es aquí donde quiero llevarte.

—Creí que nos pondríamos a cortar un par de flores—solté una risa.

—Podemos quererlo si quieres.

—No, está bien, ¿Dónde vamos?

—¿Nunca has ido a la villa?

—Jamás

—Bueno, Belle, prepárate para experimentar una tarde lejana de los lujos.

Recorrer el camino del campo de lavandas hacia la Villa Lumière fue toda una travesía, la bicicleta de Gabriel tenía dos asientos, alargada de un rojo brillante con una canastilla en la parte trasera.

Nos caímos un par de veces en el camino, debo admitir que fue mi culpa, nunca había tenido que compartir una bicicleta, afortunadamente no pasó a más que una rodilla raspada y un golpe de trasero, sin embargo, Gabriel se la pasó disculpándose el resto del camino.

La promesa de una tarde maravillosa fue muy cautivadora cuando llegamos a la entrada, era tan encantadora como lo había imaginado.

Un pueblecito que se había quedado estancado en la época medieval, las calles estaban llenas de adoquines cuadrados. Los altos techados en pico de las casas de madera, las ventanas de las casas abiertas donde colgaban flores llamativas; arquillos entre los callejones o incluso en los umbrales de las casas, aunque parecían poco apretadas, dejaban ver un atisbo de convivencia armoniosa.

—Es hermoso—exclamé, totalmente embelesada.

Bajamos de la bicicleta y la dejó a un costado de una casa.

—Espera ver la fuente de sodas.

—¿Fuente de sodas?

Sonrió anchamente.

Me tomó de la mano y recorrimos un par de callejuelas, había gente recorriendo las calles con sus polaroids colgando del cuello, con ropas frescas y viendo artesanías.

—He estado en muchos países—dije totalmente alucinada—, pero ninguno se compara a esto.

—Me complace escuchar eso—me acarició la muñeca—. Mira, ahí está.

Literalmente había una fuente de sodas.

Era una alta fuente de cinco corrientes, había tres mujeres con floreros esculpidas en piedra, un poco de musgo cubriendo las orillas, pero era parte del encanto, justo, tras ella, en la esquina, una terraza que invitaba a los turistas por llenar sus estómagos con sodas, smoothies, helados, entre

otras cosas.

—¿Un helado? —preguntó divertido con mis caras.

—Te gano—lo empujé y corrí hacia el lugar.

.
. .

—Aquí tienen—dijo la amable mesera, abrí la boca con asombro.

Depositó frente a nosotros el enorme tazón con la banana Split más grande que he visto jamás, helado por montañas, crema batida con chispas de colores por montones, fresas cubiertas con chocolate, cerezas justo en la punta y galletas de vainilla en tubitos.

—¿Lista? —preguntó travieso.

Cerré la boca y tomé mi cuchara.

—Eso no se pregunta.

La competencia comenzó, al primer bocado de helado, ambos soltamos gritos.

—Mi cerebro—protestó Gabriel.

—Demasiado rápido.

Segundos después nos recuperamos, entre bromas y bocadas la montaña fue descendiendo.

Mejillas manchadas y ojos brillosos, así se veía Gabriel, la luz de la tarde lo hacía ver chocante y muy guapo, con ese brillo pícaro, de cejas gruesas.

—¿Te he dicho lo increíble que te ves sin uniforme? —le dije.

Entonces, apareció esa sonrisa de lado, sus mejillas se tiñeron de rojo, mientras bajaba un poco los ojos apenados.

—Tú te ves realmente hermosa.

Al final, nadie ganó, esa banana Split jumbo iba a provocarnos un coma diabético, hicimos una tregua y lo dejamos por la paz.

Ahora caminábamos hacia la plazuela

—¿Siempre has vivido aquí? — pregunté, intentando disipar el silencio.

—En realidad, no—se encogió de hombros—, nací en Miami, pero mis padres se mudaron a Francia cuando tenía diez años, así que tuve que venir con ellos.

—¿Cómo llegaste a Santa Catalina?

—Mis padres son socios de un viñedo cerca de aquí y para no tener que viajar de París a Provenza decidieron comprar una casa aquí, y conocieron a Claude Chevallier, los convenció de que Santa Catalina sería la cúspide de Francia—se encogió de hombros—, además tienen un buen programa de Rugby.

—Cierto, ¿Te gusta mucho?

—Lo practico desde que estaba en pañales.

La conversación siguió por mucho tiempo, entre gustos musicales y hasta los calzoncillos de los jugadores de Rugby eran bastante cortos que agilizaban la movilidad.

Así que, tomados de la mano como si estuviésemos acostumbrados a ello, recorrimos más calles, al parecer se estaban preparando para un festival, llamado “el festival de las luces”, había mucho movimiento, las calles se adornaban con cientos de tiras de foquillos de luces, interesantes puestos de comida y juegos.

Me sentía como una niña pequeña, entre juegos y apuestas con Gabriel, quien, sentía que más que compañía, lo arrastraba por la calle por todo el lugar, pero me relajé al ver la enorme sonrisa en su cara.

Tal vez, también se divertía como un niño. Gabriel resultó ser cariñoso y muy atento.

Ganó para mí un peluche de conejo al medir su fuerza y un sombrero con flores al presumir su puntería. Yo gané para él una ridícula corbata de rayas y un sombrero de copa.

—Te queda muy bie...

Choqué contra alguien, quien llevaba algo líquido porque me mojó el pecho por completo. Era una chica distraída que abrió la boca con sorpresa.

—Lo siento, de verdad lo siento, no te vi—dijo en inglés.

La chica intentó limpiarme con un paño.

—Oh no—Gabriel se quitó la camisa y me la puso por los hombros.

—Fue un accidente—le dije a la chica, tratando de que se alejara de mí.

Gabriel me tomó por los hombros y me alejó de ella.

—Gracias—le dije, mientras metía mis brazos por su enorme camisa.

Se había quedado en camiseta, sus hombros y brazos estaban descubiertos, dignos de un deportista, estaba musculoso, tenía un bonito lunar en el hombro izquierdo.

—¿Estás bien? —me preguntó haciéndome por los hombros.

—Sí, solo fue un accidente—me abotoné la camisa—, estaba algo fría su bebida.

—¿Quieres que regresemos a casa?

—No—negué rápidamente—, estoy bien, ya se secará, gracias.

Había un grupo de música tocando en plena plaza, las personas se arremolinaban.

—¿Vamos? —preguntó sonriendo y mordiéndose un labio.

Completamente encantador.

—Sí.

Era música alegre, un intento de jazz, pero sonaba bastante bien, la gente comenzaba a bailar a nuestro alrededor, Gabriel me tomó de la mano y con la otra en la cintura comenzó a guiarme.

Me sacaba casi una cabeza de altura, su cabello al sol lo hacía verse dorado y sus ojos como chocolate fundido.

—Estás callada.

—Solo te admiro.

—¿Me admiras? —levantó las cejas doradas también—. Soy yo el que debería estar diciendo lo hermosa que te ves.

—Puedes esperar tu turno.

Soltó una risilla.

—Estás muy hermosa.

—Dije que no era tu turno.

—No puedo esperar—soltó un suspiro, mirándome fijamente—, me fascinaste desde el día que te vi por primera vez, dándole una paliza a Babette.

—No le simpatizo para nada

Ambos soltamos carcajadas.

—No creo que sean las mejores amigas.

—Lástima.

Se las ingenió para acariciar mi mejilla con una mano.

—Sé que, quizá es un poco precipitado, pero quisiera preguntarte si tú...

Un carraspeo.

—¿Interrumpo?

Unos nervios me atravesaron por completo, Gabriel se separó de mí para levantar la mirada y frunció el ceño.

Por dios, dime que no es cierto.

Levanté la mirada y ahí estaba, más alto que Gabriel, con esa mirada verde inquisidora, con una camisa blanca y pantalones negros a la moda italiana.

Me molesté, estaba irrumpiendo, pero, fruncí el ceño totalmente, viendo que de su brazo pendía la pobre Cecil, que nos saludó alegre, no portaba el uniforme, sino, un jeans y camisa a rayas.

—Hola Phoebe, qué gusto coincidir—saltaba Cecil emocionada.

—Profesor Rossetti—dijo Gabriel, sorprendido—, qué coincidencia verlo aquí.

—Sí, una deliberante coincidencia.

—Qué bueno que quisieron venir a disfrutar de las atracciones de la villa—sonreí, Gabriel se colocó a mi lado.

—Oh, Phoebe, tu siempre tan propia—se emocionó Cecil y aferró del brazo a Aidoneo.

—Blanche insistió en que viniésemos—explicó él algo incómodo.

—Se portó tan linda en dejarme venir.

—Blanche siempre es así—combiné con una falsa sonrisa.

—Estábamos por ir hacia la fuente de sodas, ¿quisieran...?

—Oh, nosotros ya estuvimos ahí—sonreí hacia Gabriel y lo tomé de la mano—, es un lugar encantador.

—Pero no les recomiendo pedirse una banana Split jumbo—Gabriel me devolvió la mirada, con ese secreto divertido entre nosotros.

—Podrían caer en un coma diabético—soltamos risillas.

Devolví la mirada hacia Aidoneo, apretaba la mandíbula, los tendones de su cuello se tensaron, la mano libre la tenía en un puño.

—¿Por qué tienes su camisa? —pregunto irritado, apuntando hacia mí—¿Qué le hiciste?

Gabriel lo miró perplejo.

—¿Yo? Nada...

—Oh, fue un accidente—dije restándole importancia—, espero que te diviertas mucho, Cecil.

Cecil soltó una risilla nerviosa.

—Sí, también espero eso.

—¿Nos vamos? —le pregunté a Gabriel, con la voz más melosa que pude.

Me rodeó la cintura con su brazo.

—¿Otra ronda de aros?

—No pienso perder—le sonreí perspicaz—, nos vemos en casa—los despedí con la mano y me dejé arrastrar por Gabriel.

—Eso fue intenso—dijo Gabriel pasándose los dedos por el cabello.

—Mucho.

Eché una mirada hacia atrás, Cecil arrastraba a Aidoneo, y este, se giró para mirarme.

Nuestros ojos chocaron, pero retiré la mirada antes incluso de poder describir lo que había visto en ellos.

CAPÍTULO 12

ESTAS PERDIENDO EL TIEMPO

Han pasado tres días desde que salí con Gabriel.

Tres días en lo que he evitado a toda costa al bastardo.

El sábado Gabriel y yo regresamos justo antes de que se oscureciera, a lo cual, Aidoneo y Cecil no habían regresado, pero tampoco quise saber lo que había pasado con ellos.

El domingo era mi día libre, así que desde temprano me pegué a las faldas de Blanche y la acompañé a Marsella para las compras, Cecil no nos acompañó, quiso visitar a su familia en Saint Tropez. Así que regresamos por la noche a la casa, a lo cual, con éxito, tampoco lo vi.

El lunes por la mañana me vestí temprano para engullir mi almuerzo y terminar a tiempo cuando él bajó para tomar el suyo.

Hice una apuesta con Tate y si lo vencía en un juego de papel o tijera me dejaría ir al frente por tiempo indefinido, le preocupaba tanto mi aprobación que se dejó convencer de ello y ganó.

Así que el lunes logré evitar a Aidoneo en el camino, a excepción de su clase antes del almuerzo, estuve evitándolo, tanto que su mirada fija en mí me pareció fuera de lugar, incluso me sentí un poco intimidada, pero logré pegarme a Kim y Everly, quienes al parecer estaban conectadas, alegaron con insistencia una pijamada para el martes, a la cual accedí sin negarme.

Gabriel y yo solo conversamos un poco en el almuerzo, nuestras clases no coincidieron del todo.

Ese día tenía entrenamiento de Equitación para completar la prueba que no había hecho aún. Estaba un poco insegura al respecto de usar otro caballo que no fuese los que yo conocía, así que hice que mandaran a Roy para los días que entrenaría, como hoy.

Roy estaba completamente entrenado para dominar un curso completo, doma clásica, campo a través y saltos de obstáculo, además de jugar polo, así que ese día solo hicimos doma clásica y un pequeño partido de polo.

A los principiantes se les enseñaba a vestirse y preparar al caballo, los que ya eramos avanzados nos ocupábamos de los vendajes de nuestros caballos, claro, siempre bajo la supervisión de los cuidadores. Ajusté mis botas y las rodilleras, mis guantes y mi casco.

Tomé mi taco y salí con Roy a esperar las instrucciones. Kim y Eve vinieron a ver el juego, además de otros chicos que habían escuchado que hoy abría juego.

Mientras esperábamos a los principiantes, mis compañeras y yo nos dispersamos un momento para ir a la cerca, en donde se arremolinaban los chicos, fui para con mis amigas.

—Guao, amiga, te ves increíble.

—Si, ese traje te queda perfecto.

—Pero si es solo un pantalón y remera.

—Ah, ah, pero con las botas y el casco, huy, te ves poderosa.

—Ja, ja, ¿Por qué hay tanta gente?

—Ah, la directora estuvo anunciando el partido por los alta voces, así que muchos venimos— luego masculló—, digamos que teníamos justificación, ji, ji.

Más chicos comenzaban a arremolinarse.

—No creí que les interesara el polo.

—Es bastante interesante, sobre todo cuando se sabe que las chicas son muy rudas.

—Hablas de Jesica y Chantal.

—Si, ellas—confirmó el duende.

Esas chicas ahora serían las que dirigirían a los principiantes. Jesica con el primer equipo de tres principiantes y Chantal con mi equipo, dos principiantes, dos avanzados.

Eran equipos disparejos, pero por el poco tiempo que he estado con ellas me he dado cuenta de que Jesica tiene algo en mente, mientras que Chantal es más relajada.

Pero lo que Jesica no sabe es que soy algo competitiva.

—Nadie se ha perdido los partidos—explicó Kim—, suelen ser muy impresionantes.

La entrenadora llegó con los principiantes.

—Las veré luego.

—¡Por favor ten cuidado!

Chicas, el cuidado es para ellas.

Subí a Roy, cabalgué hasta hacermelo al resto, la entrenadora explicó el partido, solo duraría 4 ckukkers (7 minutos cada ckukkers), dividió nuestros equipos, cuatro polistas en cada uno. Quedé en la primera ronda,

—Yo seré el numero tres—explicó Chantal—, Vera será el dos, Maga el cuatro—abrí la boca con sorpresa—, Phoebe será el uno.

—No soy una novata—repliqué.

—Alguien debe defendernos ¿no?

Apreté los dientes, el numero uno siempre es el lugar que se les da a los novatos, lo único que tengo que hacer es cubrir al cuatro del equipo contrario, soy solo ofensiva, cuando sabe claramente que puedo ser la defensiva principal.

Observé al otro equipo, Jesica también era el numero tres, había otra chica con cara de mala que era la defensa principal, prácticamente querían que fuese su saco de boxeo.

Giré mi taco hasta ponerlo sobre mi hombro, si eso quieren, seré la mejor ofensiva.

Me ajusté los anteojos protectores, ajusté las coderas. Estoy más que lista.

—¡Phoebe! —escuché gritar—¡Phoebe! —giré hacia donde provenía, era Gabriel haciendo un alarde, agitando su mano entusiasmado.

—El chico Rugby ¿eh? —me dijo Chantal cuando pasó a mi lado.

Saludé con mi fusta a Gabriel.

—Es lindo ¿no lo crees?

—Me gustaría sentarme sobre él—dijo ella—, se ve que tiene una buena montura.

Ah, estaba provocándome ¿Qué tan mala debes ser para provocar al mismo integrante de tu equipo?

—Tiene la mejor—tiré de Roy para colocarnos en nuestra línea.

En el primer ckukkers recibimos un par de golpes por los principiantes, así que terminé con un feo moretón en el antebrazo derecho y otro entre hombro izquierdo. Fue cuando me di cuenta de que estaban conspirando contra mí.

—Vamos, no te enojas, es solo un juego—dijo Jesica después de que fui golpeada.

Apenas y llevamos pocos días de conocernos y no es que les haya echo algo para que me odien con provecho, pero si de esas tenemos, me defenderé en los siguientes Ckukkers.

El segundo comenzó, bloqueé a la chica cuatro mientras no perdía de vista la brocha (pelota), cabalgué para bloquearla e hice un dribbling, anotando.

—Ja, en sus caras, perras.

—Oye, buena técnica—aprobó Chantal, pero no le contesté.

Escuché el vitoreo de mi nombre.

El tercer Ckukker comenzó, bloqueé a la cuatro y di más pases, golpeando a las que me habían

golpeado anteriormente y anoté otros dos.

Para el cuarto, todas ya estaban jadeantes y furiosas.

Hice un Backhander y anoté con un dribbling, el caballo de la cuatro chocó con el mio y ella arremetió su taco enganchando el mio, lanzándome fuera de mi caballo, haciéndome caer, me sacó el aire.

La entrenadora silbó para detener el juego y corrió hacia mi.

—¡Phoebe!

La cuatro se bajó de su caballo para “ayudar” a levantarme.

—Estas explulsada—le gritó la entrenadora.

La chica protestó, pero luego se fue.

—¡Phoebe! —escuché la voz del profesor. De pronto ya lo tenía arrodillado junto a la entrenadora—¿Te encuentras bien?

Di caladas de aire y asentí ligeramente, esta chica no midió el riesgo, pude haber sido pisoteada por el caballo.

—Profesor, hay que llevarla a la enfermería.

—Ah—protesté—, no... solo... solo necesito aire.

—No repliques—el profesor me tomó en brazos.

—¡Phoebe! —escuché a mis amigos.

Aidoneó me llevó cargando hasta la enfermería, tal vez perdí la conciencia un momento, por que no me di cuenta de que estaba ahí hasta que abrí los ojos y el lugar era diferente.

Me reí.

Escuché estrepito.

—¿Qué tienes? ¿te duele mucho? —el rostro del profesor apareció frente a mi.

—Le gané a esas perras.

Él se llevó una mano al rostro.

—No puede ser.

Me incorporé.

—No te levantes.

—Esta bien—dije, un poco adolorida—, me he caído varias veces del caballo, se como caer y no lastimarme—moví mi hombro—, solo me sorprendió.

—Quedaste incocniente pudiste...

—Me robó el aliento—lo corté—, unos minutos solamente—me bajé de la cama—, ya puedo irme.

—Espera—me retuvo—, no puedo dejarte ir.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

Entonces escuchamos los pasos apresurados y mis amigas haciendo escandalo para entrar, él me soltó

El duende pelirrojo chilló, Eve me preguntaba como me sentía, Gabriel tambein llegó, abrazandome.

Despues de eso, no supe del profesor.

Llegué a casa completamente molida, Blanche me llevó la cena a mi habitación y me curó los moretones, además de que me dio un buen masaje en mi espalda, ya me estaba dando temperatura. Me dio medicamento y me quedé profundamente dormida.

El martes preparé mi maleta para que Blanche la mandara con Charly a la hora de la salida. Ya estaba mucho mejor, aunque no podía hacer tantos movimientos bruscos.

Mantuve mi nariz en todo momento pegado a los libros a la hora de clases del bastardo, quien, lanzó una pregunta al aire y nadie más contestaba. No quería que se molestara y nos preparara un examen sorpresa al otro día, así que levanté mi mano y me miró fijamente, aclaré mi garganta y contesté casi despreocupada.

Me miró fijamente a través de sus lentes y solo asintió, después continuó con su clase.

Me sentía un poco culpable, no le agradecí por haberme llevado a la enfermería, ahora me estaba ignorando.

Al tocar la campana guardé mis cosas como si fuese un robot, sentí su presencia acercarse a mí, mis nervios comenzaron a dispararse.

—Señorita...

—¡Belle, aquí estás! —Gabriel apareció de repente tras la puerta, ignorando a los chicos que salían—¿Almorzamos?

Expulsé el aire, que al parecer había contenido.

—Sí.

Gabriel se adentró al aula para ayudarme con un par de libros, miró por sobre mi hombro.

—¿Vamos chicas? —les preguntó a Kim y Eve.

—No queremos hacer mal...

—Para nada—sonrió Gabriel anchamente—, las amigas de Belle son también mis amigas.

—Hey chico—la voz estridente de uno de los amigos de Gabriel también se asomó por la puerta.

Era el castaño de piel canela y sonrisa coqueta, Clement, al parecer.

—¿Nos dejarás por tu noviecita? —me lanzó una mirada con puchero.

—Yo no...

—¿Qué les parece si almorzamos todos? ¡Yo invito! —estalló Gabriel, asiéndome más a él.

—¡Yai! —saltó Kim—, pido la tarta de queso.

—Oh, no, pelirroja, esa es mía—declaro Clement asiéndole frente a Kim, quien no se dejó intimidar y lo retó con la mirada, Clement le sacaba más de una cabeza.

—No si llego primero—le mostró la lengua y acto seguido, como si de una caricatura se tratase, se deslizó rápidamente por debajo de las piernas del grandulón y hecho a la carrera, dejando a un Clement asombrado.

—Esa pelirroja—gruñó y se echó a correr.

Salimos del todo del aula, el otro chico, del grupo de Gabriel, estaba recargado como aburrido en la pared.

—Yo invito el almuerzo Hugo—le dijo al chico.

—Escuche—bufó—, solo espero que sean mejor que las tontas esas

—¿De qué habla? —pregunté a Gabriel frunciendo el ceño hacia Hugo

Gabriel soltó una risita nerviosa.

—De nadie, vamos.

Eve y yo intercambiamos miradas.

Ella se había mantenido callada hasta ahora, era sospechoso, porque ella nunca se queda callada.

—No me agrada esto—murmuró a mi lado.

—A mí tampoco—contesté.

Gabriel aún me hacía por el hombro con su brazo, como si fuese ¿suya? Incluso su comportamiento me era ¿extraño?

La cabeza me daba vueltas.

Kimy estaba peleando con el tal Clement por su tarta de queso, todo era normal, observe con atención todas las mesas, hasta que a lo lejos y en el centro el “club de porristas” miraban hacia nosotras murmurando.

Nos encaminamos a nuestra mesa habitual.

—Ignórenlas—dijo Gabriel sacudiéndome del hombro—, está claro que son mejores que ellas.

Eve me miro alzando una ceja, claramente molesta. Tire del brazo de Gabriel con un poco de molestia.

—No debes compararnos con nadie—dije tajante.

—Lo siento, si las ofendí—contestó Gabriel, apenado, llevándose una mano a la nuca como era su hábito—, no era mi intención.

Suspiré, ya estábamos aquí, en la mesa sentadas con los chicos más populares ¿Qué podría pasar?

Después de eso, el almuerzo fue ¿raro? En realidad, algo más que raro, llevábamos una semana de clases, pero esta bastaba para acostumbrarnos a nosotras, estos dos chicos eran un extraño cuadro que no encajaba. Kim y Clement peleaban por los postrecillos.

Después de todo, Eve abrió la boca, claro, cuando Hugo había dicho algo en contra de la cultura de Suramérica y ambos se enzarzaron en una acalorada discusión, donde, al final, Hugo había cedido, porque se quedó sin argumentos.

—Diez euros por tus pensamientos—le dije a Gabriel mientras intentaba jugar con su mano, entrelazando y soltando sus dedos.

Estaba cerca de mí, sí, pero sus pensamientos eran lejanos, inspiró y me sonrió.

—No es nada, ¿terminaste?

—Sí.

—¿Saldremos el sábado de nuevo? —sonrió aún más.

—Claro, ¿Por qué no?

—Será el gran día del festival... solo que será un poco tarde.

—No hay problema—me encogí de hombros y la verdad es que no lo había.

La campana sonó terminado el almuerzo.

—Mueve el culo Gabriel, tenemos entrenamiento—dijo Clement lanzándole una miradita a Gabriel y luego a Kim—te veré luego, cerecita.

—No cantes victoria, bruto—gruñó ella.

—Nos vemos—Hugo se levantó de su asiento, le guiñó el ojo a Eve, esta se cruzó de brazos y se recargó en la silla mirando a otro lado—, ya caerás.

Gabriel carraspeó un poco incómodo.

—Te veré después—se inclinó para depositar un rápido beso en mi mejilla y se marchó.

—Vámonos—gruñó Eve.

Me sentía rara al caminar, como si mis emociones no fuesen las que esperaba, no me sentía emocionada por aquel furtivo beso de Gabriel, así que me encontré suspirando mientras dejé mis cosas en el casillero.

—Iré al tocador—dijo Kim mientras se retorció exagerada.

—Voy contigo—dijo Eve empujándola con prisa.

Me las estaba ingeniando para meter un par de libros pesados, mientras una de mis medias comenzó a bajarse.

—Mierda—murmuré.

Acomodando mis libros tan rápido como pude, entonces sentí unos dedos deslizarse por mi pierna, tirando de mi media hacia arriba, me estremecí.

—¿Qué demonios? —arrojé los libros y me giré.

Mi corazón comenzó a bombear rápidamente, su mirada penetrante me estremeció de pies a cabeza. Estaba arrodillado ahí en el pasillo, con los dedos aun en el elástico de mi media.

Miré con susto a mi alrededor, pero ya no había nadie.

—Vas a llegar tarde a clases—comentó comenzando a incorporarse.

Tuve que levantar la vista para continuar con la suya, era como si hubiese pasado mucho tiempo sin verlo.

Tragué en seco.

—Gra...gracias.

Suspiró y se pasó los dedos por su cabello.

—¿Cómo te sientes?

Soltó un poco de aire.

—Mejor.

Se llevó una mano a la nuca.

—Solo quiero decirte que ya no te molestaré, lo he pensado mucho y tienes razón, esto está mal—negó con la cabeza—, sie... siento mucho lo que ha pasado entre los dos—Me dedicó de nuevo otra mirada, no sabía que decir, no podía hablar, frunció los labios—La veré después, señorita Chevallier—dio media vuelta y salió por el pasillo.

Segundos después escuche los rápidos pasos de Kim y Eve.

—¡Es tarde! ¡es tarde!

—Si—continúe mirando por donde él había desaparecido.

—Vamonos, Phoebe.

.
. .

—Creí que los castigos estaban chapados a la antigua—bufó Eve.

—No creí que existieran estos castigos—chilló Kim.

Llegar cinco minutos tarde era tolerable, pero llegar quince minutos después, solo porque las tres estuvimos a punto de morir al bajar las escaleras, fue intolerante para la urraca de la profesora.

Eve terminó cayendo primero, mi pierna se dobló al intentar sujetarla y terminé tropezando junto con ella y cayendo encima, después no supe cómo es que Kimy aterrizó encima de las dos.

Con un par de golpes nos arrastramos hasta Geometría, donde la “bruja” como la llamó Eve nos dejó en el pasillo, paradas con diez libros en cada mano.

—Debimos haber ido a enfermería—murmuré.

—¡Oh! —chilló Kim—, debimos hacerlo.

—Véanlo por el lado bueno—dijo Eve cambiando su peso en la otra pierna—, nos perdimos de la clase.

Las tres soltamos risitas, la puerta de la clase se abrió súbitamente.

—Escucho mucho ruido—gruño la vieja bruja.

Salió por completo con otros tres libros y nos colocó uno a cada una, nos lanzó una mirada asesina y después se metió, su fea voz de urraca resonó por el pasillo.

—Saben que—lancé los libros al suelo—, al diablo, vámonos.

Las dos se miraron mutuamente y lanzaron también sus libros, tomamos nuestras cosas y salimos corriendo por el pasillo, la puerta se abrió.

—¡Vengan aquí! —chilló la urraca.

Corrimos hacia la salida, donde nos escabullimos por las puertas y salimos hasta el umbral de la escuela.

—¿Y ahora qué? —preguntó sofocada Kim.

—Vamos a tu casa—dije igual de sofocada.

Y como si fuésemos turistas, nos escabullimos hacia la lejanía de la escuela.

.
. .

Tuvimos que tomar un taxi para poder llegar a la casa de Kim, al llegar llamé a Blanche y terminé diciéndole lo que había pasado, además llamé a mi abuelo y también le conté lo sucedido, no dijo nada, solo que iba arreglar todo.

El resto de la tarde nos la pasamos curándonos mutuamente las heridas y comiendo chatarras en la habitación de Kim.

—¿Qué sucede contigo? —Eve me lanzó una almohada a la cabeza.

—¡Oye! —escupí el cabello de mi rostro—¿De qué diablos hablas?

—Gabriel y tu—apuntó.

—No lo sé, solo me gusta un poco, el sábado fue increíble.

—Pero no te brillan los ojos—murmuró Kim, pasando de hoja a su revista.

Resoplé.

—Algo no termina de convencerme...

—Oh alguien—inquirió Eve.

Me llevé a la boca la botella de coca.

—No sé de quién hablas—me encogí de hombros.

—No te hagas—me lanzó una mirada inquisidora— ¿Qué sucede entre tú y el profesor Rossetti?

Escupí fuertemente la coca, Kim soltó risotadas.

—¡La descubrimos, la descubrimos! —soltó Kim desde la cama.

—Eso... eso no es cierto—dije atropellado.

—Ya, no mientas Belle—Kim saltó de la cama y me apuntó con su pálido dedo—, hemos visto cómo te mira...

—Y como lo miras a él—Eve me arrebató la coca de las manos, mientras busqué algo con que limpiarme.

—No puede ser... es mi profesor—por alguna razón mis mejillas se sonrojaron.

—¡Ay! Eso no es ningún problema—Kim se sentó frente a mí—, es un profesor muy sexy.

—Demasiado—asintió Eve.

—Es mayor que yo

—¿Y qué? —Eve se encogió de hombros—, solo es poquito.

—¿Crees que no nos gustaría andar con un chico mayor? —Kim se regodeó—, ¿Viste acaso la universidad cerca de mi casa? Paso todos los días por ahí y le eché el ojo a un chico guapísimo de segundo año—suspiró largo—, se llama Max y será mío.

—Eres pequeña y decidida.

Kim asintió animada.

—Me gusta, no lo conozco, pero me gusta muchísimo.

—El punto es... —Eve codeó a Kim.

—El punto es que, no hay nada de malo—Kim levantó las manos—, si te gusta pues...

—Estás perdiendo el tiempo—la cortó Eve—, si ambos se gustan no hay nada malo.

—Podremos pasar literatura fácilmente—canturreó Kim.
—Kim—siseó Eve.
—Está bien, digo, sé que puede ser algo difícil, pero nosotras simplemente cerraremos la boca, podemos cubrirte en lo que se pueda.
—Kim, él vive en su casa, creo que ellos pueden llegar a un acuerdo.
Suspiré, sin creer lo que estaba sucediendo.
—En realidad, creo que, lo que hubiese sido... se terminó hoy.
Ambas se miraron, como si fuese ya su código secreto y soltaron risitas.
—Belle, eres muy ingenua.
—Disculpa ¿Cuántos años tienes?
—Lo que quiero decir—dijo Eve, haciendo girar a Kim para comenzar a trenzarle el cabello—, creo que él está completamente enamorado de ti.
—Humjum—Kim se había llenado la boca con gomitas de dulce.
—Y si no tienen más cuidado, toda la escuela puede darse cuenta—advirtió Eve.
—Ah, si—recordó Kim—, como en el partido.
—Si, nos dimos cuenta en el partido.
—¿Qué paso en el partido? —pregunté nerviosa, ya no hacia falta que negara nada.
—¿No lo recuerdas?
—Creo que no lo vio—masculló Kim.
—Bueno, en cuanto te tiraron del caballo él saltó la cerca y corrió hacia ti sin pensarlo—explicó Eve.
—Ow, fue muy principesco, que te levantara en brazos y te llevara a la enfermería—dijo Kim con pasión.
—La mayoría creyó que fue por que, obvio, es un profesor y tenía responsabilidad... pero nosotras vimos claramente que no fue así, estaba realmente preocupado por ti.
—Además—Kim codeó a Eve—, vimos la cara que hio cuando Gabriel te abrazó.
—Oh, si, estaba celoso.
—Que tiernos se ven celosos ¿no crees?
Eve ignoró a Kim.
—Esto no se acabará tan fácilmente ¿Qué estas esperando?

CAPÍTULO 13

LA HORA DEL ALMUERZO

La pasé muy bien con las chicas, fue la primera vez en toda mi vida que salí con amigas, o tuve amigas.

Fuimos a Marsella, paseamos por la bahía griega, para tomar el desayuno en puerto viejo y recorrer las calles como tres chicas alocadas.

La pasamos tan bien que nos quedamos dos días ahí, dudosas de que algo nos pudiese pasar, como otro castigo al regresar a la escuela.

Pero no fue así, a pesar de habernos saltado dos días, fue como si nada hubiese pasado, y la “bruja” tampoco dijo nada.

Comprendí entonces que lo que había dicho a mi abuelo influyó mucho y el peso de lo que yo dijera o hiciera importaba bastante, me sentí poderosa, pero también culpable.

Ya era jueves, ni Gabriel ni ninguno de sus amigos se había hecho presente, pero todo mundo murmuraba algo, incluso estaban emocionados.

—Siento que nos perdemos de algo—masculló Kim haciendo eco a mis pensamientos.

—Ahí, mira—señaló Eve.

En la pizarra de corcho se anunciaba un partido de Rugby después del almuerzo, entonces las bocinas de la escuela comenzaron a sonar.

—Queridos alumnos—la voz de mi tía sonó por los altavoces—, les recuerdo que el partido de Rugby se realizará después del almuerzo, nuestro equipo competirá contra los sabuesos de Marsella...

—¿Cómo se llama el equipo de Santa Catalina? —pregunte, había pasado de largo ese dato.

Kim soltó una risita.

—En realidad es irónico, se llaman los Santos de Provenza.

—¿Iremos al partido? —pregunté cerrando mi casillero.

—¿Podemos hacer otras cosas? —Eve se recargó en el suyo—, no quiero ver a una bola de imbéciles golpeándose a sí mismo.

—Oh, no quieres ver a Hugo—canturreó Kim.

—A veces eres un fastidio—gruñó Eve.

Comenzamos a caminar.

—¿Aún no hay alguien que te guste, Eve? —le pregunté abrazando mis libros, casi pegamos las cabezas para que nadie más escuchara.

Eve se rascó el cuello.

—Si lo hay—terminó diciendo—solo que es amigo de papá.

—¡¿Qué?! —explotó Kim—. Ayer te insistí en que me dijeras, y ahora lo sueltas así—Kim hizo puchero.

—Es que eres insoportable a veces—Eve rodeó los hombros—, se llama Robert, es el friki más guapo y encantador que he visto.

—¿Friki he? —solté una risilla.

—Dijiste que era amigo de tu padre, ¿también es mayor?

—Bueno, es un aprendiz de papá, creo que recién se graduó.

Negué con la cabeza.

—No cabe duda, estamos realmente locas.

—¿Lo dudaste, querida? —la pelirroja levanto una ceja—, creo que tenemos algún tipo de complejo o algo.

—Hey—soltó Eve, tirando de uno de los rizos de Kim—, no hablemos basura psicoanalista, por favor.

Las tres soltamos fuertes risas justo antes de entrar a literatura.

Aidoneo estaba escribiendo en su pizarrón con un libro en la mano, la mirada puesta en el libro y su mano parecía saber dónde escribir.

Un par de segundos después cerró el libro y todo mundo corrió a sus lugares, espero a que dos alumnos más se tropezaran con él y cerró la puerta, después se recargó en ella con los brazos cruzados, luego, comenzó a hablar.

— “En vano he luchado. No quiero hacerlo más. Mis sentimientos no pueden contenerse. — entonces me miró fijamente, mi corazón saltó de pronto y contuve el aliento ¡Hay mierda! — Permítame usted que le manifieste cuan ardientemente la admiro y la amo” —después se calló y miró hacia el pizarrón—. Bien, las próximas dos semanas hablaremos de la Inglaterra del siglo XIX, comenzaremos con una de las autoras principales, tendremos examen en dos semanas, así que Jane Austen llenará sus cabezas por completo.

Solté de a poco el aire, bien, Austen, era fácil, aunque daría otro repaso. Conociéndolo, el examen no estaría fácil.

—Comenzaremos leyendo Orgullo y Prejuicio. Para el lunes quiero un análisis sobre cada uno de los personajes, además de la época en la que sé

desenvuelve—soltó un largo suspiro—, deberán examinar las cuestiones de la sociedad de ese siglo.

Comencé a tomar notas con prisa.

—¿Alguien sabe en qué año nació nuestra escritora?

—1775—contesté.

—Bien—lo anotó en el pizarrón—. Austen nació el dieciséis de diciembre de este año, en plena era georgiana, están en historia mundial, así que díganme cuáles son las relevancias de la época así.

—Los reinados de Jorge I, II, III, IV, pero es utilizado más en contexto de arquitectura.

—Excelente—contestaba, aun pegado al pizarrón—. Austen era hija de un matrimonio de buena reputación entre Cassandra y George Austen. El padre, un intelectual, siempre estimuló el lado creativo de sus hijos y no escatimó esfuerzos para que frecuentasen su extensa biblioteca personal.

La clase trató en torno Austen, su vida y sus obras, la clase se sentía quizá algo distante.

La boca y la voz de Aidoneo estaba allí, pero había un muro invisible, o quizá solo estaba dejándome llevar por mis pensamientos.

La campana sonó, recogí mis cosas y salí con las chicas, no hubo protesta, no hubo un intento de acercamiento, simplemente se quedó ahí recibiendo un par de tareas atrasadas, explicando firme, pero presiso las dudas de los chicos y fue todo.

—Entonces—comenzó a decir el duende pelirrojo.

—¿Qué?

—¿Vamos?

—¿Por qué carajos quieres ir?

—Solo porque así perdemos tiempo justificado.

—Vamos pues—acepté.

Con una estrepitante y emocionada Kim revoloteaba entre nosotros y nos dirigimos hacia la

cafetería.

Después de tomar nuestras comidas y acomodarnos en la mesa, las tres comimos entre conversaciones irrelevantes y justo antes de terminar unos pompones azules y grises volcaron mi plato en mi falda.

—¿Qué mierda?!

Me levanté rápidamente y la vi, en un minúsculo y ajustado uniforme de porrista, Babette me miraba furiosa.

—¿Qué mierda te pasa? —escupí furiosa.

—Aléjate de él, zorra.

Crucé los brazos y enarqué una ceja.

—Tienes que ser más clara, querida.

—Entendiste perfectamente—gruño—, aléjate de Gabriel, él es mío.

—Oh, nunca pensé que tuviese un sello con... ¿Cuál era tu nombre? —troné los dedos al aire.

—Deja de hacerte la graciosa

—Y tú deja de ser estúpida—di un paso hacia la mesa y tomé mi soda—, déjame en paz.

—Te estoy hablando—me tomó por el hombro y giré

Quizá en el fondo, era toda mi intención, el vaso se volcó (o lo volqué) en el uniforme de la rubiales con maquillaje excéntrico.

Gritó fuertemente, como el chillido de una rata.

—Ups, fue un accidente—me llevé una mano a la boca.

—Pagarás por lo que le has hecho a mi amiga—gruño una de las chicas tras Babette.

—¿Quién mierda te crees para hablarle así a mi amiga? —soltó Eve dando un paso hacia la chica esa

—¿Quién eres tú? —contestó bramando.

—La que va a patearte el culo si no te callas—amenazó mi amiga.

—¡Ah, sí! —la tipa se lanzó hacia Eve.

Solo me distraje un segundo, gritos llenaron la estancia, todo fue tan repentino, cuando Babette me tomó por los cabellos, hundiendo las uñas en mi cuero cabelludo, maldición.

A tientas busqué su cabello recogido en estúpidas coletas, con mi pie pateé los suyos, esta perdió el equilibrio y cayó boca arriba en el suelo, rápidamente me abalancé hacia ella sobre su pecho y comencé a golpearla en el rostro con mis puños, recordé las múltiples peleas que había tenido con mis hermanos, su cuerpo flacucho no resistiría tanto.

Babette se cubría el rostro con sus manos, mientras intentaba atenazarle varios golpes en los huecos.

Unas manos me arrastraron lejos de ella.

—Detente—dijo en mi oído y me tense al reconocer su voz, me abrazó por la cintura y me retuvo junto a él.

Al mirar al frente, varios profesores habían retenido a todas las chicas, mientras otro de ellos intentaba arrastrar a Kim para sacarla de bajo la mesa.

—Fue ella—gritó Babette—, ella me golpeó, está loca.

—Al parecer no aprendiste—solté intentando zafarme de las manos de Aidoneo.

—Silencio—maldición.

Mi tía Sophi apareció entonces en medio de la aglomeración furiosa.

—¡A mi oficina, ahora!

.

.

Una a una fueron pasando, las chicas, Eve y Kim pasaron juntas y no dejaron que les hablase.

Ahora, Babette estaba dentro, ya todas se habían marchado, Aidoneo no se había retirado de mi lado. Ahora esperaba en el pasillo de la oficina, frente a mí había otra oficina de cristales oscuros a medio muro, podía verme a través de ellos, intenté echarme el cabello hacia atrás, tenía una mancha de sangre en la comisura de la boca, me la limpié con el dorso de mi saco.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó.

Solté un suspiro pesado.

—Ella comenzó...

Me tomó por la barbilla y me giró hacia él, la cercanía de su rostro me mareo un poco.

—No debiste continuarlo—su aliento inundó mi nariz, instintivamente cerré los ojos, me sentía como un arrullo a su tacto y a su voz preocupada—, eres mejor que esto.

Abrí los ojos, su mirada era intensa y preocupada, sacó de algún lugar un pañuelo y me limpió la comisura de la boca.

—No iba a dejarme de ella, ni de nadie—tragué en seco—, nunca me dejaré de nadie.

—Lo sé—dijo—, es solo que debes pensar en las consecuencias de tus actos—fruncí el ceño—, tus amigas.

Me retiré de su toque, *mierda*, era cierto, sin querer las había arrastrado a algo que no debía. Me llevé las manos a la cabeza, siempre tenía que cagarla.

—Mierda—solté—. Son las primeras amigas que he tenido nunca y mira lo que hice—pasé las manos por el cabello—. Siempre tengo que cagarla en todo—me mordí el labio reteniendo las lágrimas—, no debí haber venido.

—Creo que malentendiste lo que dije—hizo que soltara mi labio—. No debes tomar la culpa de todo lo que sucede a tu alrededor.

—Pero es cierto, yo provoqué esto, debí dejar que todo siguiera igual—ahora, todo lo que había contenido, de nuevo se estaba desbordando—. Debí quedarme en Alemania, debí continuar con los estúpidos tutores, nunca debí venir a Provenza ni ansiar más de lo que ya tenía.

—Phoebe...

—No debí ansiar libertad.

—Escúchame—me tomó por los hombros—, tú mereces todo en el mundo y más, no dejes que nadie, ni siquiera tú piense otra cosa, ¿entendiste?

Lo miré fijamente, conteniendo los sollozos.

—¿Por qué dices eso?

Contuve el aliento.

—Por qué me importas, ¿entiendes eso? —me tomó del rostro, pero rechacé sus manos.

—Ja—me burlé—, no vengas con eso, ¿quieres? ¿Crees que a alguien le importo de verdad? Ni siquiera a mis padres les importo, el resto de mi familia solo complace mis caprichos por compasión.

—Eso no es cierto—me sacudió—. Hay gente que te ama, Blanche te ama, Charly, incluso Cecil lo hace y yo...

—¿Tú qué?

De pronto, la puerta se escuchó sacudir y me alejé de él lo más que pude.

Babette cruzó por la puerta, mirándome fijamente de manera asesina, no dijo nada, solo se fue.

—Phoebe—llamó mi tía por la puerta, retuve un poco el aire y me levanté.

Entré a la oficina sin mirar atrás.

CAPÍTULO 14

HELADO DE CHOCOLATE

En pocas palabras, después de varios gritos por parte de mi tía y mi renuencia a hablar de algo tan trivial, terminé con una sanción de puntos, lo que sea que eso fuese, no había mucho que castigarme al respecto.

Después de un par de minutos salí de aquel lugar con la idea de disculparme con mis amigas, pero, al salir, ya no estaban.

Charly llegó por mí, Aidoneo estaba esperándome al pie de la entrada, portaba mi cartera y un par de libros

—Vamos—me dijo con un asentimiento de cabeza, Charly nos abrió la puerta y entramos.

No dije nada durante el viaje, comencé a desabotonar mi saco y lo miré, estaba un poco roto del hombro y se habían caído un par de botones, afortunadamente tenía otros dos sacos más.

—¿Qué ha dicho tu tía?

Resoplé, no sabía si sentir lastima por mí, o incluso por él, sus palabras habían sido lindas, pero esa no era la realidad, la realidad era indiferente.

—Solo ha confirmado lo que te dije—me tiré en el asiento, miré hacia la ventana, una lágrima traicionera se asomó—. Puntos menos, es todo el castigo que recibiré— No dijo nada—, como sea—me limpié la lágrima e intenté sonreírle—, ahora tengo que enviar flores.

Cada vez estaba más convencida de la idea que había crecido en mi cuando tenía trece años, huir de casa, huir de mi familia. Tenía ahorros, pero no sabía cuan suficiente era, además, tenía que pensar en el lugar al que debía irme.

Mi plan solo tendría que llevarse a cabo el día de mi cumpleaños.

.
. .

Ahora estoy en mi tina, tomando una larga ducha, Blanche estalló en irás, aunque fue más en contra de Babette, se sintió bien cuando confesé como había quedado, sin embargo, aún tenía las secuelas del juego de Polo y ahora esta pelea.

Después de tomar una ducha y enfundarme en mi bóxer y una larga camisa con el logo de Queen, bajé hasta la biblioteca para llamar a casa de Eve y de Kim, afortunadamente contestaron y pudimos enlazar la llamada, les pedí perdón más de diez veces, ellas declinaron aquello, no estaban enojadas conmigo, más bien, al contrario, se habían preocupado, creyeron que me expulsarían, pero ellas habían tenido el mismo castigo que yo, aunque sus padres habían coincidido en no enviarlas a Santa Catalina mañana, por lo tanto, tampoco iría.

Después de una hora de llamadas y risas al recordar el incidente, me deslicé hasta la biblioteca para buscar el libro de Orgullo y prejuicio. No había nadie, así que fue fácil buscarlo sin subir la guardia.

Para explicarlo mejor, la biblioteca, era enorme, pese a que la villa de Provenza era utilizada como casa solariega de descanso, había muchas cosas que tal vez no encajaban del todo en una casa de campo. De ahí que la biblioteca no encajara, en ella había una pared repleta que dividía el despacho hacia un pasillo con una escalera pequeña, para subir el segundo piso y encontrar pasillos de libros y una pequeña sala, en ella había también un viejo piano de cola, luz cálida, era cómoda para la lectura. En lo alto había un traga luz, pero era la única ventana o algo parecido.

En esta parte de la casa, el segundo piso de la biblioteca, había varias cosas viejas, como bustos, incluso un globo terráqueo con agujas de brújula, era bonito y anticuado.

Austen no estaba en el piso de abajo, así que subí, me frustraba no saber la organización de la biblioteca, me mareaba tener que ir de aquí hacia allá. Al final, encontré el piano en lugar de Austen, así que me senté en el banquillo.

Tenía años que no tocaba, tomé clases cuando estuve en Montreal, abrí la tapa y tamborileé un poco, no estaba nada mal, ni siquiera tenía que afinarlo; comencé jugando, tocando así, tamborileando los dedos, después, llegó a mi mente una de las canciones de Ella Fitzgerald, tocando ya animadamente, no estaba mal, habían pasado años que no tocaba, pero mis dedos recordaban a la perfección.

Me relajaba, había silencio, solo estaba aquí, en un silencio que me envolvía, escuchando lo que mis dedos emitían, así que cerré los ojos. Me dejé guiar, relajándome, incluso mis pensamientos comenzaron a fluir, había muchas cosas en las que pensar.

Llegó a mi mente, mientras tamborileaba, el asunto de Gabriel ¿Por qué se había comportado de esa manera? ¿salía con Babette? ¿por eso se me lanzó encima?

Afuera, escuché los sonidos del atisbo de tormenta, haciendo cimbrar un poco las paredes.

Tal vez la verdad estaba frente a mí, Gabriel había estado bastante raro, era un chico apuesto y lindo, pero había una loca que estaba con él, y tal vez algo había entre manos que no me agradaba

En fin, Gabriel era lindo, pero no tan lindo, hacía falta... algo más, quería que me gustara, pero no fue algo de amor a primera vista.

Amor

Solté un suspiro.

Estaba lejos de sentir algo por él.

Quería ahorcarme a mí misma ¿cómo saber si estaba o no enamorada?

Entonces, una sonrisa burlona apareció en mi mente, después, esos ojos verdes relucientes, mi corazón comenzó a palpar.

No puede ser.

¿Él?

Dejé de tocar y abrí los ojos.

Él no puede ser

—*Ya, no mientas, Belle*—las palabras de Kim me hicieron eco—*hemos visto cómo te mira...*

—*Y como lo miras a él.*

No sabía si Eve y Kim tuviesen razón

—*Creo que él está completamente enamorado de ti.*

Las palabras de Eve me hicieron estremecer, sentí un hueco extraño en la boca del estómago... no puede ser.

A caso estoy... ¿enamorada de mi profesor?

No, es una maldita broma.

—*¿Qué estás esperando?*

Gritaba la voz de Eve.

Mierda, esto es grave.

.

.

.

Al final encontré el libro y salí de la biblioteca.

Estaba loca, estaba teniendo ideas irracionales, me deslicé a la cocina por un poco de helado de chocolate. No vi a Blanche ni a Cecil por ningún lado, lo mejor era no dejar rastro de esto, regresé a mi habitación a saltitos.

—¿A caso eras tú?

Di un salto por tremendo susto.

—¿Es acaso su costumbre?

Tenía aferrado el vaso de helado con una mano, justo para lanzárselo, levantó las manos hacia mí, tenía esa sonrisa burlona.

—No es gracioso, un día vas a matarme de un susto.

Solté un sofoco, intentando regularizar mis latidos.

—¿Eras tú tocando el piano?

—Solo jugaba un poco

—¿Jugar? Pero si era una muy buena canción —bajó los ojos hacia mi regazo —¿estudiando?

—¿Qué es esto? ¿las mil preguntas? —solté, lo hice sin pensar.

Él bajó la mirada y cuadró los hombros.

—Entiendo—se aclaró la garganta, dio media vuelta y entró a su habitación.

Me quedé ahí, parada como una tonta “Estas perdiendo el tiempo” me mordí el labio, y retorcí mis pies.

Eres una cobarde, me grité mentalmente.

Di unos pacitos hasta llegar a su puerta y pegué la cabeza en ella, si no lo hacía, me arrepentiría toda mi vida por dejar pasar este momento, y si lo hacía bueno...

Toqué un poco dudosa, no sabía si era temor o nervios, toqué de nuevo, esta vez más firme y esperé, escuché los pasos lentos y pesados acercándose, y luego se detuvieron.

¿Por qué no abre?

Tal vez, no debí haber tocado.

Comencé a caminar hacia mi habitación, escuché el poco de la puerta abrirse abruptamente.

—¿Señorita Chevallier?

Me detuve y me giré para observarlo, estaba algo despeinado y se había quitado el suéter

—Ah... yo... ¿quieres? —tragué en seco y pensé mejor, ¡vamos Belle, piensa bien! —¿quieres escuchar?

Me miró fijamente y luego soltó una risita.

—Eres increíble.

.

.

.

No supe el momento exacto en el que bajé la guardia, era como si no estuviera enterada de nada de mí, como si en mucho tiempo estuviera bajo tensión y en este momento, simplemente era yo, y se sentía bien.

No había besos extraños, no había nada de roses explosivos, ni caricias arrasadoras.

Estaba aquí, tocando el piano para él, compartiendo un vaso de helado, una canción, una vida.

Hablar con las chicas fue bastante relajante, pero hablar con él, en un sentido diferente, hablar de todo, de todo lo que había visto en mi vida, de lo poco que había vivido, de mis arranques y mis nulos sueños.

—¿En qué otros países has estado?

—Hum, bueno, solo de vacaciones, Bolibia, Turquía, Bali, Caracas.

—Increíble.

—¿A viajado?

—Jamás... vivi en Italia y ahora deambulo aquí en Provenza... tampoco pertenesco a algun lugar.

—Italia... jamás e ido ¿Cómo es?

—No tan lluviosa como aquí, soleada... la vista... las mejores vistas son de Nápoles.

—¿La extrañas?

Suspiró, tamborilee los dedos esperando su respuesta.

—Recuerdo como los rayos de sol tocaban mi ventana para despertarme, tambien el olor de la comida de mi madre, escuchar a mi padre haciendo no se que cosa en el garaje... salir a jugar cerca de la costa el olor de la sal marina y las flores que mi madre había plantado, esparcían su aroma cada vez que salía de casa, solo para recordarme que debía volver—miró hacia un punto lejano—. Lo extraño, cada día de mi vida.

—Entonces... ¿por que no vuelves? —dudaba que eso tuviese algo que ver conmigo.

—Por que... mi hogar ya no existe—seguía sin mirarme—, mis padres tuvieron un accidente, vendí mi casa despues de eso, estuvié aquí en Paris para no saber nada de Napoles, comencé de nuevo.

Titubee un poco, ¿Qué decirle en este momento? ¿Cuáles son las palabras correctas para consolar a una persona?

Me recargué en su brazo.

—Me gustaría viajar a Nápoles —dije revoloteando los dedos en el piano —, suena maravilloso.

Se tomó unos segundos para contestar.

—Lo es—se aclaró la garganta —, algún día podrás viajar.

Suspiré.

—Créeme —toque unas notas altas —, solo espero el día de mi cumpleaños y...

O mierda, ¡Cállate!

—¿Qué harás?

Mierda, mierda, mierda, no debía saber mis intenciones, me regañaría o algo por el estilo.

—Solo, no espero para ser adulta —sonreí, intentando disiparme —¿Cómo es?

Se resguardó a orillas de las teclas y tamborileó las más cercanas a él.

—No te pierdes de mucho —tocó las bajas —, a veces quisiera que las cosas fueran más fáciles como antes.

—¿Tan difícil es? No creo que tu tengas imposibles.

—Los hay —suspiró —, solo que a veces siento que no es lo correcto.

—¿Por qué?

Alzó la mirada y la fijó en mí.

CAPÍTULO 15

CON EL ALMA EXPUESTA

La noche no pasó a mayores, me fui a dormir justo después de que Blanche llegara y nos encontrara en la biblioteca, quizá fue una cara de alivio o de contrariedad, no supe distinguirla, pero lo que sí hizo fue mandarme a dormir.

Esa noche dormí largo y tendido.

Soñé, esta vez lo hice.

Soñé con mis pies a orillas del mar, mis dedos enterrándose en la arena blanca, la espuma tocándome los tobillos. Mientras miraba a lo lejos el amanecer y una voz masculina que me llamaba, me atraía, me abrazaba.

Dormí hasta tarde, quizá hasta medio día, con el sol a su punto, los restos de la tormenta de anoche estaban pintados aún entre la hierba y el aire; había nubes esponjosas y blancas, dignas después de la lluvia.

Bajé a tomar el desayuno o la comida.

Blanche terminó por hacerme un contundente sándwich de lechuga y tomatillos con queso, además de una limonada.

—¿Qué harás hoy? —preguntó Blanche mirándome fijamente, como lo hacía cuando sospechaba mis planes.

Pero en realidad no tenía ninguno.

—Hum —sopesé —, tengo mucha tarea, creo.

—Está bien—ladeo la cabeza —¿es todo?

La miré entre cerrando los ojos.

—Sí, nana.

—¿Qué hay de mañana?

—¿Mañana? —hablé con la boca llena.

Ella soltó un suspiro.

—Gabriel ha estado hablando desde temprano —contestó y detuve mis mastiques, tragué.

—¿Y?

—Quiere hablar contigo, para saber a qué hora pasará por ti mañana.

Le di un trago a mi limonada.

—No tengo la intención de volver a salir con él.

—¿Cómo? —dijo sorprendida —, hace unos días estabas contenta de haber salido con él, pero ahora...

—Nana, no es un chico del que me vaya a enamorar —confesé —, no es suficiente—Lo último lo dije en voz baja, pero estoy segura de que lo escuchó.

Me miró fijamente.

—¿Hay otro chico?

Tomé el último trozo de mi sándwich sin mirarla.

—Nop.

—Mentirosa.

—Es la verdad, nana.

—Phoebe Belle, te conozco desde que eras un bebé, ¿crees que vas a engañarme?

—Lo creo, sí —le sonreí.

—Bien, niña, no me digas si no quieres, pero lo descubriré tarde o temprano.

Me sentí abrumada, aún no completaba de descubrir mis sentimientos y ahora esto.

—Te pediré que no lo hagas, nana, por ahora solo concentrémonos en la escuela, ¿quieres?

—Está bien.

Dejamos el asunto por la paz, o tal vez yo.

Aidoneo había ido a la escuela, a cumplir su jornada.

Subí por mis libros y otros tantos de la biblioteca, llevé mis cosas al jardín y me concentré en hacer mis tareas restantes ahí. Puse toda mi concentración y cordura, no quería pensar en tonterías.

Tenía bastante trabajo acumulado, lo mejor era terminarlos de una buena vez. Entre libros, notas, virutas de lápiz y paletas de mis reservas de dulce, avancé a mis trabajos.

Un par de horas después, Cecil se asomó por la puerta trasera de la cocina.

—¿Belle?

—¿Hum?

—Gabriel al teléfono

La miré sorprendida.

—¿Qué le has dicho?

—Dije que no estaba en casa, que te buscaría para saber si estabas aquí.

Solté el aire, bien, Cecil debía mentir bien.

—Dile que deje una nota disculpándome, pero que debía ir a París.

Cecil frunció los labios, pero asintió.

Debía pensar en algo para quitarme de encima a Gabriel, o tal vez...

—Veo que has avanzado.

—¡Ay, mierda! —chillé del susto.

Con un carajo, ¿siempre tenía que hacerlo?

—Me matará de un susto —dije colocando mi mano en el pecho.

El atractivo profesor sonrió con burla, al parecer acababa de llegar de la escuela, tenía su bolso en la mano y se había quitado el abrigo, se había quedado en un suéter gris.

Podía hacerle un puchero mental, vestido de esa manera se veía mucho mayor, un joven vestido como anciano.

—¿Qué te hace falta? —se acercó a mí, dejando su bolso en la mesa y observando la montaña de libros y cuadernos esparcidos sobre la mesa de hierro.

—En realidad, solo tu tarea —me llevé una mano al cuello.

—¿Pero?

—Pero ya estoy aburrida —dejé el lápiz sobre mi cuaderno abierto y estiré mis manos hacia arriba, emitiendo un bostezo —, puedo terminarlo mañana.

Asintió.

Comencé a guardar mis cosas.

—¿Qué harás ahora?

—No lo sé... quizá dar un paseo al arroyo —me miro dudativo, se debatía en decirme algo, pero tenía que hacer algunas cosas —¿quiere ir?

—¿Está bien si te acompaño?

—Claro, sería algo bueno.

—Bien, llevaré...

—¡Dony! —de nuevo Cecil se asomó por la puerta, su voz chillona se hizo notar una octava más alta —¿Irás conmigo al festival?

Aidoneo frunció los labios.

—No, estaré ocupado.

—Lo prometiste —hizo puchero —, dijiste que te divertiste bastante —ahora su voz sonó “coqueta”

Algo dentro de mí, hizo que mi estómago ardiera.

—Nunca dije eso—gruñó por lo bajo.

Carraspeé y tomé los libros de la mesa.

—Cecil, lleva esto a la biblioteca —ordené con un poco más de dureza.

Aquella mujer me miró con sorpresa y se apresuró a tomar los libros.

—S... sí —respondió algo torpe y se fue.

—Phoebe, yo nunca le dije que quería salir con ella

Tomé mis cosas y miré hacia un lado, la mirada fija en los rosales.

—Te creo —contesté lo más calmada que pude—. Pero no tienes por qué explicar nada—comencé a alejarme de él.

—No me interesa nadie más que tú—sonaba como si su voz temblara un poco, ¿nervioso?

Suspiré y me giré para encararlo.

—Iré al arroyo—me alejé de él y entré a la casa.

Subí a mi habitación para dejar las cosas, me coloqué un bikini rosa pastel con nuditos y encima un short con remera blanca, tomé una mochila, metí mi libro de Austen y reservas de dulces, también un reproductor.

Bajé hasta el armario de abajo y tomé una colchoneta, la enrollé y la metí a la mochila, después me deslicé hasta la cocina y tomé un par de naranjas y un cuchillo.

Miré la hora, quizá Blanche y Cecil ya se habían ido a dejar la comida.

Salí de la casa, confiada en un lindo paseo.

—¿Lista?

Di un brinco.

—Con un demonio—solté aire—. Tengo que repetirte que no hagas eso.

Se había cambiado, traía puesto una bermuda y una polera sin mangas, con un estampado de un kraken, llevaba converse rojos, era como ver a un Brad Pitt de la Clase Sangrienta, un poco parecido a su estilo.

Dios mio, que guapo.

—¿Y bien? ¿Nos vamos?

Me encogí de hombros.

—Si me sigues el paso, anciano.

—Dame eso —gruñó, tomó la mochila y se la echó al hombro —, adelante, señorita.

Comencé a caminar, me sabía el camino de memoria, en silencio nos encaminamos hacia la pradera, el sol estaba en su máximo punto, pero no era chocante, sino, agradable, el aire nos envolvía, me pegaba la blusa al cuerpo, el olor de la hierba era húmedo, me llenaba los pulmones.

—Es maravilloso, ¿no crees?

—Es precioso —contestó con voz melosa, le eché un vistazo y el cabello me chocó en la cara.

—Cecil está muy ilusionada contigo —hice una pausa, vi un par de margaritas y me agaché para tomarlas—. Hiciste algo, lo bastante bien para mantenerla de esa manera.

Apretó los labios en una línea.

—No quiero hablar sobre eso.

—Vamos, puedes confiar en mí —olí las flores.

Sí, vamos, confía en mí, aunque tenga unas ganas inmensas de asesinarte, pensé.

No dijo nada y lo miré de nuevo, enarqué una ceja.

—Bien, no lo digas, pero asumo que pasaron... una buena noche.

—No es lo que crees —alzó la voz.

—Vamos, admítelo —le sonreí anchamente, le tendí las flores a la cara —. Debió haber sido algo maravilloso.

Me tomó la muñeca y alejó las flores de su cara, frunció el ceño.

—Estaba molesto.

Parpadee consternada.

—¿Qué dices?

—Estaba molesto —repitió, exhaló para calmarse —. Había... alguien más, alguien más estaba contigo y ese no era yo —Di un paso hacia atrás, pero aún me aferraba la muñeca—. Tú parecías pasarla tan bien con ese chico que debía desquitarme con alguien.

Abrí la boca.

—Debemos seguir —tiré de mi muñeca y comencé a caminar de nuevo.

Terminamos de cruzar la pradera hasta llegar a la cascada, inhalé el olor de la humedad, la madera y la tierra mojada.

— A veces —comenzó a decir —, no te entiendo.

Suspiré y lo miré, él había dejado la mochila bajo uno de los árboles y se acercó a mí, sentí una extraña puñalada, podía soportar que alguien más lo dijera, pero él...

—Lo sé — intenté sonar despreocupada —. Todo mundo termina diciéndolo tarde o temprano, nadie me soporta.

—Sigues sin comprender mis palabras —soltó una exhalación.

—¿De qué otra forma puedo entender? —solté —, toda mi vida he recibido tales comentarios “no te entiendo” “no comprendo lo que quieres” “debes cambiar ese carácter” “deja de ser así” “nunca podrás obtener nada en la vida”—mecí mi cabello hacia atrás —. Estoy harta de que las personas traten de cambiarme.

—Escúchame —me tomó de los hombros con fuerza —, esos idiotas no te conocían como yo lo hago.

—Tampoco me conoces.

—Te conozco más de lo que crees —soltó sacudiéndome —, sueles cubrirte detrás de comentarios sarcásticos, e irónicos, sé que cuando estás frustrada o nerviosa, retuerces los dedos entre tu ropa, te muerdes el labio cuando intentas ocultar algo que quieres decir.

—Pero...

—Arrugas la nariz cuando te enojas.

—Eso no dice nada, es solo aspectos físicos...

—¿Quieres saber lo que veo en tu alma? — me miraba fijamente a los ojos, tragué en seco —. Eres un ser tan extraordinario que puede hacer cualquier cosa que se proponga —me acarició el rostro —. Eres tan maravillosa en todos los sentidos que la propia palabra se queda corta, tienes dones tan grandes, pero que tú misma has mantenido a raya porque tomas demasiado en serio lo que te dicen los demás —me tomó de la barbilla —. No necesitas cargar con la mierda de la gente, ¿entiendes? —había algo de urgencia en su voz, rosaba la frustración —, no sabes lo doloroso que es verte caer en las conjeturas que crees.

Mi corazón latía fuertemente, el aliento se cortó y mi voz se había quedado pegada en la garganta, no tenía palabras para eso, había dicho exactamente lo que mi mente gritaba y a la cual, me había empeñado en callar.

Sentía el creciente dolor, aquel que se empeñaba en atacarme todo el tiempo, y así, mirando sus ojos, las lágrimas fluyeron una tras otra, sin poder detenerlas.

—Eres lo más hermoso y fascinante que he conocido jamás —murmuró pegando su frente con la mía, enjugó mis lágrimas entre sus pulgares, capturó mis mejillas calientes por el llanto entre sus manos.

Mi razón había luchado en vano con mis sentimientos y ya no podía contenerlos, no tenía sentido seguir con esta pelea interna.

Sus palabras tan directas me habían atravesado como el poder de un rayo y lo entendía, entendía que tenía razón, me encontré en un charco de palabras innecesarias del cual toda mi vida había escuchado, como una tonta nadé sin saber flotar.

Él estaba siendo real, me había lanzado un salvavidas desde lejos, pero solo yo podría salvarme.

Sorbí un poco la nariz.

—Gracias —susurré.

Él continuaba haciendo círculos con sus pulgares en mis mejillas.

—No tienes nada que agradecer —rozó su pulgar en mis labios —, es lo que yo veo en ti.

El rebosante calor de mi pecho era demasiado intenso, me coloqué de puntitas y junté sus labios con los míos, lo besé con intensidad, este beso era cargado, no había sido como el primero, por el impulso que me llevó a hacerlo, este beso era algo más.

Él me abrazó, levantándose a su altura.

Aquí, en medio de la pradera, no había nadie que nos mirara, no había nadie del que estuviésemos miedo por que nos viera, aquí en esta pradera, podemos ser libres.

Pero... tenía una espinita.

—Espera—jadee separándonos.

—¿Qué pasa?

—¿Qué hay de mi tia Sophi?

Frunció el ceño.

—Dije que no había nada entre los dos.

—Pero los escuché—profundizó más el ceño—, los escuché haciéndolo... ella—me sonrojé —, ella te llamaba profesor Ross.

—¿Ross? —me miró por un momento y luego negó con a cabeza, sonriendo anchamente—. Hay un profesor de teología de primer año, es el profesor Charles Ross.

Abrí la boca.

—Entiendo la confusión, pero no fui yo.

—¿Seguro?

Me tomó por la cintura y me apretujo hacia él.

CAPÍTULO 16

PROBANDO UNA PROMESA

Nadamos juntos, intentando tomar los pecesillos que había y recolectando piedritas interesantes desde el fondo.

Cuando estuvimos cansados, salimos a secarnos bajo la sombra de un árbol. Por primera vez en mi vida lo vi sin camisa.

Me pregunté ¿Cuándo hacía ejercicio?, estaba tan bien dotado como un atleta.

No pasamos mucho tiempo en el arroyo, de improvisto las nubes grises estaban sobre nosotros y corrimos hacia la casa.

Besarlo, ahora dio un cambio en mí, sin embargo, había una espina gruesa que debía quitarme de la mente y esa era Cecil.

En cuanto llegamos a la casa, chorreantes por el agua, pegué mi espalda en la puerta de la entrada, intentando calmarme por los sofocos de la carrera.

—Tengo una pregunta—inhalé, él enarcó una ceja, estaba sonriente a pesar de la lluvia—¿Qué hiciste con Cecil?

Su boca se convirtió en una línea.

—Eso no tiene importancia.

—La tiene para mí.

—Cecil no tiene ninguna importancia para mí.

Su renuencia hizo que mis latidos se detuvieran y una electricidad me recorriera la espalda.

—Tú—me aclaré la garganta, sentí que el color rojo inundaba mis mejillas—¿tú te acostaste con ella?

—¿Qué?

—No pienso repetirlo—la voz me tembló.

—Por supuesto que no—chistó estupefacto—, nunca haría tal cosa.

—¿Entonces qué sucedió?

Apretó la mandíbula y miró hacia un lado.

—Yo—resopló—, la besé—admitió.

Una extraña punzada cruzó por mi estómago, pero, era mucho mejor que enterarme si lo había hecho con ella, espera... era demasiado importante para mí.

Fruncí los labios y solté aire.

—¿Y besa bien?

—Escucha, estaba molesto contigo, irritado por ese chico tonto que estaba contigo, no me permití la idea siquiera de saber si besaba bien o no, solo fue eso, nada más.

—¿Qué pasaría si supieras que yo... que yo besé a Gabriel?

Oh no, mala idea, sus ojos se inyectaron de rojo, al igual que el resto de su cara.

—¿Él hizo eso? —gruñó

Abrí la boca, pero nada salió de esta, se apresuró hacia mí y me sacudió por los hombros.

—Dime si lo hizo.

—¿Qué caso tiene decirlo si tú has besado a Cecil? —espeté.

—No signifíco nada.

—Pero para ella sí—rugí.

Él me miró a los ojos, se relajó por un momento, el carmesí de su rostro se fue desvaneciendo,

lento, unió su frente con la mía.

—No te imaginas lo furioso y estúpido que me siento—cerró los ojos y exhaló su aliento en mi rostro.

Instintivamente, cerré los ojos, su aroma era simplemente más que exquisito, era un calmante, pero también estimulante, estiré un poco el cuello hacia arriba, solo unos centímetros y busqué sus labios entre abiertos que encontraron los míos como un imán.

Nuestros labios comenzaron a moverse, lentos, como hace unos minutos, deslicé mis manos hacia su camiseta húmeda y la apretujé hacia mí, él ahuecó una mano en mi rostro y la otra se deslizó por mi brazo, hacia mi cintura.

Sentía el calor repentino y los latidos de mi corazón chocando en mis oídos, apretó los dedos ahí donde me sostenía y no pude evitar soltar un jadeo y al cerrar la boca. Le mordí el labio, soltó un gruñido en mi boca y de pronto deslizó sus manos por mis caderas hasta mi trasero, apretó mis nalgas y me elevó a su altura pegando mi espalda a la puerta. Mis piernas rodearon su cadera y fue la primera vez que sentí la cercanía del sexo de un hombre, su pecho aplastando el mío, sus caderas, protuberante en el medio, rosando mi cadera justo en la plenitud de mi sexualidad.

Sus labios se retiraron de mi boca y surcaron un camino de mi mandíbula al hueco de mi cuello, esta vez sin cosquillas, sentí un tirón ahí debajo.

—Hum, Dony.

—Sch, pequeña—susurró contra mi piel, elevé mis manos hasta su cabello y lo mecí.

Sus labios y dientes continuaron el recorrido de mi cuello hacia mi clavícula, de ahí hacia el inicio de mis pechos.

—Hug—solté aire, pero me mordí los labios.

Hundió la boca en el hueco entre mis pechos, mi respiración era pesada, pero esto me gustaba, me gustaba sentirlo así, tan cerca. Se las arregló para bajar el sostén del traje de baño y dejó expuesto para él mi seno derecho.

—Eres hermosa, cara—me miró a los ojos y después dio un ligero beso en la punta de mi pezón.

Eché la cabeza hacia atrás y replegué la espalda removiéndome, aquella simple acción me había hecho estremecer por completo.

Subió con besos hacia mi cuello y después hacia mi oído.

—Dime, pequeña—mordió el lóbulo—¿quieres que lo chupe?

Me hacía falta el aliento, intenté concentrarme.

—S... si

—Sí, ¿qué? —dio un lengüetazo.

Estrujé mis dedos entre su cabello, tirando con fuerza.

—Sí, mi profesor.

Soltó una ligera sonrisa y volvió a hacer el recorrido de besos, esta vez hacia mi pecho expuesto y con los ojos fijos en mí, abrió los labios y succionó mi pezón.

Apreté las piernas y tiré más fuerte de su cabello mojado, sentí su lengua haciendo círculos en los delicados nervios de mi seno.

Entonces escuché unas voces aproximarse hacia la casa.

Aidoneo me bajó rápidamente, compuse mi ropa torpemente y corrí piso arriba, mi corazón estaba loco y mis piernas temblaban, me deslicé hasta mi habitación, donde escuché que tocaban el timbre de la puerta.

.

.

.

El resto de los días, luchaba por concentrarme en estudiar para los exámenes, en casa, las clases con Aidoneo, fueron solo eso, clases. No pude hablar con él, Blanche se empeñó en hacer la limpieza de la biblioteca, así que al momento de tener mis clases Blanche estaba ahí desempolvando los libros.

En cuanto a Gabriel, solo pude verlo en clase de Historia, el resto del tiempo se la pasaba corriendo yendo hacia sus entrenamientos.

Kim, Eve y yo nos preocupamos por los exámenes y los entrenamientos de gimnasia, al final Eve decidió unirse, a excepción del segundo club, ella estaba en economía y Kim en gastronomía.

Para el viernes había terminado los exámenes y esperaba, como el resto de mis compañeros, el acta de calificaciones, admití que, tenía un poco de nervios, pero la tía Sophi me entregó el acta y mi asombro fue increíble, tanto que me quedé sin palabras.

Solo había una persona a quien le restregaría esto.

.

.

.

—Lo prometiste—chillé pateando el suelo, lo sé, era muy infantil.

Me miró tras sus gafas y enarcó una ceja divertida, se levantó del banquillo del porche y se metió a la casa.

—No, pequeña.

Bufé de frustración y fui tras él.

—Me alegra que Blanche haya terminado de limpiar—dijo casi en el aire.

Se dirigió hacia la biblioteca y no me esperó.

Crucé los brazos sobre mi pecho, molesta, me paseé fuera de la biblioteca, debatiéndome entre encararlo o dejarlo así, pero ¿qué era eso que él había dicho? Además, lo prometió.

Tiré de la puerta de la biblioteca, estaba molesta.

—Dijiste que me ibas a enseñar—cerré tras de mí.

Aidoneo ya se encontraba en su lugar habitual, esperándome recargado en el escritorio con un libro en la mano.

—No creo que sea el momento, pequeña—ni siquiera me miró, subió sus gafas al puente de su nariz.

Me senté en el diván, fruncí los labios.

—Tú lo prometiste—insistí.

Él soltó un suspiro, no quería mirarme.

—¿A caso no entiendes que esto no está bien?

Crucé los brazos por mi pecho.

—Es solo una creencia burda—también crucé las piernas—, dijiste que si aprobaba los exámenes me enseñarías lo que era ser mujer.

Cerró con fuerza su libro, sentí un escalofrío, levantó los ojos hacia mí, enarcó una ceja.

—¿Qué? —gruñí, él me escrutaba con la mirada, aún tenía puesto mi uniforme—. Lo prometiste.

Él avanzó traspasándome, ¿me dejaba? Escuché sus pasos, alejarse, eché la cabeza hacia atrás, frustrada, no quería pelear, quería dejarme así, bien, que se vaya a la mierda. Entonces escuché el sonido de un clic, cerré los ojos y me deslicé por el diván, bueno, si no me enseñaría lo que había prometido, bien podía tomar una gran siesta.

Me acurruqué y cerré los ojos, a la espera de la siesta, estaba cansada, mucho esfuerzo en esta semana.

—¿Qué haces? —susurró en mi oído.

Abrí los ojos de golpe.

—Yo... yo creí.

De pronto su cercanía me hizo sentir bastante nerviosa, mi cuerpo se sobrecalentó con la mirada que me devolvía.

—¿Estás segura? —preguntó con voz profunda.

Se refería a eso.

—Si

Soltó un largo suspiro, me tomó por las muñecas, llevándoselas a su boca.

—Si te arrepientes, solo dilo—me besó el dorso de la muñeca—, si quieres que pare, tienes que decirlo—mi corazón ahora martilleaba fuertemente.

Me sentí totalmente sonrojada cuando su mirada atrapante no se retiraba de mí, tragué en seco y asentí.

Inspiró sobre mi muñeca y después se pasó a la otra, besándolas. Se movió para quedar a la altura de mis pies, retuvo entonces mis muñecas a la altura de mi cintura, me miró fijamente abriendo los labios.

—Abre las piernas—ordenó.

Un calor repentino género en mi estómago y se expandió por todo mi cuerpo, pero hice lo que me dijo.

Soltó mis muñecas dejándolas en su lugar, se sentó en los pies del diván y llevó sus dedos a la altura de mis pantorrillas, acariciándolas sobre la media.

—Esto no dolerá—susurró—, relájate.

Respiré, estaba nerviosa, instintivamente enrollé mis dedos en los pliegues de mi falda, pero vi sus dedos, que temblaban, su respiración era tan pesada como la mía, me mordí el labio. Se inclinó para besar mis rodillas por sobre la tira de mi media, la simple acción me hizo apretar un poco los muslos, de nuevo una ola de calor.

Él apenas y me había tocado, besó mis rodillas y la cara interna de mis muslos, levantó ligeramente mi falda.

—¿Estás segura? —volvió a susurrar a centímetros de mí.

Quería lloriquear para que prosiguiera, pero respiré profundamente.

—Sí— jadeé por lo bajo.

Él asintió, sin dejar de mirarme, acarició con la yema de sus dedos los contornos de mi prenda, sentía escalofríos y los nervios a flor de piel. Enganchó sus pulgares en mi braguita y la subió lentamente por mis muslos, después por mis rodillas y pasándola con cuidado por mis pies, retirando también mis mocasines que sonaron secamente en el suelo.

Estrujó mis bragas y me dedicó una sonrisa, sin dejar de mirarme, guardó las bragas en el bolsillo de su pantalón.

De nuevo tragué en seco, él se bajó hasta mis pies, pasando sus brazos bajo mis piernas, ahora no me miraba, tenía toda su atención en lo que estaba a punto de hacer. Vi como sacó su lengua y sentí el lengüetazo lento, repetido. Mi cuerpo reaccionó con un escalofrío y una sacudida, nadie nunca me había hecho esto.

Retuvo mi cadera con sus brazos mientras que no dejaba su tarea, besó mis labios y después dio, con un punto exacto, mi botón palpitante.

Estaba mojada, demasiado mojada y su saliva no hizo más que empaparme, su lengua caliente,

paseó los contornos de mi hinchado botón y solté un gemido.

—Sí, mi pequeña—susurro, su barbilla rasposa acarició ligeramente mis pliegues cuando habló.

Lo miré de nuevo y él me sonrió desde donde estaba, sentía todo el palpitante de mi cuerpo, mis mejillas picaban, incluso las palmas de mis manos picaban.

—Estás sabrosa—siguió—, iré más rápido.

—¿Hum?

¿A qué se refería?

Se llevó los dedos a su boca y chupó la punta de estos, una visión bastante excitante. Sentí que mi corazón ya no podía ir más rápido, contuve la respiración cuando paseó sus dedos por mis labios, de arriba hacia abajo, una y otra vez, repentinamente se inclinó de nuevo y volvió a jugar con su lengua en mi clítoris.

La sensación fue bastante abrumadora, que lo sentí hasta mi pecho, eché la cabeza hacia atrás sin poder frenarme. Ahora no comprendía del todo las reacciones de mi cuerpo, mis caderas se movían al compás de él, no podía contener mi boca que profería gemidos y jadeos, mis manos fueron hasta su suave cabello y enredé mis dedos en él acercándolo más a mí, podía escuchar los latidos tras mis oídos, mientras él movía su lengua frenéticamente y sus dedos aún me acariciaban. Detuvo el juego de sus dedos y buscó mi orificio, sentí como metía ligeramente la punta de uno de sus dedos, me hizo arquear la espalda, apenas y era la punta, lo sentía por completo.

—Eso es mi pequeña—chupó con estridencia mi botón.

Se alejó de mí para incorporarse, lo miré confundida y jadeante, sentía una extraña necesidad de algo, me miró fijamente y sin despejar los ojos, se desabotonó los dos primeros botones de su camisa blanca, retiró la corbata negra y la soltó al suelo, se echó boca arriba a mitad del diván.

—Ven aquí—ordenó, extendiéndome sus brazos.

Confusa me acerqué torpemente, me giró y pasó sus brazos por mis caderas, me fue dirigiendo justo al lugar que quería. Solté un jadeo cuando colocó mis caderas hacia su boca de nuevo, solo veía su barbilla, su cuello expuesto y un poco de su pecho, tenía la visión de todo su cuerpo.

Así, ante él, me sentía como una diosa, nadie nunca habla de lo extraordinario que se siente el poder durante el sexo oral, ningún libro narra a detalle una experiencia como esta. Comprendí lo que era el poder placentero de ser una mujer de verdad, mirando desde aquí aquel proclamador de mi placer, mi profesor.

Conteniendo mi falda, él pasó sus manos calientes y mojadas por mis muslos, reteniéndome en esa posición, tomándome de las nalgas. Y de nuevo, su lengua ardiente se apoderó de mí.

De alguna manera se sentía más intenso, más calor, me deshice de mi saco a tirones.

Sus movimientos eran más rápidos y mi cuerpo reaccionaba a él, era como si hubiese despertado de algo, mis caderas se movían en círculos, porque así lo sentía, su barba y su lengua hacían un delicioso trabajo, chupaba y mordía ligeramente.

Me incliné, ya no podía sostenerme muy bien, así que coloqué mis manos en sus duros abdominales y de esta forma me sentí más expuesta.

Paseo sus manos por mis nalgas, apretándolas con fuerza y dándome una ligera palmada, jadeé fuertemente. Siguió subiendo sus manos por mis caderas, después sobre la falda, tiró de mi camisa con destreza para desprenderla del fajo de la falda; siguió recorriendo mi ahora desnuda cintura, por mis costillas acariciándome con las uñas de arriba abajo, sentí un ramalazo de electricidad por mis senos.

Ese acto me hizo erguirme de nuevo, se abrió paso bajo mi blusa elevándolo hasta aquellos

bultos que palpitaban y proclamaban su turno, deslizó los dedos por debajo de mi sostén, que levanto y este dejó expuestos mis pechos. Tomó entre sus dedos mis pezones y tiro de ellos.

Solté un grito, pero no de dolor, de placer, sentí un tirón en mi vientre, un extraño entumecimiento que me hacía moverme más rápido. Él acarició suavemente mis pechos, e hizo pequeños círculos en mis pezones, para, de nuevo, tirar de ellos al tiempo que mordía levemente mi botón.

Entonces lo sentí, sentí una enorme expansión por todo mi cuerpo, sentí que mi cuerpo ser fragmentaba y se unía al mismo tiempo, una sensación líquida entre mis piernas mientras veía estrellas y sentía espasmos.

Me dejé caer sobre él.

Me acomodo para que quedara a su altura, toda mi energía se consumió, mientras que mi vientre se retorció en espasmos, jadeante, sudada y completamente embriagada por una nueva sensación.

¿Esto era lo que tanto bochorno les preocupaba? ¿Por qué nadie hablaba de esto si era realmente extraordinario? ¿Cuánto tiempo duraría así?

Lo observé, mientras los espasmos se calmaban, tenía el rostro mojado, al igual que la camisa ¿Por qué? ¿Acaso yo...?

—Perdóname—dije, completamente avergonzada.

Frunció el ceño.

—¿Perdonarte por qué?

Escondí mi rostro entre mis manos.

—Por... porque... Porque te oriné

Oh, no, ¿Qué hice?

Él retiró mis manos de la cara.

—Tú no te orinaste—soltó una risilla—esto no lo es.

Abrí la boca sorprendida.

—Eh... ¿Entonces?

Sonrió ampliamente, se llevó los dedos a la boca, saboreando.

—Esto es tu primer orgasmo

CAPITULO 17

MÍRAME HACERLO

Me sentía completamente alucinada.

Aidoneo respiraba con dificultad y aún mantenía esa sonrisita, me tenía a su regazo.

Estiré mi mano hacia su rostro, acariciándolo lento con mis dedos, me levante sobre mi codo y lo observe.

—¿Qué sucede, *cara*?

Sentí que las mejillas me dolían por la estúpida sonrisa que aún mantenía, me agaché para capturar sus labios, él me recibió. Deslicé mi cuerpo ahuecándolo en el suyo, enredé mis dedos en su camisa hasta bajar por su abdomen y topar con la hebilla de su pantalón, sabía que mis dedos eran torpes; pero definitivamente mi mano temblaba con nerviosismo, con ambas manos quité la hebilla de su cinturón y me deshice de su botón bajando la cremallera.

Su mano apareció entonces y sostuvo las mías.

—No—dijo en mi boca y se alejó. Intenté contener mi respiración y lo observé sentarse al borde del diván, en silencio comenzó a arreglarse—. No lo haremos.

Sentí algo extraño en mi pecho, un dolor punzante, la sonrisa se me desvaneció.

—¿Qué? —solté con el poco aire que me quedaba.

Me miró de reojo, se había terminado de arreglar, se echó el cabello hacia atrás

—No puedo hacerlo contigo.

Mi respiración se cortó.

—Pero...

—Escúchame, esto es malo, aún no has cumplido dieciocho, yo soy mayor que tú...

—Eso no me importa—solté, aunque sonaba algo desesperado—, esta es mi decisión

Él negó con la cabeza.

—No hasta que cumplas dieciocho.

—Pero lo que acabas de hacer...

—Fue lo que prometí, Phoebe—ahora me miró fijamente—, no puedo ir más allá de esto, no ahora, no voy a cometer estupro.

Lo miré fijamente, fruncí los labios en una sola línea, mi corazón latía fuertemente, pesado, todo lo que había pasado hasta ahora era... ¿Qué?

Retiré los ojos de él y los fijé en un punto lejano, no le presté atención, tal vez estaba hablando, mi mente estaba lejana a eso, con manos torpes y automáticas arreglé mi ropa y lentamente bajé del diván, las mejillas me picaban, él seguía hablando, pero no lo escuchaba, estaba aturdida.

¿Qué quería yo que pasara? ¿En qué diablos estaba pensando?

—Te... Te preguntaré algo—no reconocí mi voz, era ronca, extraña, él se calló, fue solo entonces cuando lo volví a mirar, tenía ese extraño aire de ¿frustración? —¿Qué soy para ti?

Bien, ahí estaba, lo había dicho, quería que me aclarara aquello.

—Phoebe—extendió las manos hacia mí—, eres muy importante para mí—me observó con anhelo—, pero hasta que cumplas la mayoría de edad no puedo ser más que tu profesor.

Un pequeño jadeo salió de mi boca, miré por un par de segundos sus manos extendidas y luego de nuevo a él.

—Entiendo—solo pude decir.

Caminé hacia la salida.

—Espera, por favor—escuché sus pasos y me quitó el aliento cuando me asió por la cintura, pegó mi espalda a su pecho—, no te vayas, por favor, comprende esto.

—Eso hago—mi voz ahora sonó neutral, estiré mi mano hacia el pomo de la puerta y quité el seguro—, lo entiendo por completo.

Abrí la puerta y él me soltó enseguida.

Subí hasta mi habitación y me encerré en ella.

Muy bien, Phoebe, la has cagado por completo.

Mecí mi cabello e intenté hacer ejercicios de respiración, el pecho aún me dolía, pero no podía evitar la sensación por mucho tiempo. Cerré con pestillo y me adentré a mi baño; comencé a llenar la bañera y me despojé de mi ropa, me metí en la bañera sin esperar a que se terminase de llenar, dentro, con el sonido del agua cayendo, pude soltar mi frustración en llanto.

En realidad, ¿Qué quería que pasara? ¿Que dijera que me amara y me llevara lejos? Soy una tonta, ingenua y tonta.

Pasé mucho tiempo en la bañera, mirando hacia el techo, me dejé guiar por algo del momento y esto no era más que un simple capricho.

Decidí que ya era suficiente de tonterías, dejarme guiar por ello y debía concentrarme en cosas distintas, como mi plan de huida.

Si bien, debía pasar desapercibida tal cual lo había hecho, tenía algo de dinero ahorrado, aún podía prescindir de cuatro meses más para ahorrar suficiente, debía hacer un viaje a París para tomar un poco de dinero del banco, solo una llamada de convencimiento para mi abuelo y asunto resuelto, aunque debía pensar en algo bastante convincente.

Tener la fachada falsa era una de mis prioridades, pero también lo era el lugar al cual podía huir.

No podía regresar a Nueva York o Montreal, sería bastante evidente, tampoco a alguna de las ciudades a las que ya había conocido, tal vez... pudiera llegar a los límites de Italia, claro, podía irme.

Me vestí para bajar a cenar, si quería mantener las cosas tranquilas, debía comportarme como algo que había florecido, como una chica que acaba de ingresar aún instituto y que sé la pasa de lo lindo, bien, estos cuatro meses serían desenfrenados.

Me coloqué una cuchara en los ojos para quitarme lo hinchados que estaban, me coloqué una mascarilla para discimular. Con el rostro blanco me deslicé hasta la entrada del comedor, ahí estaba Aidoneo, Blanche y Cecil, se mantenían ocupadas en arreglar la mesa.

Retrocedí hasta la sala sin que me vieran, donde encontré mi objetivo, el teléfono.

Marqué aquel número que minutos antes de bajar memoricé, un tirón en mi estómago y el timbre sonó tres veces.

—Residencia Faurier.

—¿Se encuentra Gabriel?

—¿Quién lo busca?

—Soy Phoebe Chevallier.

El tipo que me contestó se marchó haciéndome esperar por Gabriel, no quería que nadie se enterase de ello. No paso mucho tiempo, si acaso un par de minutos, una respiración sofocada me hizo retroceder un poco.

—¿Belle?

—¿Gabriel?

—Hola, hermosa, ¿sucede algo?

—¿Qué harás mañana?

Al final, Gabriel accedió gustoso a salir a pasear después del desayuno, esta vez iríamos a Marsella, así que era muy conveniente alejarme de aquí, debía engatusar a Gabriel y me lo estaba haciendo bastante fácil.

Regresé al comedor, tratando de simular esa sonrisa vengativa.

—Phoebe—me llamó Blanche en cuanto entre—. Oh, pero ¿Qué tienes en el rostro?

—Es una mascarilla, nana.

—Ven aquí, te preparé tu postre favorito—sonrió y me tomó por los hombros para sentarme en la cabeza de la mesa—, es un día especial, así que—me sentó de golpe en la silla, tomó la copa del plato frente a mí y lo abrió—. *Voalá*

Millefeuille, olía delicioso y estaba cubierto de azúcar pulverizada

—Dios, mío, ¡qué delicioso! Gracias—le sonreí anchamente—¿cenarán con nosotros, cierto?

—Claro, traeremos los platos enseguida—le indicó con la mirada a Cecil, esta, desapareció enseguida tras la puerta de la cocina.

Blanche se enzarzó a charlar con Aidoneo sobre lo orgullosa que estaba de mí, bien, sentí un poco de culpa, si a alguien extrañaría mucho sería a Blanche.

Comí en silencio, prestando poca atención en las conversaciones de aquellas tres personas, sonreía cuando debía hacerlo, como si de verdad les pusiera atención.

—Debes enseñarme a cocinar esto—le dije a Blanche, apuntando el platillo.

—¿Quieres cocinar?

Asentí y tragué.

—Creo que sería interesante.

Blanche me miró como si acabara de conocer a una nueva persona.

—Claro ¿comenzamos mañana?

—Hum— sopesé—, quizá el domingo, tengo un par de cosas que hacer mañana.

—Por supuesto, señorita ocupada—sonrió, más emocionada por enseñarme.

—¿Qué cosas harás? —preguntó el bastardo, llevándose el tenedor a la boca.

Me encogí de hombros.

—Cosas de chicas, profesor.

—Está bien, Phoebe, lo dejaremos para el domingo.

Después de la cena, subí a mi habitación y cerré con pestillo, puse el tocadiscos por lo bajo y me concentré en buscar la ropa para mañana. Un short de terciopelo negro, medias negras y una linda camiseta escarlata, botines negros y ya me las arreglaría para el cabello, comencé a secarlo y a ponerme mis tratamientos.

Un par de minutos después, escuché unos toquidos en mi puerta.

—Phoebe, hablemos.

Un escalofrío me recorrió la espalda, era él, de alguna manera anhelaba que fuese él, pero otra parte de mí no quería hacerlo y no lo haría, así que no contesté.

Dejé mi ropa sobre el pequeño silloncito que tenía frente a mi tocador, de nuevo los toquidos.

—No quiero que pasemos por esto de nuevo.

Solté un suspiro.

—En definitiva, será la última vez—murmuré para mí—, en mis planes no estás tú.

Solté un suspiro tendido, me encaminé hacia el apagador y tiré de él, mi habitación se tornó oscura, pero dejé, la toca discos. Me recosté en mi cama y me envolví bajo las sabanas, me concentré en la canción, ignorando la insistencia de Aidoneo, la música me arrulló hasta quedarme dormida.

.
. .
.

Con más ánimos que nada desperté, canturreando canciones que se me habían quedado grabadas, me arreglé tan rápido como pude y miré la hora, eran las nueve, Gabriel llegaría a las diez, esta vez traería su auto.

Me arreglé el cabello en un bonito moño alto, un poco de gloss de cereza y rímel.

Tomé una chaqueta y lentes rojos, una bolsa donde metí un par de dulces y bajé rápidamente para tomar mi desayuno.

El bastardo ya estaba ahí, con ropa para estar en casa, Blanche y Cecil estaban esperándome.

—Oh, mi niña, ¿Dónde irás?

—Buen día a todos—canturreé, vi el plato de mi lugar—, oh nana, es mi avena—me sentí y comencé a engullirla—. Está deliciosa.

—Aún no me has dicho donde irás—refunfuñó mi nana,

Me encogí de hombros, tomé el vaso de zumo y le di un gran trago

—Cosas de chicas, nana, ya sabes, tú misma me lo propusiste.

—¿Yo? ¿Cuándo siquiera?

El timbre de la entrada sonó y di un salto de mi silla, tomé mi vaso y bebí el resto del jugo.

—Ya debo irme—le di un besito rápido—, trataré no llegar tarde.

—Espera Phoebe ...

Salí del comedor y me apresuré para la entrada.

—Phoebe—llamó el bastardo tras de mí.

—¿Qué? —gruñí, con la mano en el pomo de la puerta, me giré, el bastardo y Blanche se estaban acercando a mí.

—Solo queremos saber a dónde vas—siguió diciendo él, aunque su voz detonaba que se estaba conteniendo demasiado.

Lo miré con una sonrisa burlona y abrí la puerta.

Gabriel estaba ahí, recargado con una mano sobre el umbral, me dedicó una ancha sonrisa y me barrió el cuerpo con la mirada.

—Hola, hermosa.

—Hola—me giré para con ellos—, vez nana, nada de qué preocuparse—Gabriel saludo—bien, llegaremos por la tarde—enganché mi brazo en el de Gabriel.

El bastardo se apresuró hacia nosotros.

—No tienes permiso de salir.

—Guo—exclamó Gabriel—, tranquilo, señor Rossetti.

—Gabriel, cariño, yo me encargo—le puse una mano en el pecho y me giré para con el bastardo—. Lamento que se dé cuenta de las cosas tarde, señor Rossetti, pero usted no tiene ninguna autoridad sobre mí, que pase buena tarde.

Blanche salió de detrás de él y lo miró sorprendida.

—Descuida, nana, llegaremos a tiempo para la cena—le tiré un beso—nos cuidaremos—le guiñé el ojo, claramente dándole doble sentido, sonreí anchamente, mirando al bastardo.

Podía decir que desde aquí temblaba de furia.

—Un poco intenso, ¿no? —dijo Gabriel, tomándome de la mano, dirigiéndonos hacia su auto.

—Recuerda la última vez—rodeé los ojos—, quiere tomar un rol de padre.

—Ni que lo digas.

Gabriel me abrió la puerta del copiloto, a hurtadillas vi que Blanche y el bastardo seguían

afuera.

—¿Te he dicho lo hermosa que te ves hoy?

—Hum— sopesé pensado—no, creo que no.

Estiré el cuello para mirarlo, de súbito, bajó su cabeza tan rápido que no advertí, me robo un beso y se separó con una sonrisa arrogante.

—Eres preciosa.

Solté una risilla, para este entonces, ya nada importaba, me metí al auto, Gabriel rodeó el auto para tomar su lugar, entonces vi por el retrovisor que Blanche tomaba del brazo a Aidoneo.

Gabriel entró al auto sano y salvo, arrancó y nos comenzamos a alejar de la casa.

—Bonito auto—dije mirando alrededor, podía decir que olía a nuevo.

—Es un Ferrari, preciosa, si quieres puedo enseñarte a manejar.

—¿En serio? —sentí mi cara brillar—. Estaría increíble.

Gabriel sonrió complacido.

—Me encantaría enseñarte como corre, pero no está listo para la terracería.

—¿Qué hay de la carretera hacia Marsella?

—¿Eres extrema?

—Puede decirse que sí—me encogí de hombros y me coloqué el cinturón de seguridad.

—Muy extrema—aprobo.

En cuanto tocamos el asfalto, aceleró, tuve que tomarme de la ventana y del asiento, cuando sentí la adrenalina por mi estómago y grité.

Gabriel se rio de mí.

Llegamos a Marsella en poco tiempo, antes de llegar a la entrada, Gabriel bajó la velocidad, una multa no le iría bien, nos dirigimos hacia el hotel principal.

—Este es un hotel de mis padres, dejaré el auto y recorreremos el resto a pie, ¿estás de acuerdo?

—Claro.

Dejamos el auto y recorrimos Marsella, el puerto era variado, había mucho turista que daba recorridos, entramos de tienda en tienda. Nos escabullimos al cine y vimos una película con una cantidad enferma de palomitas, nachos y coca cola. Temí un poco de vomitar.

Paseamos por el barrio de Panier, comimos muchas cosas, otra vez. Era difícil recorrer toda Marsella en solo un par de horas, para el atardecer, partimos de regreso a Provenza.

—Sabes—comenzó a decir, mientras conducía—, no me he disculpado contigo.

Llevaba conmigo un algodón de azúcar.

—¿Sobre qué? —pregunte retirándome mis lentes.

—Sobre lo que hizo Babette.

—Ah, eso, ya no importa.

Soltó el aire.

—Me alegra saberlo—dijo, y luego titubeo—, ella y yo estuvimos juntos hace un año.

No me digas. Pensé.

—¿Y qué sucedió?

—Bueno—me sonrió, se encogió de hombros—, está loca.

Ambos soltamos carcajadas.

—Ni que lo digas—convine.

—Lamento no estar presente estos últimos días, he tenido mucho entrenamiento.

—También yo, así que estás perdonado.

—Ya—soltó otra risilla.

Para entonces ya estábamos entrando al pueblo y nos dirigimos hacia el campo de lavandas, el sol ya se estaba ocultando.

—La he pasado genial—dije y era verdad.

Gabriel me relajaba de alguna manera, claro, cuando no era sospechoso.

Carraspeo.

—Tengo algo que decirte—tragó en seco—, me gustas mucho, Belle.

Abrí la boca sorprendida, si claro, ya lo sabía, qué directo.

—¿De verdad?

—Sí—se adentró hacia la finca.

—Vaya, gracias—contesté quedito, bueno, las cosas se adelantaron demasiado, no había pensado en qué podría contestarle.

Tremenda tonta, pobre chico.

Comenzó a desacelerar cuando nos dirigimos hacia la casa y se detuvo, se giró para conmigo.

—¿Te gusto? —me miró intensamente.

Todo sea por mi escape.

Gabriel no era para nada feo, al contrario, tenía esa sonrisa cosquilleante, deslumbrante, el cabello rubio que le caía hacia un costado, como esos chicos que siempre veía en mis revistas, porte, mucha gracia y era lindo, muy lindo, si no fuese por...

—Si—susurré.

Sonrió anchamente.

—Me alegra escucharlo—se inclinó hacia mí, midiendo el ambiente, se relajó cuando no lo rechace y me acerqué a él.

Acepté con calma, el beso que se aproximaba, sus labios tocaron los míos, eran tiernos y suaves.

Su beso era tierno, no había más que decir, pero no era el empuje que quería, aquella pericia de malicia que se acumulaba en el resquicio de mi mente, decidí ir un poco más allá. Hice un poco de presión en aquel beso y él comprendió, era diestro en este arte, no quería saber cuánto había practicado. Me atrajo hacia él y en ese intento, me impulsé, me tomó por la cadera y me posicioné justo a horcajadas sobre él; me acarició la espalda y el cabello, mientras nuestros labios aún seguían unidos.

—Quiero conocerte más—susurró.

—Yo también lo quiero—contesté y encajaba perfecto con mi plan, me separé para mirarlo a los ojos—, quisiera algo serio contigo.

Me acarició el rostro.

—Claro que sí.

Ambos sonreímos como tontos, de pronto la puerta de Gabriel se abrió, solté un chillido de sorpresa.

El rostro furioso de Aidoneo apareció ante nuestra visión.

—¿Qué carajos están haciendo? —gruñó, me tomó por el brazo y me sacó del auto a tirones— ¿En qué diablos piensas? — me gritó.

—Escuche... es mi culpa—Gabriel salió del auto en un intento de calmar las cosas.

Aidoneo se giró bruscamente hacia él y lo tomó por la camisa.

—Si vuelves a tocarla...

—¡Alto! —grité, me interpuse entre Aidoneo y Gabriel, Gabriel trastabilló un poco hacia atrás y se acomodó la camisa—¿Qué demonios cree que está haciendo?

—Hazte a un lado—gruñó furioso, le sostuve la mirada, tremendo imbécil.

—De ninguna manera—grité—¿Qué mierda está haciendo? —lo empujé—. Largo de aquí, déjenos en paz.

—Bebé, ten calma por favor—Gabriel me tomó los hombros y me retiró de la mirada colérica del bastardo.

Intenté relajarme.

—Está bien—resoplé—¿te veo el lunes?

—Siempre—contestó sonriente, le echó una mirada al bastardo y luego se inclinó rápido para darme un casto beso—, descansa.

Se metió a su auto, Aidoneo y yo lo seguimos con la mirada, cuando lo vi alejarse comencé a caminar hacia la casa.

—¿De verdad estás haciendo esto? —gruñó tras de mí.

Me giré bruscamente.

—¿Qué quieres de mí? —dije entre dientes, dejando que la furia se apoderara de mí—no quieres estar conmigo, pero tampoco quieres que esté con otros.

—No puedes hacerme eso.

—No—grité—, tú no puedes hacerme esto— inhalé para contener las lágrimas—, así lo decidiste, pues ahora mírame hacerlo, que no me voy a detener.

Entré a la casa y corrí a mi habitación, encerrándome de nuevo y odiándolo más.

CAPÍTULO 18

COSAS CLARAS

A veces tienes que jugar sucio para poder llegar a lo que quieres.

De cierta forma he sido una “niña buena” durante el resto de mi vida, exceptuando los arranques, berrinches y manipulaciones, estoy consciente de que los he hecho, no tengo perdón en ello, pero han sido pequeñeces.

Esta vez necesito ser muy astuta.

Me estoy vistiendo para las clases y he decidido ser algo drástica, solo un poco, enrollé mi falda hasta llegar al muslo, doblé un poco mis medias para que mis piernas se expusieran un poco más, desabotoné mi camisa dos botones y me deshice de la corbata, con una sonrisa maliciosa bajé a saltos las escaleras para ir a desayunar.

—Estas de ánimo—sonrió Blanche mientras me dejaba el cuenco de mi avena con frutilla.

—Me siento muy bien hoy, nana.

—Parece como si no te hubiese visto en mucho tiempo —me miró curiosa.

Ayer me salté las clases de cocina, alegué que había olvidado terminar un par de tareas y me encerré en mi habitación, afortunadamente tengo el balcón con mirada hacia el campo, un par de revistas y gomitas de azúcar, además me pinté las uñas, si no hubiese estado perdida.

Bien, después de evitar todo un día al bastardo, estaba furiosa con él, pero él mismo me había dado las armas para atacar ese flanco.

Tenía cuatro meses que comenzaban desde ahora, me haría de cosas poco a poco, no quería irme sin dejar un desastre.

—Te prometo que, desde ahora, me verás todos los días.

—¿Qué planeas?

Un escalofrío me recorrió la espalda y sentí picor en las mejillas, mi nana cada vez que sorprendía más, pero intenté disimularlo.

—¿Olvidas que me darás clases de cocina?

—¿Por qué tan repentinamente? —enarcó una ceja.

Le sonreí tranquilamente.

—Conocí a un chico, ¿recuerdas? —me encogí de hombros—. Algún día querré hacerle un pastel o cocinarle una deliciosa comida.

El semblante de Blanche se relajó y creyó por completo. *Fiu, me salvé.*

Se irguió en cuanto escuchó la puerta del comedor.

—Oh, señor Rossetti, buen día.

—Buen día —dijo arrastrando las palabras.

No quise voltear a verlo hasta que se sentó al comedor, lucía un aspecto bastante malo, tenía ojeras profundas y el rostro demacrado.

—¿Querrá un café sin azúcar? —lo miró asombrada mi nana.

—Le suplico —contestó con voz pastosa.

Blanche le sirvió su café.

A diferencia de él, mi conciencia estaba muy tranquila, estaba irritada con él, pero me sentía mucho mejor con mi plan en marcha. Si a él lo volvía loco que estuviese con Gabriel, bueno, no veía nada de malo con volver a Gabriel, mi novio.

—Oye, nana, ¿tendrás algunas galletas?

—Solo las de chispas de chocolate.

—¿Podré llevarlas?

—Claro, ahora las pondré en una bolsa.

Blanche salió hacia la cocina, continúe comiendo en silencio, mientras sentía la mirada del bastardo sobre mí.

—¿Podemos hablar? —preguntó con voz lastimera.

No, imbécil, pensé, pero permanecí en silencio, ignorándolo.

—Escucha — comenzó, tomé una tostada frente a mí y le di un mordisco, solo miré un punto fijo frente a mí—. Lamento lo que sucedió el sábado, me comporté como un imbécil, pero enloquecí cuando te vi... No debiste hacerlo...

Terminé de engullir mi avena y me levanté, le dediqué una mirada, la cual hizo que se congelara y cerrara la boca, me giré con el mismo aire de arrogancia e indiferencia y salí de ahí.

.
. .

El camino hacia la escuela fue silencioso y tenso, me concentré en fijar mi atención en una de las revistas, música, artículos de chismes, nuevas películas, ¡Huy, lindas botas! Las encerré con un bolígrafo.

Tendría que pensar en alguna muy buena película para verla con Gabriel y viajar de nuevo a Marsella. Cambié de página hasta ver a unas chicas jugando con pelea de almohadas. Aunque me dio en que pensar, necesitaba estar más tiempo con las chicas, quizá podía organizar una pijamada en casa.

El auto se detuvo, boté la revista en el asiento y bajé del auto, me preparé mentalmente, para tomar la escuela entre mis manos. Caminé decidida hasta el pizarrón de anuncios, buscando algo sumamente interesante.

Tal vez la suerte me sonreía ampliamente y mantenía su aprobación. Frente a mí, impreso en papel amarillo y con una tachuela naranja, se buscaba al nuevo concejo estudiantil, sonreí para mis adentros como un diablillo, arranqué el anuncio y subí escaleras arriba hasta mi clase de Trigonometría.

Eve y Kim ya estaban dentro del aula, charlando animadamente.

—Belle, llegaste —saltó Kim.

—¿Quisieran hacer algo sumamente estúpido conmigo? —les pregunté con mi sonrisilla pícara.

Kim retrocedió un poco.

—Nada de nadar desnudas frente a todos, me moriría de vergüenza.

Eve resopló.

—¿Qué clase de cosas ves en la televisión? —rodeó los ojos y luego me miró a mí con malicia —, hemos estado algo aburridas, ¿de qué se trata?

Puse la hoja frente a ella.

—Tomaremos la escuela

—¿Por qué tan repentino? —preguntó el duende pelirrojo.

—¿Han revisado los eventos escolares? — rodeé los ojos —, se basan en eventos de Rugby y es todo.

—Eso es cierto —detrás de Jade apareció Hugo, ella mostró su rostro irritado —no tenemos bailes, ni excursiones —se acercó demasiado a Eve—. Hola Eve.

—Aléjate —gruñó ella.

—Entonces, ¿están dentro? —les pregunté.

—Claro que sí.

—¿Por qué no?

—Deben apresurarse a postularse —sugirió Hugo—. Babette y el resto están alardeando sobre postularse.

—Ja, eso está por verse.

A la hora del almuerzo salí a buscar a la tía Sophi, me detuve en la puerta de la dirección y antes de tocar la puerta escuché un par de risillas.

—¿Tía Sophi? —toqué la puerta.

Pero nadie contestó, así que me decidí a abrir la puerta y asomé la cara.

—¿Tía Sophi?

Me detuve en seco.

La tía Sophi estaba sentada en el escritorio, la falda se le había subido por los muslos y mantenía las piernas cruzadas, frente a ella, estaba Aidoneo sentado, no pude advertir si estaba incómodo o tal vez contento, ya que la visión de las piernas de mi tía estaba demasiado cerca de él.

—Oh, querida —se apresuró a saltar rápidamente para bajarse del escritorio —¿llevas ahí mucho tiempo?

—Solo poco —me adentré por completo y carraspeé —. Quiero postularme oficialmente para el concejo estudiantil.

Sophi abrió la boca con sorpresa.

—Eso es maravilloso —soltó alegre.

—Tengo los primeros tres miembros, aún falta el resto —le tendí la hoja con los nombres.

—Muy bien, haré el archivo, hasta las votaciones —tomó la hoja y regreso a su escritorio, dando la espalda.

—Gracias

Aidoneo se giró para mirarme con la cara roja, como si estuviese ¿avergonzado?, le enarquee una ceja.

—Quisiera saber las reglas sobre el concejo —le dije a Sophi —, y las postulaciones.

—Claro, por ahora solo competirán con las señoritas Langlois, Poulain y ...

—Sí, creo que ya me enteré.

—Aquí está —sacó dos hojas de su archivero y me las tendió —, reglas, funciones y lo que tienes que hacer para postularte.

—Bien —luego miré hacia Aidoneo—. Creo que interrumpí un buen momento.

—Sí.

—No es así —dijo Aidoneo y se levantó, carraspeó —, la hora del almuerzo está por acabar, así que mejor me apresuraré.

Me escurrí hacia la puerta.

—Pero, profesor Rossetti, no hemos terminado, ¿le gustaría tener una cena hoy?

Salí de la dirección por completo, sabía que no debía escuchar, pero, era irresistible.

—No puedo —contestó simplemente.

Me eché a correr por el pasillo.

—Espera, espera — escuché los pasos rápidos para alcanzarme, me tomó por el brazo y tiró de mí —, no saldré con tu tía, ¿me entiendes?

—Puedes hacer lo que quieras —tiré de mí, pero me sostenía algo fuerte —, déjame — protesté.

—Deja de alejarme, por favor—me abrazó hacia él.

Por un momento, sentí las piernas flanquear, su olor me envolvía, podía escuchar los latidos fuertes de su corazón.

—Suéltame

—No, no entiendes lo importante que eres para mí.

Rabia sentí en mi interior y lo empujé con todas mis fuerzas.

—No te entiendo —me pasé la mano por el cabello—, cuando te pregunté lo que era para ti, dijiste que era importante para ti, siempre intentas recalcarlo, lo que no sabes es que eso se aplica para familiares o mascotas —tragué en seco—. Eso jamás va a aplicarse para mí ¿lo entiendes? —lo miré fijamente—. Yo quiero más, siempre querré más —recalqué las palabras—, y no estoy segura de que estés dispuesto a darme más.

—¿Y crees que lo hará ese muchacho?

Lo miré retadoramente.

—Sinceramente, lo creo.

Di media vuelta y regresé al comedor con las chicas.

.
. .

Entrando en detalles, las chicas y yo planeábamos nuestras estrategias para el día siguiente, vendrían a una pijamada que aún no estaba segura de cuánto tiempo duraría.

Mientras, comencé a tomar notas de algunas ideas para el plan de conquista del conejo, Babette solo era popular, pero, yo también podría serlo y de eso me valía la influencia de Gabriel. Entraría como un peón, convertirme en la novia del capitán del equipo sería bastante alucinante.

Eve y Kim, jugarían un poco con los otros dos chicos, Hugo y Clement. Para plantear ese ambiente convendría realizar una fiesta, así que, la tendría para este domingo, cuando Blanche y Cecil no se encontrarían supervisando, en cambio, estaría avisada, era una verdad con dejes de mentira.

Debía convertirme en la novia de Gabriel ya, por ello lo invité a comer, estaría en mi casa después de su entrenamiento.

En cuanto llegué a la casa, subí a mi habitación para ducharme y vestirme coqueta, un sencillo vestido celeste y me arreglé el cabello con una diadema blanca.

Bajé hasta la cocina y comencé a arreglar la canasta.

—¿Vas a salir? —preguntó Blanche cuando me miró entrar.

—Sí, nana —le sonreí anchamente—. Gabriel y yo tendremos un picnic.

—Bien, no muy lejos.

—Lo prometo.

—Lleva a Adara contigo —ordenó.

Adara era nuestra perrita guardiana, aunque sentía que era más de Óscar, porque siempre estaba con él.

—Sin problema —abrí la nevera para buscar un par de postres—. Por cierto, nana, quiero hacer más amigos, ya sabes —me encogí de hombros indiferentes—, organizaré una fiesta para el domingo.

—¿Este domingo?

—Sí —tomé un cuenco con fresas—le diré al abuelo, no te preocupes.

—¿Quieres que compre algo?

—Te daré la lista de las cosas el miércoles —le sonreí anchamente —¿Y las sodas?

—En la puerta de arriba —busqué en ella y las encontré —. Cariño, quiero hablar contigo.

Aunque le daba la espalda a mi nana, no pude evitar encogerme, siempre me tomaba desprevenida.

—¿Sobre qué, nana? —pregunté con cautela, pero intentando parecer indiferente, concentrándome en mi tarea de hacer la canasta.

—¿Qué sucede entre tú y Aidoneo?

Mi mandíbula cayó al piso.

—¿De qué hablas?

CAPÍTULO 19

SÁNDWICH DE TIERRA

Un estallido de carcajadas nerviosas salió de la garganta y miré a mi nana.

—Estoy hablando enserio—dijo con seriedad, su boca se frunció en esa mueca de disgusto.

¡Ah, debía andarme con cuidado!

—No entiendo lo que dices, nana—hice más esfuerzo de trabajar en guardar las sodas de lo que parecía—, él es mi profesor.

Se acercó para limpiar unos vasos, demasiado cerca de mí.

—Un profesor que está bastante interesado cuando se trata de ti—directa, claro, la idea ya le había rondado en la cabeza. Imbécil Dony, era tan evidente.

—No—negué rápidamente—, no creo que sea el caso—fingí calma—. Soy su alumna, nana y vivimos en el mismo lugar...aunque claro él es más un invasor—me reí y ella no evitó sonreír también—¿Por qué lo preguntas nana?

Cuidadosa, demasiado cuidadosa.

Pero nana no lo dejo así.

—Me da la impresión de que se preocupa demasiado por ti.

Me reí aún más.

—¡Hay, nana! —le regañe—, tú también te preocupas por mí, ¿Qué hay de malo con que ese profesor se preocupe?

Nana soltó un suspiro bajo.

—No hay nada de malo... pero creo que ese muchacho está completamente enamorado de ti.

¡Oh, dios!

De pronto me sentí demasiado abrumada, sentí unas ganas inmensas de decirle a Blanche todo lo que sucedía con Dony, pero... ¿lo vería malo? ¿cómo puedo preguntarle?

—¡Lo que dices es una locura, mi nana! —me solté a reír, tanto que me dieron náuseas por el esfuerzo—¿Cómo podría alguien mayor que yo enamorarse de mí?

—No es tan mayor—susurró.

Lo dijo demasiado quedo, pero logre escucharla, el corazón me palpitaba rápido. El timbre sonó, salvándome como las otras veces.

—Me tengo que ir nana—tomé la canasta y me dirigí a la salida.

—Phoebe...

Me giré antes de cruzar la puerta

—No quisiera que te hicieras estas conjeturas tan extrañas—le dije, demasiado volado, en el aire, restándole importancia.

—Hablaremos luego, niña—dijo con tono amenazante.

Mierda.

Salí de la cocina tan rápido como mis pies pudieron.

—¿Te vas?

Oh, carajo, me detuve en seco, en plena escalera bajaba aquel bastardo vestido de manera casual, con su inseparable libro en mano.

—Sí, sí.

Corrí hasta la entrada, abrí de un tirón y como siempre, recargado en el marco estaba Gabriel, regalándome su sonrisa torcida.

—Hola, linda.

—Hola ¿nos vamos?

Me quito la canasta de las manos y prácticamente lo empujé para alejarnos.

—Vaya, no me esperaba lo del picnic.

—Es algo que quería hacer.

—Me gusta—apretó mi mano—¿Hacia dónde?

Pasamos por el establo donde se encontraba Oscar, a quien le pedí prestada a Adara, esta dio saltitos de gusto mientras la llevábamos, caminamos hasta la pradera, no quería llevar a Gabriel tan lejos, ni mucho menos a mi lugar favorito en la cascada.

Después de colocar el mantel en la hierba y ver como Adara intentaba perseguir un par de codornices, nos dispusimos a comer bajo un arbolito. El viento fresco y el sol cálido no hicieron más que ayudarme con el ambiente entre los dos, intenté dedicarle miradas intensas, pequeñas risas.

—Es un mal chiste—le dije

—Claro que no—farfulló—, admítelo, las camisetas no deben ser tan ajustadas.

—Eso nos da mayor flexibilidad—defendí.

Nos habíamos enzarzado en conversaciones irracionales sobre la ropa de gimnasia, el no entendía que debían ser como otra piel.

—Está bien, si tú lo dices.

—Ya cállate y come tu sándwich—le tendí el improvisado sándwich que había hecho—. Me esforcé demasiado para que no te lo comas.

¡Huy si, demasiada conversación intensa con mi nana en la cocina!

Lo tomó inspeccionándolo.

—¿Qué? —lo miré entrecerrando los ojos.

—¿Tu lo hiciste? —asentí—¿de verdad lo hiciste?

—¡Si! —le grité—, si no lo quieres solo no te lo comas—se lo arrebaté

—¿Estás loca? —me miró estupefacto—¿crees que me perderé esta comida hecha por tus manos? —me arrebató el sándwich—, dame eso.

Le dio una gran mordida y lo contemplé con un poco de asombro, lo comía como si fuese el mejor platillo de La Colombe, incrédula tomé el mío y le di una mordida, mastiqué un poco hasta que caí en la cuenta de algo y lo escupí.

—Ahg, sabe a tierra—pero Gabriel seguía comiéndolo—, oye, no te lo comas, sabe horrible.

—¿Qué dices? —soltó una risilla—, dime algo ¿lavaste la lechuga antes de usarla?

—¿Lavarla?

—Ya veo que no—le dio otra mordida y abrí la boca asombrada—, sabes la tierra le da otro sabor...campestre...

—Ja, ja, sabes ¿Por qué no pasamos al postre? Ese no lo hice yo.

Gabriel tomó mi mano.

—Nunca nadie había hecho esto para mí, gracias—me besó la mano y no pude evitar sonrojarme.

Espera ¿Qué? Oh no.

—Yo... quería hacerte feliz—le sonreí nerviosamente.

Sacar frases de películas era ahora mi artimaña.

—Phoebe Belle, estos días que hemos pasado juntos han sido maravillosos—comenzó a decir, ya sabía a donde quería ir—. Sé que han sido pocos, pero, quiero decir que me siento muy bien contigo, siento que puedo ser yo—me tomó el rostro—¿Quisieras ser mi novia?

Oh, sí, el momento crucial había llegado, bien por mí.

Intenté disimular mi triunfo con una cara un poco tímida, si es que podía.

—Claro que sí.

Estaba hecho, verbalmente era novia de Gabriel, ahora faltaba que toda la escuela lo supiera para ser oficial.

Se inclinó hacia mi para darme un casto beso.

Luego de eso, jugamos un poco con Adara para lanzarle una barita, jugamos a atraparnos el uno al otro.

Cuando nos cansamos, regresamos bajo el árbol.

—¿Por qué eres tan hábil? —jadeo.

—Oye, tu eres el atleta, deberías tener mayor resistencia.

—Te mueves muy rapido—se quejó.

Solté una carcajda.

—Quizá es por que jugaba con mis hermanos.

—¿Tienes hermanos?

—Sí, dos, mayores que yo... pero no los he visto desde hace... oh, el año pasado.

—¿Tus padres están separados?

—No... están lo suficientemente juntos como para olvidarse de sus hijos.

—Ah, son de esos.

—Sí, de esos.

—Sabes—se llevó una fresa a la boca—, mis padres tambien son así.

—¿Te compran todo lo que quieras solo para compensar su ausencia?

—Se—bebió su soda, tambien tomé una fresa—¿Por qué crees que tengo el Ferrari?

—¿Tienes hermanos?

—Hum... un medio hermano, es hijo de mi padre, antes de que mi madre se casara con él, pero, supongo que le prestan más atención a él que a mi.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Ah, pues porque se quedará de heredero de la compañía de mi padre y mi madre lo trata como su hijo.

—Para ganar el favor.

—Sí, exacto—se acostó sobre la hierva—, a veces me gustaría, solo tomar mi auto y conducir lo más lejos posible.

Descubrí, que Gabriel se sentía como yo.

Me acosté sobre su abdomen, nos quedamos dormidos un buen rato.

Llegamos apresurados a la casa antes de la puesta de sol, tomados de la mano, sacudiéndonos aun la hierva.

—Eso fue un golpe bajo—se quejó.

Veníamos jugueteando en el camino, le había puesto el pie para que se tropezara, pero terminó cayéndose y rodando por la colina.

Aun me moria de risa.

—Debiste haberte visto.

—Eres muy cruel—me pellizcó la megilla.

—Ya, ya, perdón—me estiré de puntitas para besarle la megilla.

—¿Puedo pasar por ti mañana? —preguntó tomándome por la cintura y arrastrándome hacia él.

Habíamos llegado al pórtico de la casa, lo miré con picardía.

—Está bien—lo tomé por las solapas de su camisa—, pero llega temprano, por favor.

Sonrió de lado y se inclinó hacia mí.

—Como tú digas, bebé—capturó mis labios.

Era tierno, era demasiado tierno que hacía que me molestara, le devolví el beso y después me separé.

—Te veré mañana... novio—me mordí el labio omitiendo una sonrisilla.

—Te veo mañana, mi hermosa novia.

Bajó los escalones del pórtico y se dirigió hacia su Ferrari, no entré a la casa hasta que se marchó.

Si lo pensaba, era difícil no encariñarse de Gabriel, era atento y lindo, pero no podía retirar del todo la espina de incertidumbre que me provocaba el hecho de que Babette aun estuviera rondando, aunque mi satisfacción era que esta presa ya estaba marcada, Babette seguía siendo ese bache en mi camino hacia la destrucción inminente.

Entré a la casa y estaba en silencio.

—Nana, ya llegué—dije, pero no hubo contestación.

Fui a la cocina para dejar la canasta y tampoco había alguien, nada en el comedor y nada en la sala, me encogí de hombros. Decidí deslizarme hasta la piscina para despejarme un poco de esta incertidumbre, me quité los zapatos y dejé mi diadema a un lado, me despojé de mi vestido y me metí al gua, estaba tibia, incluso refrescante, nadé un poco, un par de vueltas sin pensar en nada en concreto.

Me quedé flotando un poco, mirando las estrellas ya salpicando el cielo, en aquel anhelante hilo de tranquilidad, mi ardilla comenzó a correr. Escapar de aquí era la meta, hacer que no me buscaran era un bache, era muy obvio que lo hiciera, todo mundo pensaría que, ya que era novia de Gabriel, quizá pensarían que él tuviese algo que ver si hacían alguna investigación.

Debía realizar algunas cartas, diciendo que todo era algo planeado y era totalmente mi decisión, si claro, eso no lo dejarían pasar.

Podía disuadir comprando un boleto de avión, si bien, las películas me habían enseñado algo, que podría hacer eso para hacerlos perder el tiempo, tal vez disfrazarme y cambiar mi apariencia... podría... tendría que ir de nuevo al pueblo si alguien sabía pasar desapercibido, sería el traslado de mercancía entre pueblos, debía hacer un par de preguntas sobre rutas comerciales y si...

Lo que había descubierto era que muchas lentejas y manzanas eran exportadas de Italia a Provenza, tenía variedad de estas, el país más cercano de Provenza era Italia y estaba a un par de horas de aquí.

Trazar una ruta me llevaría poco si investigaba los horarios de entrega de mercancía...quizá si me disfrazaba de mozo...

Bien, estaba dicho, eso podía hacer, sacrificaría muchas cosas, mi cabello, una vida llena de comodidades, solo para ser libre. Lo valía, enfrentarme al mundo sola, bueno, en algún momento lo tendría que hacer.

Salí de la piscina con nuevas ideas, intenté exprimir el agua de mi vestido lo más que pude y entré a la casa.

Era extraño aun, Blanche no estaba, ni Cecil, incluso el bastardo que se paseaba por aquí, ahora que lo recordaba, por la tarde estaba vestido con ropa casual, podía haber ido a cualquier parte. Subí a mi habitación, mientras caminaba por el pasillo vi la puerta del bastardo abierta, escuché unos extraños sonidos.

Lentamente y con cautela, me escurrí hacia la pared pegada a su puerta, la luz estaba tenue y solo vi sombras difusas que se movían con rapidéz, fruncí el ceño y asomé las narices.

Intenté comprender lo que estaba frente a mí, me quedé petrificada cuando comprendí lo que estaba viendo; el calor subió por mi rostro, mi nuca se erizó y no pude evitar apretar las piernas.

Vi a un Aidoneo sentado en su cama, recargado en la cabecera, con la cara echada hacia atrás, los ojos cerrados, sin lentes, con la boca entre abierta. No tenía camisa, podía ver las gotas de sudor escurriese por su piel, vi como tensaba los músculos de su brazo, que agitaba con un movimiento rudo y ágil en torno a lo que veía por primera vez.

Su miembro.

Aidoneo Rossetti, mi profesor de literatura y tutor en casa, estaba aquí en su habitación dándose placer.

Me sentía completamente nerviosa y fuera de mí, no podía creerlo, no podía creer lo que estaba viendo y escuchando.

Los jadeos y gruñidos de mi profesor se me antojaban en mi bajo vientre. Me mordí el labio omitiendo un jadeo, apreté las piernas lo más que pude y deliberadamente llevé una mano a mi pecho apretándolo, no podía ser, no podía retirar los ojos de él.

Mis piernas flanquearon y no pude retener el equilibrio, me tropecé y de bruces. Choqué contra la puerta, con sorpresa y asustada me erguí sobre mis brazos y alcé la mirada, completamente acalorada, avergonzada y excitada a mi querido profesor.

CAPÍTULO 20

ATISBOS DE GUERRA

Explícitamente vi el reaccionar de un cuerpo masculino a la hora de su culminación al éxtasis. Segundos que parecieron eternos, viéndolo fijamente, no podía hablar, no podía moverme si quiera, miraba fijamente la mano que sostenía su miembro.

Quería decir algo, pero ¿qué?

La visión que tenía ante mí, desapareció entre sus calzoncillos, y se levantó rápidamente de la cama.

—¿Qué haces aquí?

Me quedé embelesada, intentando comprender lo que me estaba pasando.

—Yo... yo

Tenía el pulso acelerado, intenté incorporarme, pero él fue más rápido, me tomó por los hombros y me levantó del suelo.

—¿Qué acaso no sabes tocar? —tenía la respiración acelerada, y tomaba bocanadas de aire.

Intenté comprender la reacción de mi cuerpo, el toque de sus manos me erizaba la piel por lo caliente que estaban...mi piel estaba fría; mis pezones me punzaban bajo la tela.

—Estaba abierto—protesté débil.

—No debiste entrar—jadeó muy cerca de mí.

—¿Cómo podría saber lo que hacías? —la voz me tembló, con nervios, estaba demasiado cerca de mí—¿por qué...?

Frunció los labios en una sola línea y tragó en seco.

—Tienes que ir a tu habitación.

Ahora yo tragué, sentía mi respiración pesada, era, una delgada línea casi invisible que nos había cubierto todo este tiempo y ahora... ahora simplemente era más que evidente que la rompería.

—¿Y si no quiero?

Haciendo algo estúpido y atrevido, sacudí sus manos de mis hombros y lo alejé de mí tanto como pude, para quedar ante su visión, tomé las solapas de mi vestido y me despojé de este, quedándome en la ropa interior empapada.

Le di un empujón con mi pie a la puerta para cerrarla.

—¿Qué pasa si no quiero irme? ¿vas a rechazarme de nuevo?

Me llevé las manos a la espalda y quité el seguro de mi sostén, este, cayó al suelo.

Esto era una locura, una tontería, pero al ver su mirada sobre mí, pasearse por mi cuerpo y sentir la reacción de mis pezones erectos para él, lo supe, hacerlo sufrir me vendría bien para mi ego lastimado.

Se quedó petrificado ante mí, así que acorté los pasos hacia él y pegué por completo mi cuerpo al suyo. Él mojado por el sudor, el mío, empapado por el agua y húmedo por la excitación. Enrosqué mis brazos a su cuello y deslicé mis labios a su oído.

—¿Qué harás, profesor?

Soltó un gemido, justo antes de tomarme por las caderas y besarme con frenesí. Apenas pude reaccionar a su beso, que me hizo subir la temperatura, se abrió paso en mi boca metiendo su lengua y comenzando una lucha entre ellas.

Sus manos bajaron hasta mis nalgas apretándolas, y las mías se enredaron en su cabello. Mi

pecho, subía y bajaba del suyo.

—Pequeña—jadeó en mi boca—, por favor detente...

—Ya no puedo.

Su mirada era oscura por el deseo, encajó sus dedos en mi braga y me despojó de ella, arrodillándose ante mí. Despacio, pegó su cara en mi vientre, me besó la piel con vehemencia.

No pude evitar retorcerme, mi corazón latía con tanta fuerza que temía que se saliera de mi pecho. Con manos temblorosas lo tomé por el cabello y lo atraje a mí, sentí su aliento acariciando mi vientre.

—Por favor, dime que me detenga—imploró, sostuvo mi cadera entre sus manos.

Por inercia moví mis caderas hacia él.

—No lo haré—jadeé.

Incluso así, en esta tensión sentía mi cuerpo estremecer con su cercanía, con esa visión, Aidoneo jadeante entre mis piernas, con la boca entre abierta.

Esperé unos segundos, los cuales sentía que se debatía, que luchaba con su interior, pero yo no podía más. Enterré más mis dedos y tiré de él hacia mí con urgencia.

—Por favor—ronroneé.

Bajó su barbilla que picaba, me mordí el labio, sentí su aliento caliente y después su lengua acariciar mis pliegues.

Solté un jadeo fuerte; lento deslizó sus pulgares hacia mis labios y los separó para darle más acceso. Clavé aún más mis dedos en su cabello, su lengua ágil buscó el centro de mi placer y jugueteó con él. Las rodillas me temblaban, los muslos me temblaban, mi cuerpo también lo hacía, no podía sostenerme más.

Me hizo echarme hacia atrás y caer en su cama, solté una carcajada nerviosa por el rebote repentino. Él subió a esta y me tomó por los tobillos abriéndome las piernas y se ahuecó entre ellas, antes de que recuperara el aliento volvió a retomar su tarea.

Saboreando mis pliegues, haciéndome remover entre sus sabanas, soltando jadeos y pequeños gritos, arrugando con los dedos de mis pies las sabanas. Llevé mis manos a mis pechos que palpitaban por atención y los apreté.

—Si —canturreé.

Besó mis pliegues antes de volverlos a lamer y comenzar a subir a mi cuerpo con besos húmedos, tomándose su tiempo, torturándome a cada momento. Mientras mi boca profería pequeños gemidos, jugueteó con mis pechos, arqueé mi espalda ofreciéndoselos, sentí la boca seca. Por más que me mordiese los labios y los lamía con mi lengua, los sentía secos.

Aidoneo se ahuecó en mi cuello, posicionó su cuerpo entre el mío, abriendo más mis piernas, como piezas perfectas. Llevé mis brazos alrededor de él, en su espalda, mordió mi cuello y enterré mis uñas en él, sintiendo como frotaba su erección en mi entrada húmeda, soltó un gruñido cuando presioné más.

Bajé una de mis manos entre nuestros cuerpos para despojarlo de sus calzoncillos y lo tomé entre mi mano con rapidez. Soltó un gruñido bajo, estaba caliente, una mezcla de duro y piel suave, sentía un calor hirviente por todo mi cuerpo, todo mi rostro picaba entre nervios y placer.

—Aidoneo...

Alzó el rostro, para mirarme fijamente a los ojos.

—Dilo de nuevo —suplicó, acortó los pocos huecos que quedaban entre nosotros y su miembro se deslizó en mi mano, sintiéndolo en mi entrada.

Sentí un fuerte estremecimiento por todo mi cuerpo, enterré las uñas un poco más en su espalda y lo sostuve más fuerte con mi otra mano.

—Aidoneo—jadeé.

Retuvo mi jadeo en su boca con un beso voraz. Tomó mi mano que lo ahuecaba con su mano y me hizo guiarlo hasta donde quería sentirlo, se humedeció entre mis pliegues, bajando una y otra vez, acariciándome entre nuestras manos y su miembro.

Se separó un poco de mi boca.

—Escucha —sofocó —, esto... dolerá por un momento.

Lo miré fijamente y me mordí el labio, asentí, preparándome mentalmente.

Me besó lentamente esta vez y se ahuecó entre mi cavidad, retuve el aliento...

—¿Señor Rossetti? —unos toquidos en la puerta hicieron que nos petrificáramos en ese momento.

Sentí frío por todo mi ser, Aidoneo me miró asustado y saltó de la cama.

Comenzó a buscar su ropa, se embrocó un pans y una camiseta. Se aclaró la garganta.

—¿Sí?

Detrás de la puerta se escuchó a Cecil.

—Es hora de la cena.

Aidoneo se mecía el cabello y abrió solo un poco la puerta para que asomara el rostro.

Aproveché el momento para bajarme de la cama y tomar la primera prenda que vi, era un suéter de lana y me agaché con cuidado bajo su cama, sin moverme, sentía los muslos aun pegajosos, *mierda*.

—¿De verdad? Se me ha ido el tiempo —suspiró, quizá intentando contenerse —. Bajaré enseguida.

Escuché los pasos de Cecil marcharse, pero se detuvo abruptamente.

—Eh... una pregunta más ¿ha visto a la señorita Chevallier?

Vi como Aidoneo frunció el ceño.

—No, no la he visto.

—Se supone que salió con su novio, creo que no ha regresado.

—¿Novio? —pude ver como tomó fuertemente la perilla de la puerta.

Maldición.

—Oh, bueno —Cecil dudó, quería ahorcarla, que se callara de una buena vez —, debe estar divirtiéndose aún, espero que llegue pronto... por favor, no tarde al bajar.

—Lo haré enseguida.

Un par de segundos se detuvo Aidoneo en la puerta, quizá cerciorándose de que Cecil se marchara, después cerró lentamente la puerta tras de sí.

—Así que saliste con ese chico —su semblante era serio.

Oh, gran mierda.

—Su nombre es Gabriel—defendí.

Claramente vi, como una vena saltó de su frente.

—¿Por qué sigues insistiendo en hacerme enojar?

Me sorprendí un poco por sus palabras y su reacción, me miraba furioso.

Me mordí un poco el labio pensándomela mejor, regodeándome por el momento, aunque aún estaba acalorada porlo de hace dos minutos. Le sonreí ligeramente y caminé hacia él, quedé muy cerca, me estiré de puntitas para besarlo, a regañadientes me devolvió el beso, soltando un gruñido y reteniéndome por las caderas con fuerza, si seguía así, marcaría sus dedos.

Tomé su mano derecha y la pasee por debajo del largo suéter, para que me tocara, lo guié desde mi muslo hasta mi entrada. Comenzó a acariciarme, le mordí el labio con ligera fuerza. Hice que se separara de la puerta deslizándolo hacia un lado, de regreso hacia la cama.

Para luego separarme y empujarlo hacia su cama con toda la fuerza que me fue posible.

—Gabriel es mi novio, te gusté o no —dije con aplomo.

Su rostro sorprendido no tenía precio, tomé el pomo de la puerta y me salí de su habitación rápidamente, corriendo hacia la mía y cerrando con pestillo.

Me di una ducha rápida, intentando retirar su olor de mi cuerpo, pero, cada vez que cerraba los ojos, no podía evitar imaginarme lo que había hecho. Estuve a punto de hacer el amor con Aidoneo, quizá era una señal.

Esto solo había confirmado todo, quería a Aidoneo, quería que él fuera el primero en mi vida.

Lo quería.

Pero también quería hacerlo sufrir.

Me sequé y entonces me vi al espejo. Tal como había predicho, su agarre había dejado marcados sus dedos en mis caderas, y me percaté de un pequeño colorcito verde en mi clavícula. Vaya, no me di cuenta de ello, si nana preguntaba, me pegué jugando con Adara.

Opté por colocarme una remera larga rosa de unas mariposas y un pans oscuro, me embroqué unas medias y bajé a cenar con total tranquilidad. Pensado que, a pesar de todo, la guerra se aproximaba.

CAPÍTULO 21

MI PEQUEÑA

—Fiesta por la noche en casa de Phoebe.

—Fiesta, estás invitada.

—Toma, fiesta por la noche.

Eve, Kim y yo repartíamos folios con mi nombre y la dirección de la fiesta, era de locos realizar una fiesta ahora. Mucho más porque nunca había hecho una, pero todo quedaba completamente maravilloso; uno, tenía permiso, dos, Blanche y Cecil no estarían.

Todo había quedado perfectamente calibrado, la banda, la comida y reservas de alcohol.

Un día, solo quedaba un día.

El viernes se corrió el rumor rápidamente y todo mundo estaba entusiasmado por la idea de la fiesta.

Aquí en la escuela, la división de estatus era demasiado palpable, chicos ricos, chicos menos ricos, los pachecos, los que se creían mafiosos, los intelectuales, los de diferentes clubs. En fin, toda esa diversidad y vaya que todos estaban bienvenidos, aunque no los conociera.

Me levanté temprano el sábado para que el jardín se arreglara para la plataforma de la banda, tiras de luces desde lo alto de la plataforma y que caían hacia la posición del lugar donde sería el “baile”, temas aquí y allá en neón.

Mañana se pondrían las mesas de bocadillos y las hieleras. Debía ponerle un altar a mi abuelo en hacer la “vista gorda”

Kim y Eve llegarían por la mañana con sus “estrategias de campaña” para tomar la escuela.

Para relajarme, subí a mi habitación y cambiarme, colocarme un bonito leotardo celeste sin mangas, debía practicar mi gimnasia, estaba un poco tiesa en mis prácticas, me acomodé el cabello en un moño alto y bajé hasta el gimnasio de la casa con mi reproductor.

Al pie de la escalera me topé con la sorpresa que había estado evitando todo este tiempo, Aidoneo.

Se quedó plantado en la escalera mirándome como estúpido, sentí las mejillas teñirse de rojo. Me obligué a bajar tomando fuertemente el reproductor.

Bajé rápidamente, con toda la intención de repelerlo, pero se interpuso en mi camino, di un paso a lado y él lo dio conmigo, di otro y de nuevo lo hizo, fruncí el ceño irritada.

—Déjame pasar.

—¿Qué harás si no quiero? —preguntó socarrón.

Sonrió de lado, contuve el aliento, mierda, sabía lo que estaba haciendo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté en tono bajo haciéndome la inocente.

Ladeo la cabeza, y sonrió burlón.

—¿Qué vas a hacer sino te dejo pasar, Phoebe? —el tono de voz aterciopelado que usó me hizo estremecer de pies a cabeza

Santa mierda.

Se inclinó hacia mí.

—Tú no eres la única que puedes jugar —sonrió un poco más—. Dime... ¿Qué es lo que pretendes hacer con esto?

Sacó de su bolsillo una hoja de papel arrugado, conocía a la perfección ese papel, abrí los ojos sorprendida.

—¿Dónde lo conseguiste? —chillé, intentando arrancarlo de sus manos, retiró el papel rápidamente.

—Explica —ocultó el papel tras su espalda.

Sentí cosquilleo en la nuca, ese papel era un bosquejo de mi plan de huida, el primer borrador, lo había tirado junto con un par de revistas, no entendía que hacía con él.

—¿De dónde lo conseguiste? —gruñí, fulminándolo con la mirada.

—¿Importa?

—Estaba en la basura —espeté—¿Qué haces fisgoneando mi basura?

Se encogió de hombros

—Solo lo vi.

—Eres un pervertido de lo peor —gruñí.

Lo empujé por los hombros y lo hice a un lado, pero al último escalón me retuvo por el brazo, tirando fuerte.

—Explica lo que significa esto —exigió, agitando el papel.

—Es lo que es —me enfurecí — no te explicaré nada.

Afortunadamente ese plan no tenía fecha ni destino, mencionaba la huida, sí, pero como primer punto era hacerme novia de Gabriel, después tomar la escuela y hacer un caos, por último, huir.

Sabía que la primera estaba tachonada, sabía también que en la esquina de esa hoja había un escueto dibujo de palos donde había colocado a Aidoneo con lentes y su eterno libro, le había colocado cuernillos y una flecha apuntándolo como “bastardo”

—Te dije que no jugaras... ahora lo haces con los sentimientos de ese chico.

—Esa lista es vieja... Gabriel es un chico estupendo, los planes casi nunca funcionan—me encogí de hombros, restándole importancia.

Apretó la mandíbula.

—No te creo nada.

—Puedes hacer lo que quieras —le dije tirando de mi brazo —. No te entrometas.

—¿De qué hablas? —me tomó por los hombros y me agitó —. Dime ¿qué es lo que intentas hacer?

Aunque quisiera decirlo, él no arrumaría nada de mis planes.

—Intento... —dudé por un momento —, intento ir a entrenar, agité la grabadora—. No quiero hacerme in esguince.

Bajé sus brazos y me escurrí hacia mi destino.

Intenté concentrarme, hice flexiones y estiramientos, realicé el mismo ejercicio siete veces, pero mi mente era un caos.

Ahora que Aidoneo había leído ese escueto plan, me temía que estuviese bajo su estricta mirada más de lo debido, si él comenzaba a vigilarme, debía pensar en diferentes opciones. Esperaba que solo se enfrascara en que estaba jugando con Gabriel y no el hecho de querer huir.

Vencida por la incertidumbre subí de nuevo a mi habitación, corriendo de puntillas hasta ella para evitar a toda costa otro encuentro extraño o sumamente caluroso.

Me encerré y tomé un largo baño, para después, escurrirme en mi cama, rodeé por ella con incertidumbre, pero no lograba conciliar el sueño, en la silla de mi tocador, vislumbre el suéter de Aidoneo.

Sopesé por un momento contemplando el techo, pero volví a rodar.

—Demonios—me deslicé hasta la silla y tomé de un tirón el suéter, me acurruqué en medio de mi enorme cama redonda y abracé el suéter, hasta quedarme dormida.

.
. .
Me levanté temprano, Eve y Kim llegaron a las diez en punto, así que nos metimos de lleno a en los preparativos, la fiesta estaba programada para eso de las cinco.

Tenía muchos nervios de que esa fiesta no funcionase, no volví a ver a Aidoneo en todo el día y supuse que no lo vería en esa fiesta.

Las chicas y yo nos arremolinamos en mi habitación para hacer un caos de ella y prepararnos para desinhibirnos.

Kim terminó enfundada en un short negro y un top de tirantes rojo, Eve en un vestido corto amarillo de escote cuadrado y bonitas sandalias a juego.

Por mi parte una mini falda tableada blanca y un bonito top rosa pastel, me coloqué el cabello en dos coletas bajas y me enfundé en sandalias blancas de tiras.

—Bien Kimy—decía Eve acomodándose los rizos en medias trenzas —¿sabes lo que tienes que hacer?

Kim se inclinó sobre el espejo colocándose gloss.

—Sí, si... arrojarme a los brazos del tonto Clem—resopló—¿se conformarían con que le coquetease?

—Está bien, está bien, pero mantenlo con la atención sobre ti —le advertí.

—Bien —gruñó—, me hubiese gustado que Max me viera con estas ropas.

—Eres una tremenda loca—se burló Eve.

Para cuando terminamos, bajamos.

La banda ya había llegado y tiempo después los coches de los chicos ricos comenzaron a llegar. Muchos también llegaron, aunque no sabía cómo y en pocos momentos la fiesta comenzó por sí sola.

No tardó mucho tiempo para que el lugar se llenase de chicos haciendo ambiente, algunos estaban en la piscina, otros bailando y cantando con la banda, todos envueltos con arillos neones, unos que otros se lanzaban espuma en spray, se lanzaban pelotas enormes y globos de colores, la banda sonaba tan profesional que sentí que estaba en un verdadero concierto.

Los bocadillos de frituras estaban desapareciendo, así que rellené los bolsos.

—Te encontré —la voz de Gabriel tras mi oído me hizo dar un pequeño respingo.

Gabriel deslizó sus manos por mis caderas y me atrajo hacia sí, solté una risilla.

—¿Puedo si quiera terminar esto?

—Te ayudaré.

Tomó otra bolsa de frituras y las vació en los recipientes.

—Creo que es la mejor fiesta a la que he ido —miró hacia la banda —¿es la banda local?

—Si —combiné —, el día que salimos al pueblo me gustó mucho —me encogí de hombros y le sonreí.

—Pues fue una idea maravillosa.

El equipo de rugby comenzaba a hacer competencias de bebidas entre ellos y algunos otros. Había un par de chicos de esgrima y de equitación, mientras gritaban “fondo, fondo, fondo”

—Les advertí que se moderaran —dijo Gabriel viéndolos.

Serví un poco de la bebida preparada y le tendí un vaso.

—Bueno... es una fiesta ¿Por qué no nos divertimos?

Se inclinó hacia mí para besarme.

—¿Quieres bailar?

La música, los cuerpos excitados y un poco de alcohol eran una combinación explosiva.

Era la primera vez que había bebido, me sentía bastante feliz, Gabriel sabía bailar bastante bien, no nos habíamos separado para nada. Ya era algo tarde, quizá.

Kim, Eve y yo nos unimos a los juegos del equipo, vasos, bolas de pingpong, cartas que pasábamos con la boca a otros, beer pong y botella con tragos.

Las chicas estaban coqueteando sutilmente con los chicos, Hugo aprovechó la oportunidad de juego para dejar que cayera la carta y besar a Eve, quien había soltado una risotada, pero sabía que se estaba conteniendo. Aunque el alcohol comenzaba a marearme.

A nuestras espaldas algo comenzó a llamar la atención, eran demasiados cuchicheos, muchos empujones, incluso la banda dejó de tocar para poder enterarse de lo que sucedía, los chicos y nosotras nos asomamos para ver que sucedía.

Paradas con estupefacción y soberbia, el grupo de Babette estaba plantada en medio de la pista, incluso había otros estudiantes tras ellas, recordaba perfectamente que los había invitado a la fiesta.

—¿Qué carajo haces aquí? —le escupí —, nadie las invitó.

Claramente refiriéndome a su grupito.

Babette soltó una carcajada seca.

—Tú no puedes dar una fiesta

—Claro que puedo —contesté socarrona, entonces, Gabriel se acercó a mí y paso una de sus manos por mi cintura.

—¿Qué demonios haces con esa? —le gritó Babette.

—No le grites a mi novio

Babette se hecho hacia atrás por la sorpresa.

—¿Novio? —asentí —, eres una tremenda zorra—gruñó.

Babette saltó hacia mí y no me quedé atrás, ella dirigía sus baratas uñas hacia mi cara, pero fui más rápida y la esquive golpeándola en el brazo.

Entonces escuché que un caos comenzaba, todo mundo comenzaba a pelearse con quien sea, no importaba mucho, por ahora, Babette y yo estábamos retando con la mirada. De nuevo se lanzó hacia mí y esta vez ambas nos tomamos del cabello, pero logré tumbarla hacia atrás y me abalancé sobre ella golpeándola con fuerza, logro atenazarme un golpe entre mis costillas.

—Basta —escuché a Gabriel soltar un grito, me tomó por la cintura y me alejó de Babette.

—Lárgate de mi casa —le grité a Babette.

El resto de sus acompañantes comenzaron a retirarse, mientras los chicos de la fiesta vitoreaban.

Babette nos lanzó una gélida mirada.

—Me las pagarás zorra —berrinchó.

Corrió para con los chicos que la dejaban, mientras los vitoreo seguían.

—¡Eso fue fantástico! —gritó Kim acomodándose el cabello y gritó eufórica, evidentemente algo ebria.

—Bueno ¡Que siga la fiesta! —grité.

La banda comenzó a tocar de nuevo con una canción bastante animada.

—¿Estás bien? —me dijo Gabriel tomándome del rostro —, te ha sangrado —me tocó la comisura de la boca.

—Sí, todo bajo control—me pasé el dorso de la muñeca por la boca, ambos nos reímos—, no se a que vino, acaba de ser la burla de la escuela.

Gabriel negó con la cabeza.

—Vamos, te curaré —me tomó de la mano y nos deslizamos por la cocina, ahí encontramos a chicos comiendo.

Tiré de Gabriel fulminando con la mirada a los que estaban hurtando mi comida.

—He, creo que el botiquín está en la biblioteca —le indiqué el camino, nos adentramos a ella, desde aquí ya no se escuchaba la música.

Me agaché a uno de los gabinetes y busqué, en el fondo tomé la cajita y se la tendí.

Me hizo sentarme en el diván, tomó una gasa mojándola con un poco de alcohol, con ella limpió la comisura de mi boca, luego me acercó una bolsa de hielo.

—¿De dónde la sacaste? —me encogí sorprendida.

—Se lo quité a los ebrios de abajo — nos reímos, me colocó el hielo en la mejilla —. Auch— me quejé, frunció el ceño con preocupación.

—No deseo que te pase nada malo —susurró —, deja que Babette hable.

Lo miré a los ojos y le sonreí.

—¿Crees que solo lo hago por ti?

Detuvo su masaje y me miró irónico.

—¿A caso no lo es?

Reímos de nuevo.

—No puedo dejarla que se salga con la suya —le contesté.

—Eres increíble —susurró.

Me miró intensamente, se acercó a besarme, mis manos lo tomaron por sus brazos, me besó concienzudamente, pero el alcohol en mi comenzó a hacer efecto, calor se sitio por mi cuerpo y al parecer el de Gabriel también.

Comencé a inclinarme hacia él y él recostándose hacia atrás, me arrastró hacia su regazo, nos apretujamos en un intenso beso, una de sus manos me comenzó a acariciar por mi costado hasta llegar a los pliegues de mi falda y estrujándome por sobre esta.

Su beso comenzó más intenso y se las ingenió para meter su lengua, lo acaricié del pecho comenzando a enrollar su remera.

Entonces la puerta de la biblioteca se abrió de un portazo y segundos después Gabriel era tirado de la remera hasta levantarlo por completo.

—¿Qué carajo estás haciendo?

—Profesor Rossetti.

—Señor Rossetti para ti —gruñó, estaba demasiado enojado—. Te advertí que no le volvieras a poner una mano encima —gritó y arrojó muy lejos a Gabriel, hacia la puerta—¡Largo de aquí! —gritó.

Empujó retadoramente a Gabriel, maldición.

—¿Qué carajo haces? —le reté ahora.

—¿Qué diablos haces tú? —me regañó furioso, de nuevo se giró hacia un Gabriel atónito— ¡dije que largo!

Gabriel me miró y solo pude asentirle, frunció los labios y se fue azotando la puerta de la biblioteca. Aidoneo y yo nos miramos retadoramente.

—¿En qué estabas pensando? —volvió a gruñir.

Me senté y tomé la bolsa de hielo, me sentía acalorada no sabía si por el alcohol o la furia que me recorría, no le contesté.

Gruñó exasperado abrió la puerta, no le presté atención, que se fuera si quería. Me tumbé de nuevo en el sillón y escuché el azotar de la puerta.

Quizá debía ir tras Gabriel, se había portado de lo lindo...

Unas manos me tomaron y me sostuvieron por segundos, hasta que de nuevo me encontré tumbada boca abajo.

—¿Qué carajo pasa? —le pregunté sofocada, las cosas me daban vuelta, escuché su respiración pesada.

Sentí un fuerte golpe en las nalgas

—¡Ay! —chillé.

—Eso te pasa por ser mala—oh no, Aidoneo estaba bastante enojado.

Sentí otro golpe en el trasero.

—Déjame—chillé de nuevo, levantó mi falda y me dio otro azote. Llevé mis manos hacia atrás tratando de impedir sus golpes, pero recibí otro.

Me arremoliné en sus piernas, pero me retenía fuertemente, pataleé para que me dejara, pero sentí otro golpe, las nalgas me palpitaban, tiró de mis bragas hasta dejarlas en mis muslos.

—¿Qué... qué haces? —gimoteé.

—Este es tu castigo, niña—golpeó y me encogí, dejó su mano ahí en mi carne hinchada y después comenzó a masajear.

Palmeó de nuevo y esta vez fue menos fuerte, masajeo de nuevo.

—Estás tan roja—masajeó.

—Pues claro, serás idiota, esto lo hiciste tú—volví a chillar.

Lloriquee, la carne me escocía un poco cuando posaba su mano caliente. Como una muñeca me tomó entre sus brazos y me colocó a horcajadas sobre él.

—¿Por qué tienes que ser un idiota?

—¿Yo soy el idiota? —gruño enfurecido—. Estabas a punto de acostarte con ese idiota.

—¿Y qué? —lo empujé del rostro—. Es mi novio, puedo hacer eso con él— me levanté, me tropecé con mis bragas y de una sacudida las quité de mis piernas.

Trastabillé un poco hasta llegar a la puerta, entonces me detuvo reteniéndome del hombro.

—No puedes irte.

—Tengo una fiesta que atender.

—La fiesta puede estar sin ti—sus palabras se escucharon en mi oído, me hizo estremecer, cerré los ojos.

—¿Qué quieres realmente? —espeté, me retuvo contra la puerta.

—Te quiero a ti—aguecó su rostro en mi cuello.

Sus manos se deslizaban por mis costados.

Me giré para encararlo.

—Es que no te entiendo, me haces pensar en lo que quieres y después te alejas diciéndome que, “hasta mi cumpleaños”, pero has demostrado que no es cierto—hipé—. Me confundes.

Tragó en seco.

—Lucho contra mi buen juicio.

—Pues no está funcionando—me crucé de brazos—. Regresaré a mi fiesta.

Me miró intensamente.

—No lo harás—inclinó su rostro hacía mí y me acorraló con su cuerpo.

El corazón me palpitaba con fuerza por su cercanía, se veía tan condenadamente sexy, enojado, con la clara excitación en el rostro, era una mezcla explosiva, que me hicieron apretar las piernas y desear estar más cerca.

Solté un jadeo por su maldita y lenta cercanía, coló una mano entre mis piernas, apreté los labios para no volver a jaderar, cuando sentí sus dedos tocándome, le apreté los brazos con fuerza.

Sus labios estaban ya a centímetros de mi boca, así que me hice de puntillas y presioné con

urgencia mi boca en la suya, la intensidad del besó hizo que nuestras espaldas chocaran contra la puerta.

Subí mis piernas para enredarlo por las caderas, él se restregó contra mí, moviendo sus caderas y yo recibéndolo. Colé una de mis manos para acariciarlo, sentí mi cuerpo acalorarse de pronto cuando lo apreté en mi mano, ahí en los pliegues de su pantalón abultado, lo acaricié un poco y después bajé su cremallera.

Lo que sucedió ha sido el evento más grandioso y doloroso de mi vida. Aidoneo me había advertido que dolería así que mi mente ya estaba preparada, así como mi entrada húmeda.

Pasó su miembro entre mis pliegues, me mordí el labio para omitir mis jadeos, aunque sentía que mi respiración se volvía pesada y lenta, mis latidos estruendosos, tronando tras mis oídos, pero también, bombeando lento y pesado.

Aidoneo se detuvo ahuecándose en mi entrada, le presioné los brazos y contuve el aliento.

—Solo relájate—susurró en mis labios.

Se adentró poco apoco, di un respingo, pero intenté relajarme, hasta que un dolor insoportable me cruzó todo el cuerpo, como un ramalazo por mi columna. Hundí mis uñas en sus brazos y omití un grito cuando se abrió paso lentamente, esperando a que mis paredes se relajaran a su alrededor, mi cuerpo se entumeció por un momento, me sentía roja como un tomate y tomó mi cuerpo picaba.

Se movió un poco y lentamente sentí el ajuste, pero aún seguía doliendo.

—¿Estás bien? —preguntó con un jadeo.

Apreté los dientes y asentí lentamente.

—¿Te he lastimado? ¿Quieres que pare?

—No, no, sigue—le agité.

—Lo hare lento—jadeo.

De nuevo comenzó a moverse, un ramalazo de electricidad recorrió mi cuerpo cuando lo sentí tan apretado en mí, su aliento retumbaba en mis labios, mi vientre tiraba con sus envites.

Dolor y ansiedad.

Sus labios bajaron hasta mi cuello y mis dedos hasta su cabello, tirando de él, se las ingenió para bajar con los dientes una de las tiras de mi top dejando escapar mi seno, lo chupó y estiró con sus dientes, apreté las piernas, mientras mi cadera y espalda chocaban con la puerta y esta se agitaba a la par de nuestros movimientos.

Después de unos minutos, el dolor comenzó a disiparse, para abrir paso a un puñado de sensaciones que comenzaban a acumularse en mi vientre.

Me tomó por las nalgas y caminó de vuelta hacia el diván, se sentó sin separarse de mí y solté un gritito cuando dejó caer mi peso sobre él encajándome. Estaba ahora, a horcajadas, me besó haciendo que tronaran nuestros labios; bajó por mi cuello, arañando con sus dientes mi mandíbula y de nuevo subiendo por mi cuello hasta mi clavícula.

Me levantó las caderas y comenzó a moverme haciendo una fricción deliciosa, me mordí el labio cuando masajeo con fuerza mis pechos, mis caderas se movían hacia él, haciendo que la fricción arrastrase por su piel con un contacto con mi botón, esos movimientos me acariciaban, sentí su boca acariciarme los pezones, chupar y jalar. Como si mi cuerpo supiera qué hacer.

Mis movimientos se hicieron más rápidos, él soltaba jadeos y gruñidos, la cabeza me daba vueltas y mi respiración se volvió trabajosa, un nudo se forjó en mi vientre y de pronto, el tirón se expandió por mi cuerpo y me estremecí por completo.

Aidoneo sostuvo mis caderas y siguió bajándolas, un par de envites más y salió de mí, sentí su líquido caliente en mi muslo.

Me dejé caer en su pecho jadeante, adolorida, pero complacida, me estrujó hacía si con sus brazos y me acarició la espalda, el cabello, me besó la frente.
—Mi pequeña—Susurró.

CAPÍTULO 22

CROQUE MONSIEUR

¿Qué si me duele?

Me duele muchísimo.

Al caminar, no quiero parecer incómoda, me sentí extraña, pero feliz, sentía que algo en mí va a explotar de alegría, conteniéndome por completo.

Caminé hacia la fiesta, de nuevo, no sabía qué hora era, la fiesta estaba en su punto, chicos saltando y bailando, bebiendo e incluso, en un rincón alejado había chicos “tocando”, hacían un poco de tonterías a causa de la hierba.

Busqué entre los chicos a Gabriel, pero no lo encontré en la pista, encontré a Kim bailando.

—¡Hey! —chistó ella —¿Dónde estabas?

Tragué en seco.

—El profesor Rossetti nos encontró a Gabriel y a mí en la biblioteca.

Kim me miró fijamente, como escrutándome.

—¿Pasó algo?

Sentí un poco de nervios, me rasqué el brazo.

—No... se puso furioso cuando vio a Gabriel conmigo, besándonos —susurré —, sacó a la fuerza a Gabriel y me esperé al regaño.

—¿Por qué tienes otra ropa?

—¿Eh? —miré hacia abajo, solo me había puesto un jean —mí, mi falda estaba sucia.

Sí, claro, estaba sucia por... no, no debes pensar en ello.

Kim me sonrió anchamente.

—¿Bailamos entonces?

Después de todo, Kim y yo nos enzarzamos en la pista, ella aun seduciendo a Clem, este había cedido a los encantos de la pelirroja poppy. Minutos después, encontré a Gabriel con su grupo de Rugby, estaba bebiendo con ellos hasta que me miró, al parecer lo que le había dicho Aidoneo había quedado en el olvido.

—¿Sobreviviste?

—¡Agh! Es un fastidio —rodee los ojos —¿Te unes?

Gabriel y yo bailamos el resto de la noche y quizá la madrugada, no hubo nada más relevante, la fiesta era increíble y terminó hasta que la banda se cansó y poco a poco se fueron desapareciendo los chicos.

Al final, Gabriel y sus chicos se fueron, mientras que Eve, Kim y yo, tambaleantes subimos a mi habitación y dormimos como piedras, mientras mi mente alucinaba con lo que había sucedido.

.
. .

Las chicas y yo despertamos casi hasta medio día.

—Me duele la cabeza —dije sosteniéndola, me sentía hueca, la garganta reseca, los pies y el cuerpo me dolían a horrores.

Kim se removió de la cama, sobre ella, montones de almohadas que comenzaron a caerse mientras se intentaba incorporar, pálida como un muerto.

—Me siento del asco —su cabello disparatado y sumamente esponjado la hacía verse como una vieja muñeca.

Eve gruñó, de alguna manera había terminado bajo la cama. No me iba a romper la cabeza en saber cómo lo había hecho.

—Me siento de la mierda.

—¡Agh! —exclamamos las tres.

Una a una nos metimos a la ducha y comenzamos a arreglarnos, Kim se secaba el cabello y me miraba del otro lado donde mientras me arreglaba frente a mi tocador.

—¿Qué? —le gruñí mientras masajeaba mi rostro con una crema.

Kim me escrutaba con una sonrisa idiota.

—Habla de una vez, pequeño duende —la amenacé con mi cepillo.

Eve salió de la ducha con una bata y una toalla en su cabeza.

—¿Ahora que sucede? —nos miró.

Kim me apuntó con la barbilla.

—Mírala —dijo simplemente sin dejar de sonreír.

Ahora, Eve me miró fijamente.

—¡Hay, mierda! —exclamó —¿fue Gabriel?

—¿Qué?

—¿Cómo estuvo? ¿Fue duro? ¿Fue tierno?

Eve comenzó a atacarme con sus preguntas, tanto que me mareo.

—Aguarden un segundo —levanté las manos —¿de qué diablos hablan?

—No te hagas —Kim se levantó y me arrojó la toalla en la cara —sabemos tu secreto.

—Oh, sí, tu secreto —amenazó Eve—, dinos de una buena vez.

Abrí la boca como si fuese un pez.

—No... no... no

—Belle ...

—Dinos...

Las tenía encima de mí, un poco más y me colocaban un cuchillo en la yugular. Sin más remedio y con nadie más al que acudir por ello, les conté lo que sucedió.

Ambas me miraron con la boca abierta.

—Eh... ahora díganme algo —estaba completamente enrojecida, no quise mirarlas.

—Bueno... no creí que fuese con él—contestó Eve, algo ataviada.

Kim titubeó un poco, creo que seguía en shock.

—Es... creí que solo era un romance o algo parecido—no pensé que tus alcances fueran... taaanto.

—Pero tranquila, creo que es lo normal, hacerlo con alguien a quien...

—¡Ni siquiera hemos tenido una cita! —me tumbé en el tocador, ahora me sentía algo patética o quizá un poco rara.

—No te sientas mal, creo que es una buena experiencia, una excelente experiencia—Kim me palmeó la espalda.

—Hacerlo con alguien mayor ¡Oye, ganaste puntos extra! —apremió Eve.

—Claro que sí, además... estas loquita por él —canturreó Kim.

—Oh, claro, muy loquita.

¿Loquita? Ahora estaba abrumada.

—Pero sabes... queremos detalles.

—Oh, sí, queremos los detalles sucios —Kim levantó las cejas insinuando.

—Eh... Kim, que no sean tan sucios.

—Está bien, está bien.

Suspiré.

Mi cabeza estaba hecha un mar de recuerdos y emociones, no podía parar de recordar cada roce y caricia, cada beso, su aliento, la ferocidad de sus besos, ese calor arrasador al momento del clímax.

Mis gritos, sus gruñidos, gemidos y siseos los repetía una y otra vez en mi mente, no presté atención a ninguna palabra de mis amigas, simplemente dejé que mi mente maquinara los hilos de los recuerdos tan solo para, provocarme deliberadamente en repetir ese momento.

Después de confesarme y de bajar a desayunar con las chicas, nos dispusimos a recoger un poco afuera, ya había algunos trabajadores limpiando, las tarimas de la plataforma ya las estaban recogiendo y descolgando las lucecillas.

Vi a Aidoneo sentado en el umbral de la casa, con su eterno libro, no distinguí el título. Llevaba una bermuda café, camiseta blanca e iba descalzo. Esa camiseta le quedaba tan condenadamente bien que sentí un picor en las manos. Su cabello revuelto, una deliciosa sedosidad para mis dedos, me mordí el labio, maldición Phoebe, ¿la pubertad te había llegado tarde?

—Belle, respira—me susurró Eve en el oído, di un brinco y me sonrojé.

—Cierra la boca—mascullé.

Esperaba que alzara la mirada, pero no lo hizo, me percaté de que lo estaba observando demasiado.

¿Por qué lo estaba haciendo?

Dios, ¿Qué era esto? ¿Era una especie de obsesión?

No puedo simplemente dejar de pensar en él.

En ningún momento levantó la mirada hacia mí, ni siquiera me ha buscado.

Comencé a sentirme de nuevo abrumada, él no me había buscado.

Ayudamos un poco a recoger basura de vasos y a apilar un poco bolsas de basura para que se las llevaran, en tiempo de hormiga, todo quedó como si nada hubiese pasado.

Llevé a las chicas a dar un paseo con Roy, aunque le tenían miedo, las alenté a que cabalgaran un poco, ya entrada la tarde tuvieron que regresar a sus casas para que, al día siguiente nos viésemos en la escuela con el paso dos de nuestro plan.

Estaba tan cansada que me deslicé hacia la sala, tomé el mando y me recosté en el sofá para ver a Ren y Stimp, mientras me quedaba dormida poco a poco.

Durante mi sueño, vislumbré arena blanca y espuma de mar que chocaba contra ella, era una sensación reconfortarle, demasiado tranquila. Lejos escuchaba el choqué de las olas, el cabello chocándome en la cara, al apartarlo, apareció una chosa pequeña a un par de metros, era pequeña como un establo. Paredes amarillas y el techado de un azul celeste, la puerta estaba abierta haciendo una invitación silenciosa.

Sin darme cuenta ya estaba atravesando el umbral de madera, el suelo era de baldosa que asemejaba un poco a la arena de fuera, dentro, los acabados eran lindos y rústicos. Pequeñas plantas creciendo en las paredes y un par de colgantes, pero, no muy lejos, había una silla de mimbre, en ella alguien sentado, era una mujer.

Una mujer recargada, canturreando una canción, mirando hacia la amplia ventana de su casa, se sentía una paz demasiado agradable, abrazable.

—Es muy tranquilo ¿no te parece?

Giré hacia mi espalda, pero no había nadie más.

—¿Yo?

—Tienes que venir aquí, Belle.

La mujer giró, me quedé plasmada en mi sitio cuando la vi, pero, no era otra persona, era... yo misma.

—Somos tan felices aquí, Belle—sonrió ampliamente —, tienes que venir, es una buena decisión.

—¿Dónde es aquí?

—Es... —titubeo un poco, pero volvió a sonreír —, ya lo sabrás.

Ella desapareció.

Todo desapareció.

Y desperté.

—Hasta que despiertas, niña.

El rostro de Blanche sobre el sofá fue épico.

—Oh, nana —bostecé —, solo me dormí un poquito.

—Son las seis de la tarde—me hizo ademán de levantarme —. Iré a darle comida a los trabajadores ¿Por qué no subes a descansar?

—Está bien —me levanté perezosa —¿podrías darles las gracias de nuevo por mí? Lo hice temprano, pero de nuevo...

—Les diré.

Cuando se marchó, arrastré mis pies a la cocina y rebusqué en el refrigerador algo para hacerme un Croque Monsieur sin morir en el intento y recordando las pocas clases que Blanche me había dado, además me mantenía ocupada. Comencé a rayar el queso parmesano mientras cocinaba la mantequilla con la harina y rociarle un poco de leche con pimienta, lo hice a fuego lento para que no se quemara y en cuanto estuvo le apagué antes de quemarse.

Busqué la bandeja y corté el papel para hornear que Blanche me había indicado que siempre hiciera cuando colocara algo en el horno, coloqué las primeras tapas de pan, esparcí la mezcla sobre el pan y coloqué encima el jamón, aunque me entretuve colocándole tres hojas de jamón, esparcí el parmesano, después la otra tapa de pan y otra capa de mezcla para, al final, darle el toque de queso encima.

Mi estómago comenzaba gruñir para cuando metí la bandeja al horno, mientras esperaba, miré hacia la ventana donde se encontraba la lava platos y comencé a recordar ese sueño. Era raro, demasiado raro, una yo de... ¿quizá del futuro? Me decía que debía seguir, debía llegar ahí, pero ¿Dónde era ahí?

Mi plan era llegar a Italia, pero aun no sabía qué lugar de Italia, quizá mi sueño me había revelado, de alguna extraña manera, el lugar donde podría llegar, era un lugar donde hubiese playa...

Miré el temporalizador, aún faltaban un par de minutos, decidí caminar hacia la biblioteca, al estar ahí, revisé el globo terráqueo del escritorio, si tenía suerte, podría llegar con bien a Niza y avanzar con precaución si es que me estaban buscando, avanzar hacia Génova y continuar avanzado, mi destino aun no era decidido, pero si continuaba esa ruta recorriendo las costas podría llegar a mi destino, cual sea que fuese, tal vez si veía los paisajes, algo similar podría encontrar.

Salí de la biblioteca entusiasmada, canturreándome, entré a la cocina justa a tiempo cuando el temporalizador sonó, apagué el horno y tomé los guantes para sacar la bandeja, el olor del queso derretido me inundó las fosas nasales y mi estómago volvió a gruñir.

Al final, después de servir mi Croque Monsieur en plato y tomar una soda de la nevera me

escurrí hacia mi habitación, cuando cruzaba el pasillo vi que la puerta de Aidoneo estaba cerrada, no pude evitar sentirme mal, como una opresión... algo, había salido mal.

.
. .

Al día siguiente estaba lloviendo.

No tenía muchos ánimos de ir a la escuela, pero no quedaba otro remedio, me levanté gruñéndome por perezosa.

Me di una ducha rápida sin mojarme el cabello, comencé a vestirme, ajusté mi falda, la doble hasta que esta me llegara arriba de la rodilla, ajusté mi chaleco-fajilla, me deshice de la corbata y abrí mi escote un poco, me subí las medias.

Me hice una trenza de costado y me miré al espejo, enfundándome valor.

Bajé para tomar el desayuno, Aidoneo ya estaba tomando su desayuno, me sentí irritada.

—Buen día, mi niña—dijo Blanche sonriente.

—Buen día, nana.

—Esa falda está muy corta— gruñó Aidoneo mientras se llevaba la taza de café a la boca.

Cecil se adelantó a colocar mi plato, me aclaré la garganta, tomé mi servilleta y comencé a estirla.

—Le pediría, profesor, que deje de observarme las piernas.

Cecil reprimió una risilla, se apresuró a servirme mi zumo, Aidoneo dejó su taza con más fuerza de la que debió.

—Es normativa de la escuela.

—¿El qué? ¿Qué vea mis piernas?

Blanche se adelantó para conmigo y me tomó del hombro.

—Phoebe, tu desayuno se enfriará—me apretó un poco mi hombro, le sonreí anchamente.

—Claro.

Comencé a engullir los huevos revueltos

—Nana, olvidé decirte que no me esperes para la comida.

—¿Dónde irás?

—Tendré una cita con mi novio.

—No puedes ir a una cita—espetó el bastardo—tienes que estudiar.

—Puf, por favor—rodee los ojos—, un día que no estudie no pasara nada malo—me mordí el labio—¿Por qué no sale y se busca a alguien? —me lleve un bocado a la boca—, lo noto algo amargado.

—¿Qué dices?

Lo miré a medias lunas y ladeé mi tenedor, acentuando las sílabas.

—A-mar-ga-do—le sonreí con burla—, debe dejar a los jóvenes divertirse.

—¡Phoebe! —chistó mi nana—, contrólate por favor.

Aidoneo me miró fijamente, furioso.

—¿Podrían darnos un momento a solas? —gruñó.

Cecil miró a Blanche y viceversa, comenzaron a avanzar, solté una risilla.

—Con el debido “respeto” —dije—, pero usted, no está autorizado a mandar en esta casa, la única que puede hacerlo soy yo.

—La única que se está comportando como una niña caprichosa eres tú—soltó furioso.

Me recargué en la silla, completamente irritada y aburrida, comenzaba a fastidiarme. Blanche y Cecil me miraron esperando respuesta, asentí para que se marcharan, crucé los brazos sobre mi

pecho.

Me miraba fijamente y yo lo retaba, habló hasta que ellas salieron por completo.

—¿Qué pasa contigo?

Suspiré y tomé mi servilleta, la arrojé a la mesa.

—¿Yo? —me levanté empujando la silla—, yo no te cogí y te ignoré después.

Su semblante furioso cambió repentinamente, como un cachorro cuando baja las orejas.

—Estabas con tus amigas y no podía levantar sospechas.

—Me da exactamente igual ¿Cómo mierda quieres que me sienta? —grité—, después de todo lo que pasamos, después de todas las caricias y besos—comencé a acercarme a él furiosa—. Después de haber tenido sexo me haces eso—lo empujé del pecho.

—Después de haber tenido sexo te marchaste...corriste a los brazos de ese imbécil.

—Tenía una fiesta y recuerda que él es mi novio.

—Eso no te importo mientras me tenías dentro de ti.

Como si sus palabras me hubieran golpeado físicamente, me eché hacia atrás, completamente muda, estremeciéndome por lo cruel que habían sonado sus palabras.

Lo miré como si fuese otra persona, un completo extraño y tragué en seco.

—Esto fue un error—solté y salí del comedor.

CAPÍTULO 23

DISCURSO

Me sentí un poco mal cuando le ordené al grandote sentarse en la parte trasera de la limo, mientras me entretenía colocando música en el transcurso del camino a la escuela.

Bajé del auto dándome palmaditas mentales para tranquilizarme por aquella discusión.

Aunque se disipó totalmente cuando entrando a la escuela, los chicos me recibían con ovaciones, todo mundo me saludaba y elogiaba la gran fiesta, así que me regodee de lo lindo hasta llegar a la primera clase.

Las chicas también estaban gozando de las atenciones y de los intentos furtivos de intercambios de bipeos.

Cuando al fin llegamos a clase de literatura, los intercambios de miradas secretas entre Kim y Eve me ponían de nervios.

Entramos al aula entre risillas, Gabriel y los chicos ya estaban en sus lugares.

—Ah, llegaron las reinas de la fiesta —bramó Hugo acaparando el lugar de Eve.

Al parecer las estrategias de la fiesta hicieron buenos resultados.

—Y habrá muchas más —contestó Eve atenazándole un golpe en el brazo para que lo quitara de su silla.

Tomé asiento y Gabriel se giró para conmigo.

—Hola, nena —sonrió anchamente, inclinándose por sobre el respaldo de la silla.

Me incliné para con él y le di un casto beso.

—Hola, nene.

—Tendrán examen —gritó el bastardo.

Dimos un brinco, no nos dimos cuenta cuando entró al aula.

A regañadientes y muchas protestas nos pasamos la hoja de examen.

—Solo tendrán media hora para contestarlo.

—¿Qué? —escupimos estupefactos.

—Les gusta irse a divertir ¿no es así? —se posicionó frente a nosotros, tenía la mirada amenazante —, pues llegó la hora de divertirme.

Consultó su reloj de muñeca, antes de cruzar los brazos sobre su pecho.

—Comiencen.

Bajo decenas de protestas, los chicos comenzaron a realizar su examen, me quedé mirando al bastardo, no podía creer que estaba haciendo esto por un arranque de ira.

Y decía que mis actos eran infantiles, podía ser el ser más listo y ser un profesor a su corta edad, pero se estaba comportando ahora como un niño haciendo rabietas.

Yo soy la que esta ofendida y no él.

—Señorita Chevallier—me llamó con dureza, cuando sus ojos se toparon —¿Qué está esperando?

—Mi aviso.

Parpadeo confundido, pero se recuperó y volvió a fruncir su ceño.

—¿De qué habla?

—No fui avisada de este examen.

—Es un examen sorpresa ¿no le queda claro?

—En la constitución de los derechos del alumno de Santa Catalina, capítulo 3, versículo ocho,

anexa, “cada alumno tiene derecho a ser informado sobre cualquier evaluación a inicio, durante y al final de cada semestre” —lo miré con arrogancia —, así que me opongo estrictamente a contestar un examen que viola mis derechos como alumna de esta institución.

El pulso me retumbaba en mis oídos, vi claramente como el color rojo inundaba su cara y por poco le explotaba la cabeza tal cual una caricatura. Se levantó de su asiento y dio una palmada fuerte en el escritorio, tal vez estaba a punto de gritarme, pero después observó hacia los chicos que lo miraban como si se hubiese vuelto loco.

Soltó un sonoro suspiro y nos miró de nuevo, posó sus ojos en mí y luego, sin decir nada, salió del aula.

Entonces todo mundo me miró.

—¿Qué?

Una avalancha de ovación hacia mí, lazarón las hojas de los exámenes al aire, los miré incrédula.

—¿Qué nadie conocía sus derechos?

Gabriel negó con una ancha sonrisa.

—Creo que nadie le toma mucha importancia a la política de la escuela... solo tú.

Suspiré.

Bueno, eso no era parte de mi plan, pero, podía ser un extra.

El resto del día, Aidoneo no regresó y tampoco supimos de él en el resto de las clases. Sabía que las chicas estaban desesperadas por sacarme la sopa de lo sucedido entre los dos, pero siempre nos encontrábamos rodeadas de otros.

Había beneficios en volverse popular, pero, la desventaja era visible, no podíamos tener nuestro espacio.

Para la hora del almuerzo, encontramos que, Babette y el resto, estaban aisladas de todo mundo, o casi, de todo mundo, aun había un par de lamebotas cerca de ellas, en cualquier momento harían un golpe, pero, este no lo era.

La clase de gimnasia pronto tendría una exhibición, así que alisté un nuevo traje para nuestro equipo.

—¿Estas nerviosa? —preguntó Eve mientras esperábamos nuestro turno para los saltos.

Suspiré.

—En realidad no ... tampoco preparé nada.

Ella me miró como si estuviese demente.

—Pero... dijiste que...

—Lo sé, lo sé —el silbato de la entrenadora sonó para la siguiente —, ya se me ocurrirá algo...

—Oye... podemos dejar esto de lado si te hace sentir mal.

¿Tenía ánimos de seguir con ello?

A lo lejos escuchaba el silbato.

En mi mente solo recordaba aquel sueño de la casa en la playa.

Dejar un caos tras de mí y luego desaparecer sin dejar rastro, solo haría que la intensidad de una búsqueda futura se incrementara.

Y si...

¿Y si solo me marchaba?

Estaba mal que hiciera lazos fuertes con las chicas, estaba mal que torciera los sentimientos de Gabriel, si es que de verdad le gustaba; y estaba mal que me hubiese dejado llevar por las hormonas y entregarme a... Aidoneo sin saber que... que después se volvería todo tan torcido.

¿Cuánto tiempo faltaba para mi cumpleaños?

Cuatro meses...

—Belle... ¡Phoebe! —gritó Eve.

—¿Sí? —regrese mirando a mi alrededor, la entrenadora me miraba expectante.

—Tu turno.

—Ah, sí—salí de mi ensoñación.

Me concentré, no debía resultar herida porque eso no facilitaría mi huida.

Corrí, di saltos y piruetas, cayendo de una buena manera, no excelente como quería, pero al menos, pasaba la nota.

Luego, fui a sentarme en la banquilla con el resto. Vi el turno de Kimmy, ella lo hacía con la gracia de un cisne, delicado, cayendo como una pluma. Eve, era principiante, así que para ella, las vueltas y saltos eran un gran logro que yo aplaudí.

—¿Cansada? —esa era la voz irritable de Babette.

—¿Preocupada por mí? que linda.

Ella chasqueó la lengua.

—Ganaste unos cuantos seguidores—decía presumida—, pero te aseguro que no ganarás las elecciones.

—Te noto algo insegura, venir a hablar conmigo significa que te sientes realmente amenazada.

—No porque tu familia sean los dueños de Santa Catalina, significa que te sientas la reina de este lugar.

—Oh, querida, no me siento—le sonreí de lado—, lo soy.

—Eres una...—no terminó la frase, la entrenadora le incó una mirada.

—Lo vez—le dije—, esa es la diferencia entre las dos—, heché la cabeza hacia atrás para mirarla—, yo no me hubiese detenido.

Ella refunfuñó.

—Seré la presidenta te guste o no—se giró.

—Oye—dio una patalleta se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Qué?!

Ladeé la cabeza, recargándome sobre mis brazos en el respaldo de las sillas.

—¿Por qué quieres ser presidenta?

Siseo por lo bajo.

—Que pregunta tan más estúpida.

—¿Entonces?

Arrugó la nariz.

—¿Quién no querría ser la presidenta? —luego se fue.

Me quedé pensando.

.
. .
.

—Lo harás bien —animó Kim, se mostraba nerviosa y miraba a hurtadillas tras las cortinas del teatro —¿quieres ensayar?

—Tranquila, Kim—le dije, tomé aire.

—Eve me dijo que no te veía bien... yo, también apoyo lo que dijo... si no te sientes bien, podemos dejar esto, digo, no lo necesitamos, solo nos falta un par de meses — Para mí, cuatro meses. Soltó una risilla nerviosa—podemos pasarla bien estos meses.

Pasarla bien...

—Está bien.

Entonces, escuché mi nombre por el micrófono, lo siguiente fue un poco borroso, solo contuve el aliento y caminé hacia la tía Sophi en el podio del teatro. Había otras personas sentadas y Babette, tan extravagante como siempre, sentada junto a ellos con un papel en las manos, frunció los labios cuando me vio y soltó una risilla de burla cuando vio mis manos vacías.

—El lugar, es todo tuyo —dijo la tía Sophi haciéndose a un lado y cediéndome el lugar.

Lentamente me acerqué, abajo y frente a mí, cientos de chicos sentados esperando con impaciencia el discurso del candidato ha presidencia estudiantil.

Solté un suspiro y se escuchó a través de las bocinas.

—Eh... —entonces, la realidad me mareó, estaba aquí ¿Qué demonios iba a decir? —mi nombre es Phoebe Belle Chevallier y me postulo para ser su presidenta estudiantil en este último año — me rasqué la mejilla —. Sé que debo venir aquí, con una propuesta de mejora... pero en realidad no lo hice —tragué en seco —. Pero ahora estoy aquí, frente a ustedes, no solo para dar está burda excusa — me mordí el labio —, sé que para ser un presidente escolar debo poner un ejemplo —hice comillas —, pero en realidad no lo soy, he sido protagonista de varios problemas y ese no es un ejemplo de lo que se requiere para esta escuela — me giré para los directivos —. No soy una alumna modelo —ahora hacia los alumnos — pero... ¿Quién carajos lo es? —un estallido de aplausos y vitoreos comenzó, me pasé una mano por el cabello y solté una risilla —. Lo que quiero decir, es que, no soy buena para tener responsabilidades, no me considero una líder, pero trabajo en ello, trabajo todos los días de mi vida desde que me levanto de la cama preguntándome ¿Qué diablos quiero para mi vida? Y sé que muchos de ustedes también lo hacen, yo no soy quien para imponer sobre ustedes lo que se me plasca —alcé la voz—¿Qué es lo que quieren? —los miré —, estaré encantada de escuchar sus peticiones para mejorar la estancia en la institución... incluso si no es sobre la institución si tienen algo que contar, solo díganmelo, y estaré encantada de escucharlos.

Gritos y aplausos de nuevo invadieron el teatro, era una avalancha abrumadora, me había puesto una soga al cuello, pero, era mejor que nada.

Observé al directivo, extrañamente también estaba entusiasmado, la Tía Sophi se acercó y me regalo una extraña sonrisa, para después acercarse al micrófono y callar a los chicos, llamó a Babette al frente.

Con la hoja entre las manos, hizo su presentación y un listado de cosas que ella quería cambiar.

Me escurrí tras las cortinas, donde Kim se encontraba y Eve se había reunido ya con ella.

—Eso fue increíble.

—Demasiado improvisado, pero genial —combinó Eve con la pelirroja.

Solté un profundo suspiro.

—¿Ahora qué? —pregunté mirando a hurtadillas al directivo.

—No tengo idea... no dirán nada más, solo anunciarán el día de las votaciones oficiales.

Comenzamos a caminar hacia la salida.

—¿Y si vamos por un helado? —sugirió la pelirroja.

—Yo las llevaré.

Para cuando nos acercamos a la entrada, Charly ya me esperaba.

—Señoritas —saludó.

—Hola ¿podrías llevarnos a la fuente de sodas del pueblo?

—Por supuesto.

Eve y Kim anunciaron a sus choferes su ubicación, así que marcharon hacia la fuente y se mantuvieron a una distancia prudente.

—El señor Rossetti se adelantó hacia la casa —dijo Charly.

—Está bien.

Mis amigas me miraron esperando respuesta, así que solo les negué con la cabeza, ya esperaría hasta que llegásemos.

.
. .

—No... puede...ser.

La pelirroja miró incrédula a Eve quien se miraba más que molesta.

—¿Pero qué carajos le sucede?

—Créeme que quisiera saber lo que pasa.

Kim se rascó la mejilla e hizo una mueca.

—Bueno, no es como si...ahg, esto si es muy complicado.

—Demasiado complicado.

—Estas saliendo con Gabriel, pero a la vez te metiste con nuestro profesor —susurró Kim—. Quien ahora se cree con “derechos” pero también está siendo un completo idiota.

—Gracias por resumirlo, Kim—inquirí.

Eve arrugó la nariz.

—Esta situación se ha salido de las manos.

—Ni que lo digas, dije que tendría una cita con Gabriel, pero en realidad mentí.

—Belle—suspiró Kim—, solo estás haciendo más complicado todo esto si continuas enrollando a Gabriel cuando sabes que, estas completamente loca por nuestro profesor de literatura.

Arrugué la cara.

—Me niego a creer que estoy loca por él.

—Caíste por él como una mosca en la venus —se burló Eve.

—Ja, ja —engullí lo poco que quedaba de mi helado —, no puedo creer que ni siquiera ha empezado del todo el plan y ya todo está yendo de la mierda.

¿Para qué seguir con esto?

—Mira Belle—Kim se tomó de las cienes —, hemos pasado un tiempo maravilloso juntas, pero no es tan cool que una de nosotras esté sufriendo en el proceso, o sea tú.

—Rojita tiene razón, si Babette se intenta meter contigo, bueno, nos tienes a nosotras.

Nos echamos a reír.

—Lo más importante ahora es... ¿Aidoneo o Gabriel?

CAPÍTULO 24

CUANDO LAS ESTRELLAS APARECEN

Las horas pasaron conversando con las chicas y para cuando llegué a casa, ya estaba oscureciendo.

Blanche me recibió justo al momento en que salía con Cecil para llevar comida a los trabajadores.

Subí hasta mi habitación para comenzar a llenar la bañera y tomar una ducha deliciosa, mientras lo hacía, me retiré del uniforme y la ropa interior, enredé mi cabello en un moño improvisado, tomé un cuadernillo y un bolígrafo.

Quería comenzar a escribir mis cartas: una, estaba destinada a mi familia, para que, quedara claro, que no me había ido por allí con un tipo o que nadie me había extorsionado para salir de mi casa y que no me buscaran porque estaría bastante ocupada buscando mi propio destino. Esa debía ser una carta bastante clara y demandante.

Me esforcé en pensar en momentos bonitos con mi familia.

Cuando eramos los solo los cinco.

Era muy pequeña, quizá tenía seis años.

Me reí ironica.

Cuando tenía seis años fue cuando estuvimos viviendo aquí en Provenza. Mis hermanos, Eugene y Fabrice quizá tenían alrededor de catorce y doce años y estaban enseñándome a montar.

Mi primer caballo, fue Roy cuando solo era un pequeño potrillo y Fabrice lo estaba amanzando muy bien.

—Bells, no debes ser impaciente—me había regañado Fabrice, mi hermano mayor—. Si apresuras las cosas, no creas que siempre saldrán bien, el caballo puede sentir tu nerviosismo y lo puedes contagiar.

—No estoy enferma.

—Me refiero a que él también puede estar nervioso, así que calma, no pasará nada, estoy aquí.

Ante ese recuerdo, me encogí en la bañera, como los extraño.

Recuerdo haber dado un paseo por la padrería a caballo, con Fabrice dirigiendo a Roy, y Eugene a nuestro lado cabalgando.

Recuerdo haber pensado que eran hermosos, deslumbrantes, pues sus cabellos brillaban dorados bajo el sol.

El viento desató las cintas de mi sombrero y salió volando, Eugene cabalgó hasta recogerlo y regresármelo, se bajó de su caballo y me lo colocó.

—No dejes que el viento te quite tus cosas, Bells—me apretó las mejillas—. Mirala, Brice, parece un bollo.

Manatee hacia mi grocero hermano.

—No seas grocero, Gene, dejala en paz.

Desde entonces, me enseñaron a montar y para cuando cumplí ocho años me enseñaron a jugar polo.

La de veces que los tres habíamos resultado heridos por ser tan bruscos era incontable.

Un verano me lo pasé con una insoportable férula en el brazo y Fabrice con un esgince, mientras que Eugene se curaba el feo volcán de la frente que le había dejado después de que la

brocha le cayó en la frente.

Si tan solo los pudiera ver de nuevo...

Dejé que mis pensamientos se aclararan, ellos ya estaban siendo adultos, estaban demasiado ocupados como para extrañar a su hermanita.

Me concentré de nuevo en las cartas.

La otra estaba dirigida a mi nana, debía explicarle que la quería como si fuese mi madre, ella, se había esforzado bastante en intentar criarme y debía explicarle que no sintiera culpa o lastima, en realidad estaba bastante sofocada estando aquí y debía pensar que donde quiera que fuese, estaría feliz.

Nana estuvo en el nacimiento de Eugene y en el mio, cambió mis pañales, me alimentó, jugó conmigo cuando nadie podía hacerlo, hasta que la separaron de mi cuando fui a Alemania, la veía esporádicamente al igual que mis hermanos. Se que su amor por mi no ha cambiado y que tampoco cambiará si me voy. Esperaba, que, en el fondo, lo comprendiera.

Que más quisiera que se fuese conmigo, pero ella jamás lo haría, ella es la voz de la razón que jamás escucho.

Debo, entonces, comprender que ya no soy ninguna niña y que tampoco puedo aferrarme a nada.

Tal vez me estoy convenciendo de que esto que estoy haciendo no es ningun acto de rebeldía... es una necesidad.

Al final dejé a Kim y a Eve.

La última carta, estaba dirigida a mis amigas, mis únicas y mejores amigas, como había dicho Kim. Los pocos momentos que habíamos pasado eran maravillosos, debía agradecerles por hacer mi estancia en Provenza, la mejor de mi vida y quizá, en algún momento de nuestro futuro, regresaríamos a estar juntas y hacer nuevos locos recuerdos. Tambien, que me perdonaran por dejarlas de esta manera, pero, sabía que comprenderían.

Suspiré observando las hojas tachonadas y llenas de líneas convincentes y decentes, debía pasarlas la limpio después, cerré el cuadernillo con el bolígrafo y lo arrojé fuera del baño, me hundí en la bañera disfrutando del agua aromática de flores.

—Tienes que ser más cuidadosa cuando lanzas las cosas.

Cerré los ojos con fuerza, no, no aquí, estaba disfrutando de lindo baño y aparece aquí.

¿No puede ser solo una alucinación?

—Hug —atraje la espuma hacia mí y me enredé en mis rodillas—. No tiene permiso a entrar así a mi habitación, ni mucho menos a mí ducha, señor Rossetti—lo fulminé con la mirada.

Se recargó en el umbral y cruzó los brazos por su pecho, sosteniéndome la mirada.

—Dejaste la puerta abierta, cualquiera puede entrar así.

Rodeé los ojos, ¿de verdad la dejé abierta?

—Como sea, largo de aquí.

Suspiró y se acercó hacia mí, me hundí más en la bañera.

—Quiero hablar contigo.

—Yo no.

—Tendrás que escucharme—evité su mirada y la planté en la pared, se sentó en el suelo, pero muy cerca de mí. Parecía tonto que lo único que se interponía era una simple bañera con espuma—. Sé que me estoy comportando como un idiota, un completo imbécil y... He cometido muchos errores contigo, no tengo perdón —mi corazón estaba martilleando en mi pecho con fuerza—. Estoy en una lucha interna conmigo, sé que... sé que nuestra diferencia de edad ha sido un problema. Me siento mal porque soy tu profesor y no me he podido controlar, soy un jodido loco

que casi golpea a su alumno y que... no me arrepiento de lo que hicimos —Acarició mi mejilla —. Me enferma pensar que otros si quiera te vean —soltó una risa —, pero sería dejar ciego a todo mundo, eres hermosa.

—Elogiarme no te hace un favor.

Se rio por lo bajo.

—Pero hizo que me hablaras.

Apreté los labios he hice puchero.

—Lo siento —dijo —, sé que lo que he dicho no tiene perdón, tampoco tengo justificación Suspiré.

—Lo que has dicho me ha lastimado mucho —ahora lo miré —. Eres mi primera vez ¿y esto es lo que obtengo después? —y entonces me solté—. Me acusas de comportarme infantil cuando tú abusas de tu autoridad para vengarte en clase y luego sales sin dar explicaciones. Te creí diferente, te admiré por el profesional que eras, todas esas tardes, todos esos besos y caricias se esfumaron cuando me hiciste pensar con esas palabras que era una zorra —eso había estado flotando en lo profundo de mi mente, me levanté de la bañera—. Porque así se les habla a las zorras... y pensar que llegué a enamorarme de ti de esta manera es...

Enmudecí y abrí la boca.

¿Qué mierda acabo de decir?

Aidoneo me miró asombrado y con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué? ¿Qué dijiste?

Salí de la bañera y me adelanté para tomar mi bata, envolviéndome con manos torpes, sentía el rostro enrojecido, mierda, mierda, mierda, todo era una mierda, yo mi estúpida lengua.

—Phoebe... ¡Phoebe! —me sostuvo por los hombros —¿Es cierto lo que dijiste?

Me miró desesperado, oh, no, era esa búsqueda desesperada en mis ojos y mierda que me sentía asustada.

—Solo... solo sal de mi habitación —jadee.

—No lo haré, no hasta que me lo digas.

—¿Qué diferencia habría? —me mordí el labio, *dios Phoebe, cállate de una vez.*

Me escrutó con la mirada y sonrió lentamente.

—Yo... de verdad creí que amabas a Gabriel.

Fruncí el ceño irritada.

—Ya lárgate —lo empujé inútilmente.

¿Cómo se atrevía?

Pero me retuvo, suave.

—Yo te amo, Phoebe.

Ahora, me sentía pequeña.

Sentía que las rodillas me iban a fallar, los nervios a flor de piel por todo mi cuerpo y mi corazón acelerado.

Fijé la mirada lejos de él, ya no tenía fuerzas para mirarlo, ¿Qué puedo hacer? ¿Qué debo decir?

Me negaba a creer sus palabras.

Negué con la cabeza.

—Me confundes.

Me tomó por el mentón obligándome a mirarlo.

—Se, que tienes miles de razones para no creer lo que digo, pero, es real—mi respiración se cortó—. Yo te amo, Phoebe, te amo.

Tentando el momento.

¿Puedo creerle?

Mi estomago se estremecía nervioso.

Intenté buscar algo en sus ojos, pero por más que lo hacia, desesperada, ni siquiera sabía lo que buscar, cuando con anhelo, había esperado esas palabras salir de su boca.

Se inclinó hacia mi rostro, apenas un lapso pequeño, para darme cuenta de lo ya cerca que estábamos.

Unió sus labios con los míos lentamente, saboreando el espacio que se acortaba poco a poco.

Quisiera gritar y golpear, quisiera ser más fuerte de lo que en realidad quiero ser, pero, en una situación real como esta, sé que soy una cobarde, porque, ahora que nuestros labios se unen y se mueven entre ellos, ahora que me está tomando entre sus brazos y dejo que retire la bata de mi cuerpo yo...

Yo sigo pensando en huir.

Mis manos buscaron a tientas la solapa de su playera, Aidoneo se retiró un poco de mí, llevó una de sus manos a la espalda y tiró de su playera de un solo movimiento, un movimiento demasiado sexy.

Sé que esto es algo que deseo repetir con urgencia, quiero tenerlo en mí, quiero que me bese, quiero que me acaricie, que me haga ver estrellas, que me haga sentir que puedo tocar el firmamento con la punta de los dedos, que me desnude el alma.

Esta vez no siento la misma emoción que la vez anterior, ahora, sé que es algo más, es dulce, es tierno e intenso. Lo observé a detalle, su rostro envuelto en un tierno placer, el brillo de sus ojos y el ancho de sus pupilas dilatadas.

No quise perderme ningún detalle de su rostro, porque no existía nada más precioso en este mundo que él.

Solté jadeos cuando sentí sus labios en mis pechos y un pequeño grito cuando sus dientes me acariciaron los pezones.

Sentí picor en esa zona, también un picor en mi vientre cuando de adentró despacio en mí. Dejar de mirarme a los ojos, me aferré de sus hombros, me dejé arrollar por esa ola tan fuerte de calor que sentí ante sus envites que se movían lentamente, en círculos haciéndome delirar.

Me besaba, en mi boca probaba sus jugosos gemidos, sus roncós jadeos; y mis dedos jugueteaban con su cabello, mi nariz, borracha por su colonia.

—Te amo —me dijo cuándo sentía su llegada.

Intenté reprimirme, pero, ladeé la cabeza y con los dientes arañé la almohada a mi lado.

—Te amo—contesté jadeante, cuando las estrellas aparecieron.

CAPÍTULO 25

LO DELIRANTE ES LEJANO

Se me ha hecho tarde, bastante tarde.

Con el cuerpo un poco tembloroso, me levanté, entré a mi closet para vestirme rápidamente, en cuanto salí vi el reloj de mi encimera, solo tenía cinco minutos.

Tomé la ropa y las cosas que tenía en el suelo que anoche había olvidado levantar, apurada tome mis cuadernos y libros para empujarlos en mi mochila, me embroqué los zapatos y tome el cepillo para que, mientras tomaba el desayuno, lo cepillaba con urgencia.

Azoté la puerta de mi habitación y bajé como un bólido justo para toparme con Blanche en la puerta del comedor.

—Oh, mi niña.

—*Désolé*, nana —(lo siento, nana)

—Es muy tarde —me reprimió y empujó hacia el comedor, donde, un tranquilo Rossetti estaba por terminar su desayuno.

—Solo quiero jugo y una tostada —dije con premura.

Cecil, que se encontraba en un rincón, se apresuró a servirme un vaso de jugo.

—Buen día, señorita Chevallier—murmuró Rossetti mientras me inspeccionaba de reojo.

Tomé aire con un poco más de dramatismo, intentando convencerlas de que estaba en zon de paz con Aidoneo.

Solté una risa sarcástica.

—Buen día —dije algo seca y comencé a cepillarme rápidamente el cabello.

Bueno, no es que de verdad ahora sintiera renuencia hacia él, era solamente que, no podía levantar sospechas, Cecil estaba presente, observándonos, esperando la reacción felina y presurosa de mi parte.

De alguna manera Cecil me divertía, a excepción de cuando quería meterse con lo mío.

Blanche salió de la cocina con una bandeja con tostadas preparadas, tomé una de crema de maní con plátano, tenía mucha hambre, pero era muy tarde.

—¿Podrías poner estos para el almuerzo? —le pedí a Blanche tapándome la boca con la mano mientras aun masticaba.

—Podemos esperarnos unos minutos para que tome su desayuno —la voz de Aidoneo sonó bastante tranquila.

Cecil se sorprendió ante su comentario, tomé un trago de mi jugo.

—Debo llegar temprano, esto puede esperar.

—Señorita Chevallier, puede enfermarse, está muy delgada para soportar una anemia.

Rodee los ojos, quería gritarle que no se metiera en mis asuntos, pero, estaba lo suficientemente contenta y llena de energía para esto.

—Gracias por preocuparse, pero estaré bien.

A Cecil casi se le cae la mandíbula ante mi tranquilo pero directo comentario.

Completamente lista, salí al encuentro con Charly y meterme al calor del auto.

No me había percatado del frío que estaba haciendo hoy, quizá anoche había llovido, era un frío húmedo. Me acurruqué en la orilla del asiento, mientras Aidoneo tomaba su lugar en la otra esquina, podía sentir su mirada fija en mí.

Anoche había sido abrumadoramente espectacular, incluso el cuerpo me dolía, pasamos un

largo tiempo tendidos en mi cama y charlando un poco, entre caricias y besos, la mirada que Aidoneo me dedicaba era tierna y muy atenta, lo cual, ahora, solos, estaba haciendo.

Estiró su mano tomó la mía que descansaba en mi regazo, me acarició el dorso, por fortuna, nadie del otro lado podía escucharnos.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —solté como un jadeo —, solo estaba fingiendo para que no sospecharan.

Sonrió tiernamente.

—Lo sé—se llevó mi mano a sus labios.

Se estaba comportando bastante diferente, era tierno y tranquilo, su mirada era brillante como las esmeraldas que me hizo sonrojar.

—Deja de hacer eso —gruñí apartando la mirada de él.

—¿Qué?

—Deja de mirarme así.

—Así ¿Cómo?

—Como... como anoche —y me sonrojé más fuerte, miré hacia la ventana —debes dejar de hacerlo, llegaremos pronto.

—Esta bien—suspiró—. Estaba pensando en que... en nuestro futuro.

Me tensé ¿Nuestro futuro? —. No quiero abrumarte, ni nada por el estilo—me acarició la mejilla—. Solo, me preguntaba, que es lo que tu quieres.

Lo miré.

—Ah—abrí la boca ¿Qué excusa puedo poner? —, también me gustaría saber lo que quiero—susurré—. Me enseñarás ¿cierto?

Quizá no le dio la importancia a mi comentario ambiguo, asintió y me volvió a besar la mano.

—Claro, soy tu profesor, después de todo.

.

.

.

—¿Enserio esto es correcto? —susurró Kim mirándose la falda.

—Me siento ridícula —Eve se estiró el moño rojo que se apretaba en sus gruesos risos

—Quizá un poco —me estiré el short debajo de la falta de tablillas —pero, si lo hacemos, podemos dejar locas a Babette y las otras.

—Chicas, chicas —Estefany Turner, una chica que se nos ha unido después de tener altercados con Babette en su equipo de porristas, nos apoyó en esta idea —. Todo está listo.

Estefany junto a otras chicas habían encontrado a Babette y sus chicas reuniéndose con el equipo de porristas de otra escuela, para intercambiar sus coreografías. Kim conocía a Estefany y esta no dudo en proponernos algo sumamente candente.

Me miré en el espejo del baño una última vez. El uniforme rojo de porristas, aunque no lo admitiera en voz alta, me quedaba espectacular, faldilla de tablas rojas con franjas negras y blancas, un top de manga larga que mostraba el abdomen, dos coletas y un listón rojo en cada una.

El resto de las chicas se empujaba, me sentía un poco villana, pero era necesario ponerlas en su lugar.

—¡Listo chicas! —gritó animada Estefany.

—¡Si! —agitamos los pompones.

Comenzamos a salir todas, armando escándalo por todo el pasillo hasta llegar al comedor, aferré los pompones, voy a vomitar, frente a todos los chicos y los gritos de las chicas porristas.

Todo mundo se giró cuando vieron el alboroto de chicas porristas entrar a la cafetería, había unos cuantos profesores de vigilancia, entre ellos, Aidoneo.

—¡Hey, hey! —comencé el canto acordado y gritando a todo pulmón para atraer la atención, aunque estaba más que puesta en nuestra diminuta vestimenta—¿Saben quiénes somos?

—¡Somos las porristas! —respondieron las chicas.

—¿De dónde somos? —grité.

—De Santa Catalina.

Las chicas hicieron un par de piruetas, Kim y Eve se unieron a un par de movimientos, Estefany y otras chicas me levantaron para hacer una pequeña pirueta y terminar con un split en el suelo.

—Hey, hey —canté de nuevo, levantándome como a veces lo hacíamos en gimnasia.

Los chicos de rugby vitorearon entre ellos, Gabriel gritaba y lanzaba aullidos

—Hey, hey —contestaron las chicas agitando los pompones

—Tengo un anuncio que dar—dije como chismorreo.

—¿Y cuál es, chica? —corearon.

—¿Escucharon de la presidencia?

—¿De Francia? —preguntó solo una.

—No, tontita, de Catalina —le lancé un beso a Gabriel y señalé con los pompones.

—¿Quién es? ¿Quién es? —corearon ellas de nuevo.

—Pues nadie más que yo —agité los pompones hacia mí

—¡Vota para presidenta Phoebe! —corearon varias veces.

—Hey, hey—grité.

—¿Qué queremos? —ellas.

—Excursiones y visitas—otras chicas.

—¿Qué más? —yo.

—Enlistar en las estatales—gritó un chico del equipo de Rugby.

—Yo solo deseo velar por el bien estudiantil—dije coqueta.

—Las acciones primero —corearon todas.

—Voten por mí —sonreí linda.

Babette y su grupo se abrió paso entre los chicos que se habían arremolinado alrededor de nosotras, se plantó frente a nosotras furiosa.

—¿Qué carajos creen que hacen ustedes?

—Animando, tonta —Estefany se abrió paso para hacerle frente junto a mí.

—¿Con el permiso de quién? —gruñó—, yo soy la capitana del equipo.

—No después de lo que hiciste—gritó una de las chicas tras nosotras.

—Nos traicionaste —gruñó Estefany.

—Ya sabemos lo que hiciste—se adelantó otra chica.

—Vendiste nuestra rutina a la escuela Monnet —Estefany colocó sus manos en jarras.

—No tienen pruebas —chilló, entre asustada y molesta.

Otra de las chicas tomó su grabadora y mostró un video de la conversación de Babette con una de las chicas de Monnet.

—Por votación ¡están fuera!

—¿Qué? —escupió estupefacta.

—¿Nosotras también? —chilló atónita la chica de ojos de pescado.

—Ustedes son sus cómplices —apuntó Estefany con su dedo en la frente de la chica.

—Yo no sabía que lo haría—volvió a chillar esta.

—Le dije que no era buena idea —se excusó la otra chica tras Babette

—¡Oigan! —chilló Babette ofendida—, callense, no crean que esto se quedará así.

—Querida, las ideas no te entran por el tinte—le dije—, están fuera—Bye —sacudí mis dedos hacia ella.

Y así el imperio de terror de Babette se sacudió y derrumbó.

Babette y las otras chicas salieron corriendo del comedor, mientras el resto de las chicas porristas festejaron su triunfo, de alguna manera comencé a sentir un poco de culpa.

Ya lo se, estaba mal, hacer esto frente a todos, pero, mi alma mala se regocijaba, mientras la parte buena me reprendía, con la vocecita de mi mana en mi interior diciéndome que estuve muy mal.

La campana sonó terminando la hora del almuerzo, hoy abría juego, así que, nuestra entrada fue perfecta. Justo antes de que saliera por el pasillo la figura femenina en traje de Chanel me cortó el paso, las manos en jarras.

—Phoebe—la voz chillona de mi tía Sophi sonaba algo irritada.

—¿Qué sucede? —pregunté inocente.

La tía sofocó un suspiro y negó con la cabeza.

—No puedes hacer este tipo de cosas frente a todos.

Mierda.

Entonces dos de los profesores se acercaron a mi tía, uno era el entrenador y el otro, Aidoneo.

—Temo decirte que estas castigada el primer tiempo del partido.

—¿Qué? —protesté —, tengo que apoyar a las chicas.

—Las podrás apoyar después, necesito que reflexiones sobre esta humillación pública que has planeado.

En realidad, no lo planeo yo, pensé.

—Profesor Rossetti—llamó la tía a Aidoneo antes de que desapareciera de su campo de visión —, necesito que reprenda a Phoebe, solo el primer tiempo del juego, después se unirá con el resto.

Puse mala cara, mientras Aidoneo fruncía el ceño.

—¿Tiene las llaves del salón detención? —estiró la mano hacia Sophi, esta comenzó a palparse sus costados y se llevó una mano a la mejilla.

—Las he olvidado en mi despacho —sopesó —¿Por qué no pone a mi sobrina a ayudarlo a acomodar su oficina?

Aidoneo enarcó una ceja, con las facciones endurecidas.

—¿A caso sabe limpiar, señorita?

Fruncí el ceño.

—Pruébeme —gruñí.

—Bien, debo atender a los visitantes—palmeó las manos mi tía y comenzó a caminar lejos de nosotros.

Aidoneo me guió en silencio hacia el ala de las oficinas de los profesores, la suya estaba demasiado alejada, y toda esa área estaba en silencio, todo mundo estaba en el juego.

Se adelantó para abrir su oficina y dejarme entrar.

Miré a mi alrededor, era una vieja oficina llena de libros apilados y amontonados, en una pared completa se estaba llenando con los libros, documentos, cuadernos y hojas de trabajo apilados por montones, una escalera pegada al librero justo donde se comenzaban a acomodar los libros.

—¿Estás remodelando?

—Desde que llegué esta oficina ha sido un asco, decidí acomodarla en mis tiempos libres.

—Ya veo —lo encaré, me estaba viendo fijamente, con algo de cautela y tención —, y bien... ¿Cómo luzco? —me giré mostrándole el uniforme llamativo y sacudí las coletas.

Trago en seco.

—Demasiado apetecible.

Solté una carcajada, un poco nerviosa también, el corazón me martilleaba por la adrenalina que comenzaba a correr por mis venas. Caminé hacia el escritorio y de un saltó subí hasta este, ¿Por qué no jugar un poco?

—¿Profesor? —lo miré con fingida inocencia —¿va a castigarme?

Aidoneo me miró fijamente, con las llaves de su oficina aun en la mano, miró por un segundo hacia la puerta y de una zancada cerró esta, en mi pecho mi corazón latía con fuerza y las palmas de mis manos se volvían frías por los nervios.

Estoy loca, estoy demente.

Aidoneo se acercó a mí con lentitud, midiendo el espacio que teníamos, no portaba su suéter negro de esta mañana, se lo había retirado, estaba en camisa blanca, pantalones beige y una linda corbata verde oscuro que hacía juego con sus ojos, no pude evitar mordirme el labio.

—¿Mereces acaso un castigo? —susurró con voz ronca.

Sonreí lentamente, estiré una mano hasta su corbata y tiré de él hacia mí, no había pasado ni veinticuatro horas cuando ya lo necesitaba, las manos de Aidoneo se posicionaron en mis rodillas y subiendo sus calientes manos hasta mis muslos, su tacto me estremecía, no podía ocultar el anhelo que su cuerpo me provocaba.

Nuestros labios se unieron, esta vez sentía todo salvaje, la adrenalina picaba por todo mi cuerpo por la posibilidad de que alguien nos pudiera encontrar. La urgencia de sus labios demostraba que sentía lo mismo, la adrenalina también cruzando por su cuerpo.

Sus manos temblorosas, se colaron por debajo de mi falda y me quitó a tirones aquel short. Coloqué mis manos hacia atrás para apoyarme en el escritorio, pero me topé con todas sus cosas, Aidoneo soltó un gruñido y tiró todo al suelo de un solo movimiento. Solté un gemido, podía sentir el poder salvaje que emitía y a mí me excitaba.

Regresó a besarme la boca, mordió mi labio y sofocó un jadeo, con un movimiento rápido me tomó por las caderas y me giró por sobre el escritorio para quedar de espaldas a él.

—Inclínate para mí —ordenó.

Sentía el pulso en mis oídos, sonreí de lo excitante que me ponía su voz demandante, me incliné hacia él, de esta manera, me sentía muy expuesta.

—Dijiste que querías que te castigara —se había inclinado hacia mí, porque sentía su aliento muy cerca, posó sus labios en una de mis nalgas y di un pequeño respingo —¿quieres que lo haga? —su voz sonaba como un ronroneo.

—Si —pedí con un gemido, me mordí el labio.

—¿Cómo se dice?

—Sí, mi profesor—gemí.

Sus manos calientes me acariciaron los muslos y después subieron hasta mis caderas bajando deliberadamente mis bragas y dejarlas a medio muslo, tomó mis nalgas entre sus manos con fuerza y después sentí como hundía la boca en mi entrada húmeda.

Solté un jadeo fuerte y apreté los labios para no gritar de placer, todas mis terminaciones nerviosas reaccionaron, de pronto, alrededor hacía mucho calor.

Su lengua acariciaba cada pliegue que le ofrecía, me sostuve del escritorio enterrando mis uñas con fuerza en este, me acariciaba tan deliberantemente que sentía la tensión de mi cuerpo y

entonces, en poco tiempo una explosión en mi vientre me hizo ver estrellas.

Sentí unos pequeños surcos de sudor en mi frente.

Escuché el sonido de su bragueta y después, se colaba entre mis piernas. Hizo que bajara mis caderas hacia el filo del escritorio.

Escuché un suave y delicioso jadeo cuando sentí que entraba en mi lentamente, tan lento que me daba vueltas la cabeza por lo placentero de ese suave movimiento. Me tomó por las caderas y comenzó a moverse; la oficina comenzó a llenarse de gemidos y jadeos contenidos, roncoss quejidos por mi parte. El labio inferior me dolía, tuve que soltarlo y apreté mis labios para no gritar.

—Eres tan deliciosa —susurró inclinándose en mi oído —, tan sabrosa —me mordió el lóbulo de mi oído.

—¡Ah! —me quejé en voz alta.

Soltó un gruñido, salió de mí de sopetón y me tomó en brazos, guiándome a trompicones sobre su sillón desgastado, hicimos a un lado los libros con rapidez, empujé a Aidoneo para que se sentara y me uní a él enseguida colocándome a horcajadas.

Me ayudó a acomodarme sobre él.

En cuanto mis labios inferiores tocaron su miembro echó la cabeza hacia atrás cerrando los ojos. Pude deleitarme con esa imagen, mis manos viajaron hasta mis pechos apretándolos, canalizando la abrumadora energía que sentía con todo esto.

Moví mis caderas contra él, ambos soltamos jadeos, cerré los ojos dejándome llevar, apresurando mis movimientos. Sus manos reemplazando las mías, acariciaron mis pechos con vehemencia, se inclinó para capturar mi pezón izquierdo con su boca y succionarlo volviéndome loca. Me sostuve de sus brazos hasta llegar a su cuello, enredando mis brazos en él, su cabello me hacía cosquillas la nariz, mientras sentía la fuerte succión en mi otro pecho, dolorosamente placentera.

—¡Ah, Aidoneo!

—Mi pequeña —susurró jadeante ahora en el hueco de mi cuello —. Estás tan caliente —me besó la clavícula —, tan estrecha —sentía su aliento jadeante en mi cuello.

Tomó mis brazos y los llevó tras de mi espalda, sosteniéndolos con una mano, de esta manera me exponía a él y con la otra, apretó mis caderas para acelerar mis movimientos, rebotando sobre él. Aprisionó mis labios entre su boca, abriéndose paso con su caliente lengua.

—Aidoneo—jadeé, tragando su saliva.

Gimoteé cuando sentí cerca el tan extendido tirón glorioso del orgasmo, salió de mí con rapidez y reemplazo magistralmente con su mano y yo hice lo mismo con la mía, aprisionándolo ahora, Aidoneo acariciaba mi botón mientras yo subía y bajaba en su miembro.

Hasta que exploté y sentí un calor en mi mano, ambos, sucumbimos al orgasmo tan fuerte que nunca.

Me desplomé en su pecho, empapándome de su sudor y su colonia, me rodeó con sus brazos y me apretujó con fuerza.

—Me haces delirar cada vez más —masculló acariciando mi espalda —. Me haces tocar el cielo cada vez que estoy contigo.

Sonreí ante lo cursi que sonaba, erguí la cabeza y lo besé lentamente.

¿Por qué no podía decirle cosas así?

Nos arreglamos la ropa y alistamos para salir hacia la cancha.

.

.

Al día siguiente, con un poco de cansancio arrastré mis pies hasta mi casillero, ayer no pude tomar mis cosas, después del partido las clases terminaron y regresamos a casa, donde, subí a mi habitación para quedarme dormida y no despertar hasta hoy en la madrugada. Esta vez sí me dio tiempo de tomar mi desayuno con calma.

Maniobré una pila de mis libros y cuadernos de ayer y perdí el equilibrio mientras alguien topaba conmigo y también tiraba sus libros.

—¡Auch! —solté tropezando sobre mis rodillas, la otra persona cayó de espaldas.

Levanté el rostro, Gabriel parpadeaba sorprendido por aquel tropezón, sus cosas se habían esparcido junto con las mías.

—Oh, lo siento mucho Phoebe—se apresuró a levantarse para ayudarme.

—Hum, no hay problema —me sobé mis rodillas.

—Lo siento de verdad —me besó las mejillas —¿lo compensaría con una salida mañana?

—Hum —sopesé —, hecho —le tendí la mano, pero tomó mi rostro y me dio un casto beso en la boca.

La campana sonó y nos apresuramos a recoger nuestras cosas, la siguiente clase era con la bruja de aritmética. Gabriel y yo nos marchamos apresurados, sin darme cuenta que no todas mis cosas regresarían a casa.

CAPITULO 26

LOS PLANES PUEDEN CAMBIAR

Pasee por mi habitación buscando que ponerme para ver a Gabriel, la ropa se acumulaba en mi cama.

El día anterior había pasado sin altercados, todo fue tranquilo, estuve alerta intentado escuchar algún rumor, algo que implicara a Aidoneo o a mí, pero no los hubo, y me sentí completamente relajada. Lo que no me relajaba, fue el hecho de no encontrar ropa.

Después de un largo rato, opté por una mini falda verde y un top blanco que se anudaba al cuello y dejaba al descubierto mi cintura, busqué mis zapatillas blancas de delgadas tiras.

Mientras intentaba arreglar un poco, dejando de lado el bulto de ropa, escombré un poco mi escritorio, y un ligero frío me recorrió la espalda, intenté negarlo, reprimiendo con todas mis fuerzas que esto no fuera cierto, busqué y rebusqué, en los posibles lugares donde guardé aquel cuaderno, pero no estaba, entonces, como un ramalazo, mi mente recordó el día anterior, cuando, se me había hecho tarde.

Entre esas cosas, cuando apurada metí las cosas en mi mochila, *o dios mío*, bueno, quizá se quedó en mi casillero.

Tranquila, me maquillé ligeramente y me arreglé el cabello en dos moñitos hacia atrás, tomé mi suéter a juego con la falda y un pequeño bolso blanco, me embroqué mis lentes negros en la coronilla y bajé a saltitos a la sala.

—¿Saldrás? —preguntó la voz de Aidoneo a mi espalda, estaba saliendo de la biblioteca.

Mierda, no le había dicho nada, espera ¿Qué? ¿Debía contarle sobre ello?

Suspiré y me volví lentamente, le sonreí despacio.

—Eh... si —me removí un poco incomoda —sa... saldré con Gabriel —me mordí la mejilla.

Me miró por un largo rato, serio.

—Está bien —dijo secamente.

El timbre de la casa sonó, había llegado Gabriel, pero, aun así, ninguno de los dos se movió de su lugar. Tragué despacio, sintiendo la garganta seca.

—Tal vez... podemos hablar de esto... cuando vuelva —expliqué.

Ahora su semblante cambio, un poco dolorido y un poco molesto, se acercó a mí lentamente.

El timbre volvió a sonar, Aidoneo quedó a centímetros de mí, tuve que levantar la cara para verlo a los ojos.

—Júrame que no te acostarás con él.

La intensidad de sus palabras me pareció intimidante, di un paso hacia atrás, Aidoneo deslizó un brazo posesivo por mi cintura y me atrajo hacia él con la fuerza suficiente para quitarme el aliento, me besó con intensidad y salvajismo.

Protesté un poco, su colonia me envolvió y sus urgentes labios pidieron que cediera, como si estuviera sedienta de sus jugosos labios me dejé llevar por la pasión del momento. Me apretó de la cintura pegándome a su pecho y elevándome hasta él, su lengua se abrió paso, mi cabeza daba vueltas, que no me di cuenta cuando el timbre sonó de nuevo y entonces todo se fue a la mierda.

—¿¡Que están haciendo?!

Como si un balde de agua fría, un shock eléctrico me atravesase rápidamente, empujé a Aidoneo lejos de mí y ambos, vimos, a Blanche mirándonos confundida y molesta.

—¡Nana! —chillé —, pu...puedo explicarlo.

—No, yo debo explicarlo —protesto Aidoneo.

—Es que... —negó mi nana horrorizada— ¿en qué rayos están pensando?

—Nana, por favor... te explicaré todo, pero—sofocada miré hacia la puerta —, pero debo irme ahora —salí corriendo hacia la salida escuchando los gritos de protesta de mi nana, tiré de la puerta.

—Hol...

—¡Vámonos ahora! —tiré de la mano de Gabriel hasta su auto, se apresuró a meternos en un nuevo deportivo y arrancó a toda prisa justo cuando Blanche salió de casa gritando mi nombre.

Gabriel salió de la villa con rapidez y no paramos hasta llegar a los límites de pueblo, donde bajó la velocidad.

—Me gusta tu nuevo auto.

—Gracias —sonrió anchamente, me gustaba su sonrisa —, padres compensando la ausencia otra vez.

Solté una risotada.

—Lo comprendo por completo.

Trasparamos el pueblo y continuo hacia Marsella, donde, mucho antes de llegar, estacionó el auto frente a un lago.

—Llegamos —sonrió anchamente.

Miré hacia el lago.

—¿Aquí?

—Sí —salió del auto y lo rodeo para ayudarme a bajar.

—Debí haber traído otros zapatos.

—Me gustas con zapatillas, pero —me tomó en brazos y protesté soltando una ligera carcajada —, esos lindos zapatos pueden estropearse ¿no?

Cuando nos acercábamos más, justo bajo un árbol había puestas una manta y una canasta arreglada, había un par de tipos trajeados custodiando el lugar. No era difícil comprender que eran guarda espaldas, dado que yo tenía uno y sabía como lucían.

—Hum... ¿Quiénes son ellos?

—Tranquila, ellos nos cuidaran aquí... bueno, a lo lejos.

En cuanto llegamos, Gabriel me dejó en el suelo con delicadeza.

—Gracias chicos —despacho a aquellos hombres quienes se alejaron sin decir nada, miré a Gabriel interrogante —, ya lo sé... es algo abrumador, pero mi padre ha estado algo paranoico últimamente.

—Lo entiendo —y lo entendía, sentí lo mismo cuando el grandote me custodiaba.

Nos sentamos en la manta y me miró fijamente.

—¿Qué? —ladee la cabeza.

—¿Quieres hablar sobre lo que paso en tu casa?

—En realidad no —me froté el brazo.

—Está bien, cuando quieras hablar, cuenta conmigo.

—Gracias.

—Bien, esta vez, yo preparé la canasta —sonrió anchamente, orgulloso y la abrió—, excepto por los refrescos —se encogió de hombros —. Tengo fresa y uva.

—Fresa por favor.

Destapó aquel refresco y me lo tendió, le di un trago.

—Esta delicioso.

Se inclinó un poco hacia mí.

—¿Puedo probarlo? — me miró coqueto, me sonrojé, me incline hacia él y lo bese, sus labios eran diferentes, demasiado diferentes a los de Aidoneo.

Gabriel tenía algo tierno en la forma de besar, no había contención, sin embargo, me gustaba sus movimientos, era como si, de verdad, disfrutara del momento.

Después, se separó lentamente, con un brillo especial y una ancha sonrisa, así, era muy guapo, demasiado deslumbrante.

—Hice unos deliciosos sándwiches de tocino... hum, vi la receta en un libro de cocina — completamente alagada tomé aquel sándwich —. De postre helado de chocolate —tomó una pequeña hielera y la abrió para que viera las copas llenas de helado, le di un mordisco al sándwich que olía delicioso —, traje un poco de uvas, un mango.

—Hum, delicioso.

—Y como entretenimiento —sacó de la canasta, un delgado objeto, abrí los ojos asustada y me atraganté un poco con el sándwich.

Se apresuró a auxiliarme, me tendió el refresco y le di un trago.

—¿Cómo...? ¿cómo encontraste mi cuaderno? —frio recorrió mi espalda.

—Lo lamento, no quise abrumarte así —sonrió despacio —, ayer, cuando nos topamos, tomé por accidente tu cuaderno.

Comencé a sentirme nerviosa, las palmas de mis manos se humedecieron con sudor frío.

—Ajá... y tú... ¿lo leíste? — me miró fijamente —¡Mierda!

Me cubrí el rostro, ¿Qué acaso este sería mi día fatal?

—Solo... contesta una cosa —no lo miré —¿de verdad quieres huir?

Me froté las sienes, completamente afligida, y lo miré.

—Si —admití avergonzada, estiró la mano para tomar la mía —, por favor, te lo ruego, no se lo cuentes a nadie.

Abrió la boca un poco, pero después la cerró pensándoselo mejor, sonrió tiernamente.

—No lo hare —contestó con un hilo de voz. Eso, me alivió un poco —con una condición.

Abrió los ojos sorprendida.

—¿Cuál es?

—Huyamos juntos.

CAPÍTULO 27

DONDE TÚ VAYAS

Los nervios se apoderaban de mi cada vez más.

¿Qué podía decirle a Blanche?

“Lo lamento, nana, pero estoy loca por mi profesor”

Bueno, no era un mal argumento y era la verdad.

Hice que Gabriel me dejara en la entrada de la villa y caminé el resto del sendero reflexionando sobre lo que diría y lo que pasaría.

La charla con Gabriel me había dejado esperanzada, pero también nerviosa, el cuaderno estaba resguardado en mi bolso el cual aferraba con fuerza.

Las luces de la casa estaban encendidas y parecía siniestramente silenciosa, entonces, reparé en aquel mercedes negro y todo mi cuerpo se puso en alerta, los nervios hirvieron bajo mi piel, no podía ser.

Mis padres estaban aquí.

Con manos temblorosas tomé el pomo de la puerta y entré.

Silencio, todo estaba en silencio.

¿Por qué se ponían tan melodramáticos con algo que podría sucederle a cualquiera?

Entonces me dirigí a las escaleras y comencé a subirlas.

—Phoebe—la voz neutral de mi padre me llamó desde la sala —, ven aquí.

Un escalofrió me recorrió la espalda

La sentencia de muerte estaba a punto de comenzar, bien, si me iba a ir, que mejor que cortar todos los hilos de una buena vez.

Caminé lentamente a la sala, asomándome casi cómicamente, en la sala estaban mis padres sentados juntos en un sillón, mientras que Aidoneo se mantenía frente a ellos, me parecía la escena de una película de crimen donde la sentencia de muerte estaba a punto de comenzar, el acusado, Aidoneo, estaba a punto de presenciar sus últimos minutos.

Blanche se mantenía callada tras mis padres, de pie como un testigo.

—Ho... ¡hola! —saludé nerviosa —¿Cuándo llegaron?

Mi madre, irritada me miró con los brazos apretados en su pecho.

—No tienes ningún descaro, Belle—bramó ella y se levantó de su asiento —¿Dónde estabas?

Fruncí el ceño, odiaba cuando intentaba hacer eso.

—En un lugar que no te importará.

Se acercó a mi furiosa.

—Deja de ser sarcástica y contesta, niña.

—Mejor dicho ¿Qué hacen ustedes aquí? —exigí enfurecida —, no los he visto desde... ¡Ah! Casi nunca, yo exijo que me digan, ¿Qué demonios hacen aquí?

—Jolie—demandó mi padre —, siéntate — mi madre retrocedió hasta tomar su lugar —. Phoebe ven aquí.

Exasperante, me acerqué a ellos, Aidoneo levantó la mirada, parecía perturbado y algo cansado, me miró con un poco de ¿ilusión?

Mi padre suspiró.

—Te hemos dado todo —comenzó a decir él—, alimento, vestido, caprichos —me miró fijamente —. Regresamos del viaje de negocios para darte una sorpresa de estar contigo y ¿Qué

recibimos? —la furia lo carcomía —¿Qué has estado haciendo? meterte con un profesor como si fueras... —no terminó la frase.

—No permitiré que la llamé de esa forma —habló altanero Aidoneo, enfrentándose a mi padre.

—Tú no tienes ningún derecho a hablar, así que cállate.

Sopesé un poco las palabras de mi padre, algo en mí sintió la ironía creciendo y no pude evitar soltar carcajadas.

—Este show ¿es por eso?

El rostro estupefacto de todos me parecía una caricatura, supongo que no puedo tomarme esto en serio.

—¿De qué...?

—¿Por qué diablos arman todo este lío? —lo reté —¿están champándome todo lo que he consumido desde siempre? Esto es demasiado estúpido ¿saben? Ustedes solo tienen hijos de adornos

—Es suficiente —mi madre se levantó abruptamente y me dio una bofetada.

El picor en la mejilla se hizo presente.

Aidoneo se levantó rápidamente para rodearme protectoramente por los hombros y atrayéndome hacia él.

—Ya no sé qué hacer contigo —chilló mi madre —, eres una inmadura y tonta que intentas llamar la atención de todos ¿Qué es lo que quieres? Te hemos dado de todo, no tienes respeto por nada, no respetas esta casa, no te respetaste a ti misma cuando te enredaste con este don nadie —lágrimas de amargura surcaron su rostro —, no sé qué hice para merecer esto.

Con la mano aun en la mejilla la enfrenté nuevamente, me retiré el cabello de la cara y me erguí, sintiendo el apoyo de Aidoneo en silencio.

—Si hablamos de madurez, madre, creo que soy más madura que tú, he tenido que tomar decisiones en mi vida, de las cuales tu nunca te has enfrentado, yo no te pedí nacer

—Basta es suficiente —ahora se levantó mi padre, dirigiéndose hacia Aidoneo, me coloqué frente a él, en un burdo intento de protegerlo. Aidoneo enfrentó a mi padre—. Tú, empacarás tus cosas y te irás de esta casa a primera hora —tenía la mandíbula tensa—. Y tú también empacarás tus cosas, te mandaremos al internado para señoritas en Alemania.

—Yo misma me encargaré de destruir esa miserable carrera tuya —amenazó mi madre a Aidoneo apuntándolo con su dedo.

—Señora...

Aparté con fuerza la mano de mi madre de él.

—Tu eres la única inmadura aquí —la voz me temblaba de mi ira contenida —, intentas destruir la carrera de la única persona a la que le he importado hasta ahora

—Belle...

—Puedes echarlo de esta casa, pero si intentas quitarle el sustento de su vida, entonces tú eres la irracional

—Deja de defenderlo, ¿Qué no lo entiendes? Este tipejo te ha corrompido y quien sabe a cuantas más.

—Señores Chevallier—comenzó a decir Aidoneo calmado —, entiendo lo que he hecho, aceptaré sus ofensas y sus peticiones, solo quiero que sepan, que su hija no es ninguna tonta, ni inmadura. Ella es la persona más inteligente y perspicaz que he conocido en toda mi vida y la amo —hizo una pausa para sonreírme tranquilamente. A pesar de estar siendo amenazado por quitarle su carrera, solo pensaba en mí—. Si su intención es separarnos, adelante, pero nada ni

nadie me impedirá separarme de ella, la buscaré siempre, es un juramento.

El semblante de mis padres palideció por completo, mi madre se tumbó en el sillón. Mi padre, con un movimiento rápido tomó por las solapas de la camisa a Aidoneo preparándose para atazarle un golpe, de inmediato me interpuse entre ellos.

—Suéltalo —empujé a mi padre.

—Dame un motivo para no partirle la cara.

Tragué en seco y miré fijamente a mi padre a los ojos.

—Porque es el hombre a quien amo.

Me sentí sofocada, no era algo que tenía planeado admitir en voz alta, pero, ahora, al ver a mi padre y su reacción sabía que de alguna manera me había creído.

—Largo de mi vista —rugió hacia Aidoneo.

—Ve —le indiqué, renuente, me tomó de la mano, la apretó entre las suyas.

—No voy a dejarte.

—Quiero hablar a solas con ellos—apreté su mano—, todo estará bien

A regaña dientes se alejó un poco, unos nervios terribles se apoderaron de mí de pronto, al sentirlo lejos—. Espera.

Sali disparada sin importar las protestas de mi padre, me lancé a los brazos de Aidoneo y le di un beso rápido.

—Lo arreglaré.

—No tienes que hacer algo que no quieras.

Busqué mi voz.

—Te amo—le dije anelante.

—Phoebe Chevallier, ven aquí—bramó mi padre.

—Te amo—masculló.

Lo dejé irse.

Regresé para con ellos, con la cabeza en alto.

Blanche intentaba consolar a la dramática de mi madre. De alguna manera, me sentí traicionada por ella, en realidad, no me debía ninguna lealtad y tampoco es que se hubiese callado esto para siempre si sabía que no era lo correcto.

Pero aun así, me dolía.

—Estoy decepcionado de ti, Phoebe—mi padre no retiraba la mirada de mí, aspero, frío—. No cambiaré mi decisión sobre ti.

—Y yo no cambiaré mis palabras —me erguí altanera—. Pueden llevarme hasta donde quieran, pero en cuento cumpla la mayoría de edad, me largo.

—Si te vas, te desheredaremos, no obtendrás nada para ti ni para ese pobre mediocre —bramó mi madre.

Inhalé lentamente.

—No lo necesitaré.

—Empaca tus cosas —dijo seriamente mi padre—. Te irás a primera hora.

Los miré fijamente con decisión, la mirada que Blanche me dedicó era afligida y llena de culpa.

Salí de aquella sala y subí a mi habitación, el cuerpo me temblaba un poco y el corazón me palpitaba con miedo, la puerta próxima se abrió de un tirón.

Aidoneo se quedó paralizado en el umbral, para, en segundos, rodearme en un fuerte abrazo.

—Lo lamento —susurró en mi nuca—, lo lamento tanto.

Le devolví el abrazo con fuerza, enterrando el rostro en su pecho, fue entonces cuando me

sentí derrumbar y comencé a sollozar.

—Yo —titubee —, no quiero perderte.

—No lo harás... donde quiera que tú vayas, yo te buscaré y te encontraré así sea lo último que haga.

El pecho me dolía, sentía un enorme nudo en la garganta.

.
. .

Cerré la mochila con el corazón en un puño, deposité las tres cartas en mi escritorio.

Abrí mi puerta con sigilo solo lo suficiente para poder salir, me escurrí por el pasillo hasta la puerta de Aidoneo, conteniendo la necesidad de abrir y besarlo por última vez.

Pero contra todas mis emociones, deslicé la carta por debajo de su puerta, regresé a mi habitación, me enfundé en mi abrigo, tomé mi mochila y me escurrí por el balcón.

Eran apenas las primeras horas de la madrugada, todo mundo estaba descansando, era fin de semana y los guardas no regresarían hasta el lunes, escalé entre las rejillas de las enredaderas de la pared de mi balcón hasta llegar al suelo sana y salva.

Le eché una última hojeada a todo y después, salí corriendo lo más rápido que pude hacia el sendero y llegar a la zona de descarga, tomé una de las bicicletas de los trabajadores y crucé el campo a toda velocidad.

La luz de la luna me guiaba hasta la entrada de la villa, donde, como un espectro inmóvil, Gabriel me esperaba, sofocada llegué hasta él.

—Creí que te arrepentirías —me dijo aliviado.

—Fue difícil dejarlo —admití con el nudo en la garganta.

—Entiendo.

Gabriel me ayudó a subir la bicicleta en la cajuela de aquel auto desgastado, nos metimos a este con prisa y arrancó acelerando dirigiéndonos a Marsella y nunca más regresar.

.
. .

Gabriel descansaba junto a la ventana del tren, cruzábamos ya varios kilómetros lejos de Marsella.

—¿No piensas dormir? —preguntó sin abrir los ojos.

Solté un suspiro.

—Dormiré hasta lleguemos a Licuria.

Sonrió anchamente y abrió los ojos.

—Tal vez ya en Génova encontremos nuestro destino.

Miré hacia la ventana, abrazándome el torso.

La tarde anterior con Gabriel le conté lo que sucedía, de alguna manera confié en él y él en mí, la parte más difícil fue decirle la verdad acerca de Aidoneo, él me había sonreído comprendiéndome.

Se había encogido de hombros tranquilamente.

—Creo que lo sospechaba un poco —contestó cavilando —. No fue por ti... me pareció que él sentía algo por ti cuando intentó golpearme—se rió ligero—. Se que un hombre enamorado hace estupideces, incluso si es golpear a su alumno.

—Lamento eso —le contesté un poco avergonzada —, y la verdad es que siento algo por él, le dije que... que lo amaba.

Gabriel soltó un suspiro largo y tendido.

—A veces el amor no es suficiente para poder quedarnos.

Lo miré fijamente y comprendí entonces que mi decisión ya no tenía titubeos.

Regresando al presente, recargué mi cabeza en el respaldo del sillón de terciopelo desgastado, de aquel tren.

—Nunca me arrepentiré de esto —dijo él, lo miré de soslayo. Él tenía la mirada fija en el paisaje de las altas montañas lejanas, apenas esclareciéndose por el amanecer próximo.

—Yo tampoco me arrepentiré —me mordí el labio—. Estoy muy nerviosa.

—También yo.

Gabriel se removió de su lugar y se pasó a mi sillón, pasó un brazo por mis hombros y me atrajo hacia él para reconfortarnos mutuamente.

Gabriel y yo compartíamos la misma circunstancia principal de huir de casa. Padres ausentes, poca atención, obligaciones y presión para hacer algo que no quisiéramos. Para Gabriel, su mayoría de edad estaba a pocas semanas, para mí, aun a un par de meses.

Bastó solo escurrirme a media noche para llamarlo y decirle que las cosas se debían hacer ahora, él no titubeo.

Gabriel ideó la parte de la huida de mi casa al pueblo, había tomado las llaves del auto del jardinero aprovechándose de su estado de ebriedad, sus padres no estaban y los guardias terminaban sus rondas a las diez de la noche, pero había un vigilante de las cámaras de seguridad, así que cuando vio el auto del jardinero no hizo nada para negarle el paso, así, Gabriel espero fuera de la villa hasta que nos encontramos.

En cuanto llegamos a Marsella tomamos la bicicleta para dejar el auto en un estacionamiento de hotel, continuamos el recorrido en bici hasta la estación de trenes y comprar cuatro tickets a distintos lugares, para solo quedarnos el de Licuria y llegar a Génova al amanecer.

Lo cual estaba por suceder.

Una hora aproximadamente llegamos a la estación, nos pusimos alerta para saber si ya nos buscaban, pero al parecer no era así.

Antes de viajar a Génova, nos surtimos en una tienda, compramos unas tijeras y un tinte oscuro, después buscamos una posada para poder pintarnos el cabello, pero antes, tuve que cortarle el cabello, como pude y lo poco que había puesto atención cuando iba al salón.

—Nunca había hecho esto —soltó una risa Gabriel en cuanto se vio al espejo con la sabana anudada al cuello para que no lo manchara —no me puedo imaginar peli negro.

Con los guantes de plástico removí la mezcla.

—Jamás he pintado el cabello, así que no seas exigente —lo miré a través del espejo—. Tendrás que aprender para ayudarme después.

Comencé a untarle el tinte siguiendo las instrucciones, con un poco de miedo le unté en las cejas. Entre risas Gabriel comenzaba a verse diferente.

Después prosiguió a ayudarme, cerré con fuerza los ojos viendo por última vez mi cabello, después de lo que hice con él, Gabriel aprendió rápido y en poco tiempo ambos nos veíamos como personas completamente diferentes.

—Me siento un poco gótico —dijo sacudiéndose el cabello y acomodándolo en broma.

Salí del baño secándome el cabello con una toalla y aproximándome al espejo, me miré con sorpresa. Mi cabello descansaba a la altura de mi cuello, en puntas, ver el cabello oscuro era como si fuese otra persona, mis ojos resaltaban más, con el corazón palpitándome fuertemente, tomé de nuevo las tijeras y el cepillo, me eché un poco de cabello hacia adelante y comencé a cortarlo a la altura de mis ojos, debía cubrirlos.

—¿Qué haces? —Gabriel me colocó un brazo en el hombro, preocupado.

—Mis ojos —susurré con manos temblorosas —, pueden reconocermme por mis ojos —terminé de cortarlo y sacudí el resto, por ahora, los ocultaba un poco.

—Belle—Gabriel me atrajo hacia él —, tranquila, encontraremos una solución para ello.

No perdimos mucho tiempo, juntamos toda la evidencia de nuestra breve estancia en la posada, metimos las cosas en una bolsa de plástico y dejamos la habitación tan rápido como pudimos. Dejamos la basura en un contenedor cercano y mientras intentábamos buscar el mercadillo encontramos a nuestro paso una pequeña óptica, aliviada corrí hasta ello, compré unos del mismo color que los de Gabriel para pasar desapercibidos como hermanos.

—¿Cómo luzco ahora?

—Hey, creo que eres mi gemela perdida.

Después de ello, buscamos el mercadillo, siguiendo mi plan inicial, de viajar con los mercaderes. Le pagamos una buena cantidad a un hombre con su esposa que vendían sandias y accedieron a llevarnos a su ruta.

Llegaríamos a Savona, Génova en una hora.

—¿No crees que Génova está muy cerca?

—Me leíste la mente —asintió él, mientras intentaba acomodarse entre las pesadas sandias — ¿tienes el mapa?

Asentí y saqué el mapa que había ocultado hace mucho en mi habitación.

—¿Por qué trazaste esta ruta? —señaló la línea que había hecho de Génova hasta Nápoles.

—Hum... ¿me creerías si te dijera que lo vi en un sueño?

—Ya nada puede sorprenderme —sonrió anchamente y se pasó una mano por el cabello — ¿Qué soñaste?

Suspiré y miré hacia la lejanía de la carretera soleada.

—Soñé a una yo del futuro que me decía que estaba haciendo lo correcto, que iba por buen camino, tenía una casita pequeña en la playa...

—La playa...podríamos quedarnos en La Spezia, Livorno, Grosseto ¿por qué Nápoles?

Me encogí de hombros.

—Nunca he ido a Nápoles.

Gabriel asintió, dándose cuenta.

—Rosseti es de Nápoles —concluyó —. Espero que te encuentre.

—Dijo que lo haría.

Me rompe el corazón tener que escribir esta carta, pero es algo que ya no puedo retrasar.
Me agobia demasiado seguir unida a esta familia, no puedo seguir un minuto más en esta casa,
estoy perdida cada vez más y me hundo en un profundo abismo que se abre bajo mis pies.
No sé a dónde voy y tampoco me importa, pero, sé que lo hago para buscar al fin mi felicidad.
Te amo, créeme que lo hago, te amo tanto que tengo miedo de admitirlo y que el sentimiento
me consuma sin saber qué hacer con ello, te amo, pero no es suficiente.
Quiero buscar mi camino, encontrar mi destino y saber quién soy en realidad.

Dejarte me duele demasiado, y sé que te sentirás igual que yo, no quiero que te sientas
culpable, no lo eres, no es tu culpa, mi decisión estaba tomada antes de conocerte.
Tú convertiste estos últimos meses en un sueño maravilloso.
Usted y yo, coincidimos en esta vida, sin expectativas, sin miramientos, sin aviso. Lo que
hemos vivido, no se olvida tan fácilmente.
Te voy a amar, aunque no tenga permiso, aunque no tenga derecho.
Por que nuestra historia jamás se borrará.
Por favor cumple tu promesa.
Te ama, Phoebe.

CAPÍTULO 28

NUEVO BATMAN

Cuatro años después.
Nápoles, 2001

Me pasé una mano húmeda por la frente.

Hacia un poco de calor a pesar de ser las diez de la mañana; tomé el cesto de ropa y salí al jardín para tenderla.

—¿Puedo sostener las pinzas?

La pequeña vocecilla provenía de la cocina, se estiró para abrir la puerta de la cocina que daba hacia el jardín.

—Claro, amor —maniobré la canasta y tomé su mano para ayudarlo a saltar los escalones.

Llegamos hasta el jardín y deposité la canasta en el suelo.

—¡Si! —saltó y se zafó de mi agarre —¡soy el héroe de mami! —corrió a mi alrededor, se había puesto su capa de Batman, su favorita.

Lo contemplé con ternura, mientras saltaba y revoloteaba su capa, él había cambiado por completo mi vida.

La noticia de su llegada nos había preocupado a Gabriel y a mí, mientras huíamos.

En cuanto Gabriel y yo llegamos a Nápoles nos dedicamos a trabajar en pequeños restaurantes de una pareja de abuelos. Teníamos un pequeño departamento que estaba casi por derrumbarse, pero, no nos quejábamos, éramos libres.

Aquellos abuelitos nos vieron como si fuésemos sus hijos y sintieron un poco de lastima por nosotros, sin dudarlo nos vendieron una pequeña casita que había sido de ellos y sus hijos, pero cuando sus hijos salieron de casa y se casaron la casa era muy grande para los dos y se mudaron al restaurante.

Poco después, me enteré que estaba embarazada.

No mentiré, el enterarme me dio alegría y miedo, mucho miedo.

¿Qué hacían dos jovencitos con un recién nacido?

Pese a que trabajamos mucho y día con día preparábamos las cosas para la llegada del bebé, nos aterraba saber que no estábamos lo suficientemente preparados para esto y también, con el temor de que algún día nos encontrarían.

Pero, la preocupación pasó a segundo término cuando lo sostuve en mis brazos por primera vez.

—Está bien, vamos héroe mío, dame las pinzas.

Hace un año la pareja falleció naturalmente, dormían cuando a ambos tuvieron un ataque al corazón, tenían más de cincuenta años juntos. Para mí, su muerte fue romántica y trágica, no tenía ningún sentido vivir el uno sin el otro.

A veces me ponía melancólica.

Gabriel y yo, con nuestros ahorros, compramos aquel restaurante pequeño a los hijos de la pareja. Ahí Gabriel descubrió sus cualidades culinarias y yo mi linda presencia y mi carismática paciencia para servir las mesas, nuestros conocimientos en etiqueta nos ayudaron. Tomamos algunos cursos sobre administración y sacamos a flote aquel restaurante. Ahora se ha convertido una de las mejores terrazas de Amalfi, por su vista.

Parecía que la llegada de Dony nos brindó mucha suerte.

—Mami ¿el tío Gabriel comprará mi muñeco de Batman?

—¿Él te dijo eso? —le pregunté mientras sacudía una manta casi seca.

Levantó su meñique.

—Hizo pinki.

Solté una risilla y me agaché para besarle la cabecita llena de risos castaños.

—Si hizo pinki entonces lo hará.

Saltó de felicidad.

—Mami es mi cumpleaños, es mi cumpleaños.

—Claro que lo es, amor.

—¿Y mi fiesta?

—Mi amor, primero vamos a terminar de colgar la ropa y después vamos a comprar las cosas para tu fiesta y tu pastel.

Abrió los ojos como platos, el corazón me iba a explotar, se parecía tanto a su padre.

—¿De chocolate?

—Y chispas —le pellizqué la nariz.

—Y duraznos —pidió alzando los brazos.

Asentí.

—Si —sonrió traviesamente, no pude contener la risa. Sabía que, de alguna manera, pagaría algunas cosas que había hecho en el pasado, esa sonrisa traviesa era la misma que yo hacía —. Quiero grandes duraznos

Aidoneo Jr., mejor conocido como Dony, nació hace cuatro años, en un día soleado como hoy; sentía tanto miedo, hasta que lo vi, pequeño y regordete entre mis brazos, tan vivaracho, tan parecido a él. Cuando nuestros ojos se anclaron por primera vez, sucedió la magia, entonces supe que, todo iba a estar bien.

Gabriel cuidaba de nosotros, siempre ha estado a mi lado, se convirtió en el mejor tío del mundo. Ambos hemos soportado las noches en vela, las arduas jornadas en el nuevo restaurante convertido en terraza, lo llamamos “Lavanda”

Criar a un pequeño que estaba por cumplir cuatro años y no morir en el intento, ha sido un reto demasiado avasallador, sobre todo cuando es un pequeño demasiado travieso y que nunca se le acababa la batería. Cuando Dony se despertaba por la madrugada, era solo para ir a la habitación de su tío y platicar hasta que de nuevo lo vencía el sueño. Gabriel ha sido el mejor.

Terminamos la ropa y regresamos a casa para salir a comprar lo necesario para el pastel.

Amaba mi vida ahora, una casita que daba a una vista hermosa en la costa, en un pueblo maravilloso, lleno de color y gente agradable; podíamos caminar mi hijo y yo sin problemas.

Antes de que Dony naciera, Gabriel y yo buscamos a alguien que nos ayudase a cambiar nuestro apellido lo más pronto posible. Por suerte la parejita de abuelitos nos vindraron la disponibilidad del apellido de soltera de la señora y cómo era un matrimonio respetable aquí, bueno, nos ayudaron mucho. Ahora éramos Gabriel y Belle Ricci, conocidos por ser los sobrenos de la señora Ricci. No necesitábamos pasaportes, nuestra vida en Amalfi era maravillosa ¿Por qué dejarla?

Llegamos a la pequeña placita, la tienda de frutas de la señora Alfonsina, una pequeña mujer, entrada en los cincuenta, de cabello corto y blanco. Gabriel y yo habíamos acudido a ella, cuando Dony nació, Alfonsina nos había ayudado tanto que la encontramos parte de nuestra pequeña familia, aunque ella no sabía del todo nuestra historia.

Dony la veía como una abuelita.

—Buen día Belle—saludó Alfonsina —. Hola, *bambino piccolo*—(niño pequeño)

—Hola, *nonna* —(abuela) Dony saltó hacia ella —. A que no adivinas que día es hoy — canturreó, y después saltó hacia mí, Dony se colgó de mi mano y se abalanzó sacudiéndome, tuve que afirmar mis pies.

Alfonsina hizo como que pensaba, siguiéndole el juego a mi hijo.

—¿Es el día de Batman?

Dony soltó risotadas.

—No, nonna ¡es mi cumpleaños!

Alfonsina se pegó en la frente haciendo drama.

—¡Es tu cumpleaños! —negó con la cabeza —. Soy una mala nonna ¿Cómo lo pude haber olvidado?

Dony se detuvo en seco y comenzó a hacer puchero.

—¿Lo olvidaste, nonna?

Alfonsina soltó una carcajada.

—¿Cómo voy a olvidarlo? ¡Es el mejor día de todos! —Alfonsina rebuscó entre su mandil y sacó una paleta enorme de colores adornada con un moñito azul.

Alfonsina se agachó a su altura y le tendió la paleta.

—Toma, es para Batman.

—Yo soy Batman —saltó de mi brazo y corrió a los brazos de Alfonsina —. Gracias, nonna —le comenzó a dar besitos en la mejilla.

—Muchas gracias, Al —le dije sonriéndole anchamente.

—Oh, no es nada, sabes que ustedes son muy apreciados para mí —tomó a Dony entre brazos —. Más este pequeñín revoltoso, ¿Qué serían mis días sin este tremendo huracán?

¿Cómo sería mi vida sin Dony?

Ahora me horrorizaba pensar en un mundo donde él no existiera, esa sonrisa tan parecida a la mía y esos ojos que siempre me recordarían a su padre, mi Dony era perfecto.

—Mami, allí están los duraznos —señaló Dony una caja llena de duraznos.

—Está bien, ve, toma unos cuantos.

—Nonna, ¿vendrás a mi fiesta?

—Jamás me la perdería

Dony saltó hacia la caja de duraznos y comenzó a escoger los que más le gustaban.

—¿Duraznos? —preguntó ahora quedito Alfonsina hacia mí.

—Son la novedad —le conteste, escogiendo un par de grandes naranjas —. La semana pasada fueron los kiwis.

—Sí, lo recuerdo.

Ambas soltamos pequeñas risas.

—Te esperamos en un rato —le dije a Al.

Mi pequeño huracán y yo terminamos de hacer nuestras compras y después de haberlo mareado por el parquecillo y recorrer el mirador hacia la costa, donde corría como un loco de aquí para allá, nunca se le acababa la batería. Regresamos a casa, Gabriel y su actual novia Stella habían adornado nuestro pequeño jardín con globos y una mesa de comidas.

Dony gritó de la emoción y corrió a abrazar a Gabriel.

—¡Aquí está mi pequeño muchacho! —Gabriel lo arrojó por los brazos como siempre que lo veía y lo abrazó después.

—Es mi fiesta, tío, es mi fiesta —Dony reía eufórico.

—Claro que lo es, pero hay una cosa más —Gabriel le susurró al oído algo, Dony frunció el

ceño.

—¿Tengo que hacerlo?

Gabriel asintió sonriéndole.

—Tienes que hacerlo antes de que vengan los invitados.

—Está bien —Dony saltó de los brazos de Gabriel y corrió hacia mí —Vamos, mami, vamos.

Le susurré un “gracias” a Gabriel antes de meterme a la casa y comenzar con el torbellino del baño.

Después proseguimos al cambio de ropa, a Dony no le gustaban los disfraces, pero amaba ponerse la capa de Batman, así que le coloqué una remera negra con el estampado del símbolo de Batman, el overol negro y sus converse.

—Tengo tu regalo, mi amor —canturree tomando la caja, que semanas antes había escondido muy bien, Dony saltó sobre la cama.

—¿Qué es? ¿Qué es?

—Ábrelo —le sonreí.

Depositó la caja frente a él, con deditos torpes, pero decididos arrancó el papel morado que envolvía la caja y la abrió. Soltó un gritito.

—¡Otra capa, mami! —saltó de nuevo sobre la cama —¡pónmela, mami, ponla!

—¡Ya voy, ya voy! — le embroqué la capa y el antifaz—. Estás listo

—¡Si, soy Batman de nuevo!

—Bien, mami tiene que cambiarse, ¿Por qué no vas a ayudar a tío Gabriel?

—Si ¿puedo adornar?

—Claro

Dony se abalanzó sobre mí y me abrazó por el cuello apretándome con la fuerza de sus bracitos.

—Te amo, mami.

Mi pecho se agrandó a sobre manera y unas pequeñas lagrimas se asomaron, lo apretujé contra mí, aspirando su lindo aroma.

—Yo también te amo, bebé, mami te ama muchísimo.

CAPÍTULO 29

DEVUELTA A LA VIDA

Desde la ducha escuchaba el timbre que anunciaba la llegada de los invitados, los vecinos y sus hijos un poco mayores que Dony, Alfonsina y el dueño de la tienda de la esquina, el señor Flavio.

Escuché como la música comenzó a sonar y los gritos de los niños que empezaban a cantar, al parecer todos ya habían llegado.

Me embroqué el lindo vestido midi rojo a rayas blancas.

Desde que Dony nació mi cuerpo ahora es diferente, es como si la segunda pubertad me hubiese arrollado de nuevo, bueno, el embarazo fue un manojo de hormonas, y la lactancia aún peor. Aunque agradezco un poco haber amamantado, mis pechos ahora son una repisa y cada que Dony no me veía me coqueteaba a mí misma en el espejo.

Ahora el vestido me aprieta un poco los pechos.

Sabía que para muchas mujeres el embarazo era como tanto cambios buenos y malos, y que cada mujer experimentaba todo de diferente manera, a mí, me dio un par de centímetros más, puedo alcanzar la alacena de puntillas, me rellenó el cuerpo, ya no soy una escuálida chiquilla.

Me embroqué las sandalias y bajé a saltos las escaleras, justo en el momento en que el timbre sonó, quizá a alguien se le había hecho tarde, caminé hacia la puerta.

A través del vidrio de colores de la puerta, pude vislumbrar una figura alta. Me detuve por un momento, mi corazón comenzó a latir rápidamente, abrí lentamente.

Mi corazón se detuvo por unos segundos.

Tuve que sostenerme de la puerta para no dejarme caer, mis piernas no querían responder.

Aquel rostro familiar se mantenía pálido por la sorpresa, sus ojos clavados en mi con estupefacción.

Recobré el aliento y busqué a tientas mi voz.

—¡Aidoneo! —mi voz sonó más fuerte de lo que creí, agitada. Sentía que el pecho y la boca me iba a explotar, una felicidad fuerte me arrasó —¡Estás aquí!

Pero él no se movió de su lugar, tenía la boca entre abierta y miraba fijamente.

—¿Aidoneo? —fruncí el ceño preocupada.

Lo observé fijamente, tenía barba de pocos días, había unas líneas bajo sus ojos y también una línea definida en su entrecejo, lucía un poco más moreno y tenía el cabello algo crecido, no había cambiado mucho.

—Ti... —jadeó —¿tienes idea de cuánto te he buscado? —respiraba pesadamente.

Mi cuerpo se estremeció, las palmas de mis manos temblaban.

—Lo... siento —titubeé un poco, me llevé una mano al pecho —, pero sabía que lo harías.

Negó con la cabeza y miró hacia el cielo.

—Yo quería encontrarte...te alejaron de mi —abrió la boca tomando una bocada de aire. Se pasó una mano por el cabello, después posó la mirada en mí—. Pasé tanto tiempo devanándome los sesos, desesperado por encontrarte y saber si estabas bien, si la estabas pasando mal ¿Qué hacías? Estaba preocupado de que algo malo te hubiese pasado —me tomó por los hombros y me agitó un poco —. Sin embargo, aquí estás —entró a la casa empujándome consigo, cerró la puerta de un punta pie.

Llevé mis manos hasta su pecho.

—Estoy bien — susurré, conteniéndome para abalanzarme sobre él. Aun dudando de mis cabales, imaginando que tal vez mi mente estaba jugándome de nuevo, como lo solía hacer varias veces, proyectándome a un Aidoneo frente a mí. Él me miraba agobiado, el Aidoneo de mi mente nunca se había visto así. Su aliento rosandome el rostro, su toque quemándome. Lo miré esperanzada — Estoy aquí.

Por su rostro reflejó un gran dolor que me atravesó el pecho, con torpeza y manos temblorosas subió sus manos hasta mis mejillas.

—Creí que te perdería.

La opresión en mi pecho subió hasta mi garganta, sentí un nudo y mis ojos humedecerse.

—Estoy aquí.

Dios mío, era él. Él estaba aquí, frente a mí, de nuevo.

Me estiré de puntitas y lo atraje hacia mí.

Me tomó de la cintura suviendome a su altura. Sus labios, hambientos, escudriñaron los míos y yo no fui indiferente. Lo deseaba tanto, lo había deseado tanto estos años.

Me arrinconó entre la pared y su cuerpo. Pero no separé mi boca de la suya, enganché mis piernas en su cadera y él se pegó más a mí.

—Phoebe yo...

La puerta trasera de la cocina se abrió estrepitosamente, Gabriel se abalanzaba con un par de vasos y una jarra vacía, dejó que la puerta se azotara y se quedó petrificado en medio de la cocina en cuanto nos vio, abriendo los ojos como si no creyera lo que veía.

Me bajé rápidamente, intentado recobrar el aliento.

—¿Rossetti? —escupió estupefacto.

Entonces todo pasó muy rápido, Aidoneo me hizo a un lado y alcanzó a zancadas a Gabriel, tomándolo por las solapas de su camisa y extendiéndole un puño.

—¡No! —alcancé a gritar, abrupto se detuvo.

Me miró furioso y dolido, lo soltó como si de repente sintiera asco.

Gabriel soltó una carcajada seca.

—Algunas cosas no cambian ¿cierto, Rossetti?

—Tú —le dijo gutural —, tú te la llevaste... la alejaste de mí.

Me interpose entre él y Gabriel antes de que ocurriese una tragedia verdaderamente.

Gabriel me miró incrédulo.

—¿Aun no le has...?

—No —contesté con un hilo de voz —, todavía no.

—¿Decirme qué? —de nuevo, Aidoneo reflejaba dolor.

Gabriel metió las manos en sus bolsillos.

—Creo que los dejaré solos —se giró y antes de tomar el pomo de la puerta dijo —. No tardes, Belle—y salió.

Me volví para con Aidoneo.

—¿Están juntos? —dijo amargo —. Están juntos ¿cierto? —soltó aire con fuerza —¿Por qué mierda me preocupe tanto? ¿Por qué?

—¿Puedes escucharme? —lo tomé del brazo —. Siéntate y calla —le ordené, aunque me sentía un poco decepcionada. Aún quedaba en mí ese anhelo de lanzarme sobre él, deseando el momento de tocar de nuevo sus labios y sentir sus brazos a mi alrededor.

A regaña dientes, se hundió en el sillón.

—Lamento haberme ido —comencé a decir lentamente —, tuve que hacerlo, tú no... ¿leíste mi carta?

Su rostro cambió y de pronto palideció un poco, confundido.

—¿Cuál carta?

Solté el poco aliento que contuve, ¿el no vio mi carta?

—Yo — meforcé para buscar las palabras correctas — la noche antes de irme —tragué en seco —dejé una carta bajo tu puerta.

Él me miró desolado.

—¿No lo sabes, cierto?

Ahora yo me sentí palidecer.

—¿Qué...?

—Tus padres —tragó —, hicieron que los guardias me escoltaran hasta la biblioteca y me detuvieron ahí hasta el día siguiente... llamaron a la policía, yo... intenté salir, pero... no pude... no pude —se pasó las manos por el cabello, desesperado —. Me dieron tres años —abrí los ojos y sofoqué un grito.

Todo este tiempo creí que...

—No, ellos...

—Lo hicieron —asintió—, en cuanto salí de la cárcel, no tenía ninguna noticia sobre ti, ni tu familia. Te busqué por todos lados, fui a Alemania hasta aquel internado para saber si me daban alguna información tuya, pero, no encontré nada... Habías desaparecido por completo —gimoteó, un par de lagrimas surcaron su rostro.

Y yo, me di cuenta de que también había derramado lágrimas.

—No me rendí —soltó —, te lo juro, vagué todo este tiempo buscándote hasta que recordé — jadeo —, recordé que me habías dicho, que nunca habías venido a Nápoles, que te gustaría conocerlo —su pecho subía y bajaba con desesperación. Mis piernas no podían contenerme más, me dejé caer sobre estas en el suelo, intentando recobrar la respiración—. Y entonces... apareciste, con tu sonrisa —se dejó caer de rodillas hacia mí, me tomó el rostro entre sus manos y masajeó con sus pulgares mis mejillas y yo llevé mis manos a sus brazos, aferrándome a él —. Phoebe, me devolviste el alma... me has devuelto la vida.

CAPÍTULO 30

¿TE GUSTAN LOS DURAZNOS?

Aidoneo me miraba fijamente, delineando mi rostro con sus pulgares, sin perderse cada uno de mis detalles.

—Has cambiado —sonrió lastimado.

Me costaba respirar.

—Solo bésame por favor —supliqué.

Soltó una risita lastimera y se acercó lo suficiente, midiendo la proximidad de sus labios, cuando sucedió, me perdí en el más sublime momento, cuatro años no bastaban para borrar la memoria de sus labios en los míos.

Cuatro años de sufrimiento fueron borrados cuando Aidoneo me sostuvo en sus brazos, cuando mi cabeza daba vueltas con su aroma envolviéndome y sus besos suaves, arrulladores, concienzudos; encerrándonos en una burbuja, donde de nuevo solo éramos los dos, no era la pasión arrasadora de antes. Solo era la pasión del nuevo encuentro de dos almas lastimadas que esperaban el momento de recibirse en los brazos del otro. De alguna manera era diferente, estaba probando la libertad, en todo su esplendor, una libertad ahora mutua.

Después, al separarnos, dejamos nuestras frentes unidas, tomé bocadas de aire recuperándome.

—Esa tarde —comencé a decir sofocada —, Gabriel descubrió mi plan y ... él también quería salir de su casa —unió sus manos con las mías —. Quería irme en cuanto cumpliese dieciocho, pero... todo se salió de control y tuvimos que tomar medidas drásticas antes de que me enviaran a Alemania —me separé de él y lo vi a los ojos —. Gabriel y yo solo ahora somos como hermanos, nos hemos cuidado mutuamente y...

Parpadeo intentando comprender.

—¿Y?

Aferré sus manos, comenzando a ponerme nerviosa, tiré de su mano hasta levantarnos, lo guié hasta la ventana de la sala.

—Te...tenemos una fiesta allí afuera

Soltó una pequeña carcajada.

—No traje regalo.

Abrí un poco la cortina donde dejaba ver a los invitados y los adornos colgantes de colores.

—En realidad es la fiesta de...

La puerta de la cocina de nuevo se abrió de golpe, y los pasitos apresurados del huracán corrieron hacia la sala.

—Aquí estas —me señaló con su dedito —¡mi pastel, mi pastel! —saltó hondeando su capa y después reparó en el hombre que estaba a mi lado y se detuvo, se acercó más —¿Quién eres tú?

Aidoneo se quedó estupefacto, petrificado en su lugar.

—Ah... —me acerqué a Dony y me agaché a su altura, lo tomé de los brazos —, mi amor... él es...un amigo de mami, ¿Por qué no lo saludas?

Dony me miró un momento y sonrió anchamente, se dirigió a Aidoneo y le extendió su mano.

—Mucho gusto señor —se acomodó el antifaz.

Aidoneo me miró por unos segundos y después se agachó para con mi hijo, lo tomó entre sus brazos y lo estrecho contra su pecho, lo vi derramando unas lágrimas y me miró con los ojos enrojecidos lanzándome una pregunta silenciosa, asentí enjuagándome las lágrimas con el dorso

de la mano.

Se restregó la mano por sus ojos y luego tomó a Dony por los hombros, observándolo asombrado.

—¿Quiere venir a mi fiesta? ¡es mi cumpleaños! —mi hijo agitó los brazos.

Aidoneo le sonrió.

—Sí, claro que sí.

—¡Wi! —Dony saltó entre sus brazos —¿te gustan los duraznos?

—Sí, mucho.

Dony palmeó sus manos.

—Te guardaré el más grande —se giró hacia mí —, mami dice que a los amigos hay que darles un poco más

Sonreí y le guiñé un ojo.

—¿Por qué no regresas a la fiesta, amor? Llevaremos el pastel en unos minutos.

—*Très bien* —(Muy bien) contestó Dony, salió corriendo por la puerta de la cocina.

—Es maravilloso —susurró Aidoneo, soltándose.

—Se llama Aidoneo—tragué el nudo —, como su padre.

Aidoneo comenzó a sacudir sus hombros, riéndose y limpiando las lágrimas que se asomaban.

—¿Él sabe que...?

—No —suspiré —, me... me preguntó por su papá hace un año —me pasee las manos por el cabello —le dije que su padre nos estaba buscando y algún día nos encontraría —la voz se me cortó.

Aidoneo me envolvió en sus brazos y me apretó contra él.

—Ya estoy aquí —susurró —, ya estoy aquí.

.
. .

—¡Feliz cumpleaños a ti, feliz cumpleaños a ti, feliz cumpleaños querido Dony, feliz cumpleaños a ti!

—Pide tu deseo, amor —lo alenté.

Dony unió sus manitas y miró al cielo.

—¡Listo!

Sopló sus velitas y disfrutó de los aplausos y la atención.

Después de abrir los regalos y comer pastel, entre pláticas y risas y muchos curiosos por el nuevo integrante, a quien, Dony acaparó en todo momento, tiraba de Aidoneo a todas partes y él jugaba a todo lo que el niño quisiera.

Gabriel se acercó a mí.

—Al parecer lo tomó demasiado bien —dijo bebiendo un refresco en su vaso.

Suspiré y me abracé.

—Mis padres lo metieron a la cárcel.

Escupió un poco de su refresco.

—¿Qué?

—Eso hicieron.

—No puedo hacer bromas sobre eso.

—Ahora... creo que las cosas irán mucho mejor.

Miré hacia Aidoneo y mi hijo, todo irá mucho mejor.

EPÍLOGO

El día de su cumpleaños, cuando Aidoneó llegó, esperamos a que todos los invitados se hubiesen ido, para hablar con Dony.

Lo senté en su silloncito favorito.

—Mi amor, hay algo de lo que quiero hablar contigo—comencé a decirle.

Confundido se había quitado su capa y el antifaz.

—Yo no fui, fue el otro niño...

—No, no es nada de eso—Aidoneo me miró, asintiendo—¿Recuerdas cuando me preguntast sobre... papá?

—Ah, sí.

—¿Recuerdas que te dije que nos estaba buscando?

—Sí

—Bueno, pues ya nos encontré.

Dony me miró, con esos enormes ojos, intentando comprender, luego, miró a Aidoneo.

—Yo soy tu papá, bebé.

Dony lo miró atentamente, conteniendo la respiración, luego, sus ojitos comenzaron llenarse de lágrimas.

—Papá—lloró y yo con él.

Aidoneo se adelantó para tomarlo entre sus brazos.

Prometiéndole que jamás lo dejaría solo.

Nunca.

Fue así que, abrazada por mis dos hombres, al fin encontré mi propósito, mi felicidad y mi libertad.

Aidoneo y yo nos habíamos casado poco después de que llegó a nuestras vidas, fue una boda pequeña, pero muy linda y Dony nos dio los anillos.

Todo iba de maravilla, Aidoneo trabajaba con Gabriel en la terraza, que ahora se había expandido, así que trabajábamos como locos, pero era lindo. Dony estaba yendo ya al primer año de jardín de niños, había hecho amigos de su edad.

.
. .
.

Pasaba de medio día, apenas había llegado de recoger a Dony del jardín, se había metido a la cocina donde su padre y su tío estaban.

Nos estábamos preparando para cambiar el menú a las comidas, otras de las meseras y yo limpiábamos las mesas y rellenábamos las cosas. Muchas de las mujeres solían venir a tomar el almuerzo o chismear, aunque hoy había poco movimiento, entendía, el turismo bajaba en esta época del año.

Terminé de escribir el menú en la pizarra, cuando vi a la persona que menos esperaba ver de nuevo: mi madre.

—¿Phoebe? —su voz era temblorosa.

Me estremecí en cuanto su voz me llamó.

Vestía un sencillo vestido purpura y un extravagante sombrero, estaba pasmada afuera, en la entrada de la terraza. Aunque el corazón me palpitaba con fuerza, no pude frenarlo, fue miedo lo que me cruzó el cuerpo a primera impresión y después solo escepticismo.

—¿Jolie? —le pregunté mientras daba un paso hacia ella.

Su rostro se envolvió en una maraña de emociones, dio un paso hacia atrás, entonces me quedé en mi lugar.

—¿Qué haces aquí? —intenté que mi voz sonara despreocupada.

Ella dio otro paso hacia atrás, en completo estado de shock ¿qué debía hacer?

De pronto la puerta de la cocina chocó contra la pared y el huracán salió corriendo a mi búsqueda.

—¡Mami, mira lo que hice! —Dony se tambaleaba con un plato, en este un poco de pasta—. Papá me enseñó a hacer pasta.

Le dediqué una mirada a mi madre que seguía en su lugar, suspiré, no podía prestarle atención. Atendí a mi hijo, me agaché.

—Veamos que tienes aquí—tomé el tenedor que me ofrecía y enredé un poco de pasta y lo comí—Hum ¡Esta delicioso!

Aunqu había trocitos de algo que no identifique, ¿mango?

Dony dio saltitos.

—¡A que sí!, le puse mango para que supiera rico.

Bueno, que no estaba nada mal el sabor.

Miré hacia donde aún estaba de pie mi madre, más atónita que nunca.

—Amor, ¿Por qué no me ayudas con algo?

—¿Qué es?

—¿Por qué no le ofreces un poco de pasta a la nonna que está allí?

—¿La nonna? —preguntó intrigado y miró hacia mi madre—¿es mi nonna?

—¿Por qué no le preguntas si quiere serlo?

Una sonrisita traviesa cruzó por su rostro y corrió alegremente hacia mi madre.

Dony puede ser el niño más extrovertido que haya conocido, pero, se acercó con cautela hacia mi madre.

—¿Eres mi nonna?

Mi madre se hagachó para con él, sin importarle su vestido fino, ni las zapatillas costosas.

—¿Puedo ser tu nonna?

—¡Si! me gustan las nonnas, me dan dulces.

La aparición de mi madre trajo consigo malas noticias, mi abuelo había fallecido, de ello yacía dos años.

No dejé de llorar todo un día, sintiéndome tan arrepentida de no haberlo visto por última vez.

Así fue como mis padres regresaron a mi vida, ambos conocieron al pequeño Dony. Aunque Aidoneo no quería que se nos acercaran de nuevo, ellos hicieron bastantes méritos para reconciliarnos, no podía mantener a Dony lejos de sus abuelos ya se había encariñado de ellos y viceversa.

Aunque en un intento de compensar las cosas, mi padre mando a que todos los antecedentes de Aidoneo desaparecieran.

Poco después mis hermanos también hicieron presencia y con ellos Blanche, quien estaba totalmente arrepentida de haberles hablado a mis padres.

En fin, gracias a Dony, mi extraña familia ahora se volvió menos extraña.

Pasado todo, con la certeza de que jamás me arrebatarían mi libertad, ni mi felicidad.

Pude buscar a mis amigas, aunque estaba nerviosa por saber si me perdonarían por haber desaparecido de sus vidas sin decir nada.

—Esta la tienes que pagar—Eve no estaba del todo feliz, más bien si estaba molesta.

—¿Por qué desapareciste así? —lloriqueaba Kim.

—Tuve que hacerlo—les dije con demasiada culpa.

Por el momento, pude explicarles solo por teléfono.

Tiempo después, un par de meses, hicieron una visita sorpresa y después de un mar de lágrimas y emociones, nos volvimos más unidas de nuevo.

Kimmy atrapó a Max, justo antes de terminar su estancia en Santa Catalina, la perseverancia era su lema y terminó felizmente casada, ahora vive en Roma, así que está muy cerca de mí.

Para Eve es más complicado, su padre no veía muy bien que a su hija le gustase su aprendiz, pero cuando Robert demostró ganarse un buen puesto con el padre de Eve, bueno, pues ahora están comprometidos.

No cabía duda, estamos demasiado locas por los mayores.

.
. .

TRES AÑOS DESPUÉS

Han pasado tres años y las cosas están mucho mejor.

—¿Phoebe?

—¡Aquí! —levanté la mano.

Tomaba un poco de sol para calentar mi cadera.

Aidoneo me rodeó tras la silla y deslizó sus manos por mi vientre abultado, cargándolo, eché la cabeza hacia atrás completamente relajada.

—Eso se siente muy bien —acaricié sus manos.

Me besó la mejilla con vehemencia.

—Te amo.

Sonreí, la brisa fresca de la costa hondeó las copas de los árboles sobre nuestras cabezas, asiendo de este momento, mágico y relajante. Tal como lo había sido estos últimos años, ahora vivimos juntos y felices.

—Yo también te amo —contesté, buscando sus labios.

Me humedecí un poco los labios antes de besarlos.

—Me vuelves loco cuando haces eso ¿Por qué no te alivio un poco allá arriba? —refiriéndose a nuestra habitación —. Dony vendrá en dos horas de la escuela.

Solté una carcajada.

—Eso dijiste la última vez y mírame ahora —señalé mi vientre —, tú eres responsable de esto.

Se río con fuerza.

—Creo se me antojó una naranja —me removí incomoda —, cariño, ¿puedes...? —no pude terminar la frase.

Un ligero ardor y después mis piernas estaban empapadas.

—¡Ay, mierda!

—¿Qué sucede, Belle? —preguntó envuelto en pánico, lo tomé de la camisa.

—Se me rompió la fuente—gruñí—¡va a nacer ahora!

Dolores insoportables y un Aidoneo completamente nervioso me llevaba cargando hasta el hospital más cercano, todo daba vueltas y los dolores eran insoportables.

Hasta que sentí la dureza de una cama y muchas personas a mi alrededor.

Un dolor me atenazó de nuevo.

—Phoebe, amor aquí estoy —me aferró de la mano, veía un poco borroso, pero tenía puesto un ridículo gorro azul.

Apreté la mandíbula, el sudor me escurría por la nuca, sentía los intensos golpes y esa necesidad se apoderaba de mí, comenzaba a recostarme.

—No —grité tomándome el vientre —, me duele más.

Con ayuda me colocaron de rodillas estirando mi espalda, Aidoneo hizo que me apoyara en él, mientras apretaba sus hombros con fuerza, me miraba afligido.

—Vamos, amor, tu puedes.

—Te voy a matar —chillé.

—Puedes hacerlo después —rio nervioso —, pero ahora puja.

—¿Dónde está Dony?

—Gabriel está afuera con él, tranquila, amor, solo puja.

—¡No me digas que hacer! —le grité.

—Señora, por favor, puje.

Con todo el dolor, lo hice, tomé bocadas de aire, Aidoneo me decía algo, pero no entendía, pujaba con todas mis fuerzas, tal como lo había hecho con Dony, y entonces, sucedió.

Todo mi ser temblaba y el alivio me azotó, cuando un chillido fuerte retumbó en la sala.

—Es una niña —dijo una enfermera.

Sofocada, miré a Aidoneo y me sonrió anchamente.

—Lo hiciste, mi amor, lo hiciste.

—Tu... —me ayudó —, tú los tendrás a partir de hora.

Soltó una carcajada, mientras me besaba.

La enfermera limpió a la bebé y luego la dejó sobre mi regazo.

.

.

.

Dony entró por la puerta de la habitación del hospital llevaba una conejita de peluche con un gran moño rosa, con el característico aire de siempre.

—¿Dónde está? —daba saltos y una sonrisa se anchaba.

Gabriel cruzó la puerta con un gran ramo de rosas.

—Al fin conoceré a mi hermosa sobrina —se acercó a mí y me dio un tierno beso en la mejilla —. Por cierto, tus padres vienen en camino.

Sonreí cansada.

—Gracias.

Después reparó hacia mis brazos y tomó con sus dedos la manita rosada.

—Es preciosa, Belle.

No pude evitar soltar unas lágrimas.

Emocionado Aidoneo se giró para con Dony.

—Ven aquí, campeón, ven a conocer a tu hermana.

Dony saltó a los brazos de Aidoneo y este lo acercó a mí, en mis brazos, descansaba, un pequeño trocito de carne rosado y tranquilo.

—¿Es ella, mami?

—Sí —le sonreí cansada —la pequeña Melody.

—La hermana Melody—canturreo.

Dony se removi6 en los brazos de su padre.
—Mamá, papá, creo que mi deseo se cumpli6.
—¿Qué deseo, campeón?
—El de ser una familia feliz.
Miré a mi ahora esposo y a mi adorable hijo.
Si, huir, me había dado la felicidad, la libertad.
El inicio de lo mejor de mi vida.

FIN



Querido lector, no pretendo llenar este espacio con referencias profesionales, sino más bien, te contaré otras cosas sobre mí.

Adoro el chocolate, las fresas también; amo el caer de la lluvia en un amanecer y amo ver el cielo todos los días de mi vida.

Creo que estoy enamorada de mi vida.

Amo las cosas buenas, y también las difíciles, disfruto del proceso por que aprendo de todo. Soy una romántica empedernida.

Publicar mi primer libro ha sido todo un reto y a pesar de que fue largo, al fin puedo sentirme plena. Pronto publicaré más de mis novelas disfrutando tanto lo que amo hacer, escribir para ustedes.